El árbol del Diablo

Jerzy Kosinski



EL ÁRBOL DEL DIABLO

JERZY KOSINSKI

EL ÁRBOL DEL DIABLO

MALPASO
BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

© Malpaso Holdings, S. L., 2021
C/ Diputació, 327, principal 1.ª
08009 Barcelona
www.malpasoycia.com

Título original: *The Devil Tree, Revised and Expanded Edition, 1981*
© Jerzy Kosinski
© de la traducción: Victoria Mir

ISBN: 978-84-18546-28-0

Diseño de interiores: Sergi Gòdia
Maquetación: Joan Edo
Imagen de cubierta: Envato Elements

Para Katherina
y a la memoria de mi madre

NOTA DEL AUTOR

Cuando escribí esta novela, me sentía cohibido por la proximidad del argumento y los acontecimientos que me tocaron vivir. Eso podría justificar el tono críptico de la primera versión de la novela.

Ahora, muchos años más tarde, en esta versión revisada y ampliada, me he sentido libre de incluir los vínculos adicionales que unían a Jonathan James Whalen con aquellos a quienes amó.

JERZY KOSINSKI

Más allá de la agonía y de la angustia está el ingrediente más importante de la autorreflexión: lo precioso de mi propia existencia. Para mi corazón mi existencia es única, sin precedentes, invaluable, extraordinariamente preciosa, y me resisto a la idea de tirar por la ventana su sentido.

Abraham Joshua Heschel
¿Qué es el hombre?

Los nativos llaman al baobab «el árbol del diablo» porque afirman que el diablo se enredó una vez entre las ramas y castigó al árbol poniéndolo del revés. Para los nativos, las raíces son ahora las ramas, y las ramas son las raíces. Para asegurarse de que no habría más baobabs, el diablo destruyó todos los baobabs jóvenes. Y por eso, dicen los nativos, solo quedan baobabs ya crecidos.

Jerzy Kosinski
El árbol del diablo

Jonathan Whalen se apoyó en la barandilla de acero que se encontraba al final de la calle y contempló los reflejos del sol sobre las aguas titilantes del río. Los rascacielos más nuevos no parecían haber alterado la silueta del Nueva York que él recordaba. A lo lejos, al otro lado del río, los jets despegaban de La Guardia dejando atrás finos regueros de humo. En la orilla cercana, un helicóptero se elevó en el cielo, revoloteó sobre el agua y luego dio vuelta para alejarse proyectando su sombra sobre el río. Otro helicóptero descendió, tocó tierra y tremoló unos momentos antes de detenerse.

Whalen se ecaminó hacia el helipuerto, donde había un helicóptero recién pintado sobre una plataforma. Un gran letrero anunciaba: EXECUTIVE HELIWAYS INC. CONTEMPLE MANHATTAN DESDE EL AIRE. EXCURSIONES A PRECIOS MÓDICOS. Whalen se dirigió al despacho de billetes y el empleado lo miró de arriba abajo.

–Quiero ver Manhattan –dijo Whalen.

–¿Por qué no toma el metro? –dijo el empleado fijando su vista en la vieja camisa de Whalen, sus pantalones raídos y sus botas gastadas.

–No se puede ver Manhattan desde el metro.

–¿Qué tal en autobús?

–Demasiado lento. ¿Qué me dice de la visita en helicóptero?

El empleado se inclinó sobre el mostrador:

–Mire, esto es Executive Heliways, no un medio de transporte gratuito. Comprenda.

–Lo comprendo –dijo Whalen. Mostró algunos billetes recién impresos, el importe exacto que la lista de precios fijada en la pared pedía por un vuelo de media hora.

–¿Está bien así?

Revolviéndose incómodo, el empleado fijó la vista en el dinero.

–Preguntaré al piloto –masculló, y desapareció en la habitación de atrás. Al cabo de un momento volvió acompañado de un hombre con uniforme gris.

–Ese es el tipo que quiere dar una vuelta –dijo el empleado.

El piloto echó una ojeada a Whalen:

–Mira, hijo…

–Yo no soy su hijo –dijo Whalen, y acercó el dinero al empleado.

El piloto vaciló:

–Voy a tener que hacerte una especie de cacheo antes de despegar.

–¿Cachea a todos los que vuelan con usted?

–Bueno… eso queda a mi discreción.

–Entonces, utilícela –dijo Whalen.

–Si levantas los brazos es más fácil –dijo el piloto acercándose lentamente a él, y al obedecer Whalen, el hombre le palpó la camisa y los pantalones–. Quítate las botas –indicó. Whalen obedeció otra vez, y después de la inspección volvió a ponérselas. Tranquilizado, el piloto cortó–: abordemos.

Y los dos hombres se dirigieron hacia la plataforma.

Dentro del helicóptero, el piloto se volvió hacia Whalen:

–Volaremos sobre toda la ciudad… sobre el Harlem negro; el Gramercy Park blanco y el Chinatown amarillo; sobre el Bowery pobre y la Park Avenue rica; sobre el East Side, el West Side, el Midtown y el Downtown.

Tiró del acelerador. El aparato tosió, vibró y se arqueó al despegar.

–El helicóptero me hace sentir libre –dijo Whalen mientras echaba una mirada a los turistas que los contemplaban con los prismáticos desde la azotea del Empire State Building–. Igual, cada vez que vuelo en uno me siento como si fuera un muñeco que alguien dirige desde tierra por control remoto.

Pasaron sobre las casitas de Greenwich Village.

–Ahora te mostraré dónde están los millones –dijo el piloto, mientras dirigía el helicóptero hacia el Stock Exchange.

–¿Podría aminorar un momento la marcha sobre aquel edificio? –pidió Whalen. Señaló un arcaico rascacielos de Wall Street–. El despacho de mi padre se encontraba allí, en el último piso. Cuando era niño y lo visitaba, solía quedarme allí mirando los edificios de abajo. Pero ahora me resulta raro estar encima y mirarlo desde las alturas.

El piloto lanzó a Whalen una mirada irónica, pero no dijo nada e hizo dar al helicóptero una vuelta alrededor del edificio. Luego, volando sobre el Battery Park, lo llevó hasta la Estatua de la Libertad. Desde allí, siguiendo la estela de un petrolero, regresó a Manhattan.

–Ok, hijo –anunció–, ahora volvemos a casa.

En el helipuerto había un coche de la policía junto al punto de aterrizaje, y en cuanto Whalen saltó del aparato se le acercó un policía. Junto a él estaba el empleado de Heliways.

–¡Las manos arriba! –ordenó el policía.

El policía lo cacheó, encontró la cartera de Whalen y contó el dinero que contenía.

–Mira eso –rezongó–. Ese tipo lleva encima dos de los grandes. –Se volvió a Whalen–: ¿de dónde ha salido ese dinero?

–De un banco –contestó Whalen–. Uno que acabamos de sobrevolar.

El policía lo miró fijamente:

–¿De qué estás hablando?

–Este dinero lo saqué de mi banco –contestó Whalen. –¿Para qué?

–Para matar…

El policía se puso rígido:

–¿Matar qué?

–El tiempo –dijo Whalen.

Al policía no le hizo gracia:

–¿Dónde vives? –preguntó.

–En ninguna parte, aún. Acabo de llegar.

–¿De dónde?

–Del extranjero.

–¿Tienes algún documento?

–Solo dinero. ¿No es suficiente? No hay ninguna ley que diga que deba llevar encima documentos de identificación.

–Sígueme hablando de la ley y esta noche duermes en la cárcel. ¿Dónde está tu familia?

–Muerta.

El policía movió la cabeza con incredulidad:

–Te doy una oportunidad más –amenazó–. ¿De dónde has sacado el dinero?

Whalen se encogió de hombros:

–De mi banco, el National Middland, sucursal de Wall Street –esperó–. Si no me cree, llame al presidente, el señor George Burleigh. Dígale que estoy de vuelta en la ciudad y él le dirá de dónde viene mi dinero. Me llamo Jonathan James Whalen.

El agente fue a la oficina a hacer la llamada. Cuando regresó, entregó a Whalen la cartera.

–Siento lo ocurrido, señor Whalen –rio incómodo–. Mire, hay muchos… –tartamudeó–. Muchos tipos sospechosos por aquí. –Hizo una pausa–. ¿Lo puedo llevar a alguna parte?

–De momento no tengo a dónde ir –dijo Whalen, y se volvió y caminó hacia la oficina del helipuerto, donde el piloto, apoltronado

sobre una silla de metal, se tomaba un café.

–¿Cuántos helicópteros cree usted que estarían volando sobre Nueva York al mismo tiempo que nosotros? –le preguntó Whalen.

–Unos cinco –contestó el piloto.

–¿Y cuánta gente llevarían?

–Quizá unas quince personas.

–Quince personas mirando desde arriba a doce millones –dijo Whalen–. Vaya porcentaje.

El piloto se inclinó hacia adelante.

–Perdona la pregunta, pero ¿cómo te ganas la vida? Tiene que haber algún secreto…

–Lo hay –contestó Whalen–. El secreto es simple: dinero. El banco que sobrevolamos me lo guarda en fideicomiso hasta que llegue a cierta edad.

–No bromees –dijo el piloto–. ¿Y cuándo será eso?

–Mañana –contestó Whalen.

* * *

Estaba anocheciendo. Whalen caminaba por las bulliciosas calles del East Side y adondequiera que mirara veía hombres y mujeres jóvenes sentados o de pie en las terrazas de los cafés y bares; apoyados contra sus motos, scooters o coches; hablando, riendo, abrazándose. Todos parecían sentirse a gusto consigo mismos y con los demás. Al final tendría que abrirse paso entre ellos, conocería a algunos, los juzgaría y sería juzgado por ellos, buscaría su amistad y ellos, a su vez, buscarían la suya.

Debía tomar una decisión. ¿Se mezclaría entre aquella gente como si fuera su igual, y así acabaría sintiéndose ligeramente avergonzado de sí mismo por todo lo que lo separaba de ellos? ¿O iba a entrometerse en sus filas como alguien cuya posición era de diferente latitud y longitud a la de ellos, como alguien que es en sí mismo un acontecimiento?

Una chica caminó hacia él, cimbreando unas faldas que revelaban la forma de sus largas y bronceadas piernas. Excitado, al mirarla desde lejos se dio cuenta de que su deseo había abierto entre ellos una distancia inabarcable para un simple arranque de voluntad. Si ella le hubiera prestado atención, le habría sonreído, él se habría atrevido a seguirla, incluso la habría invitado a salir. Pero ella no le devolvió la

mirada. Así y todo, pensó, quizá debería seguirla. Pero no lo hizo.

Entró en un restaurante. Los espejos que reflejaban la luz de la araña de cristal lanzaban prismas centelleantes hasta el más oscuro rincón de aquel salón repleto de gente. Solo, pensó en Karen.

* * *

He comprado la grabadora más pequeña que encontré. Parece una caja de fósforos y puede grabar cualquier cosa, desde una nota de un minuto hasta una conversación de cuatro horas. Funciona con baterías recargables, se pone en marcha con la voz o con la mano, y viene equipada con un micrófono invisible que se adapta automáticamente a la distancia de las voces, incluso en una gran sala de conferencias. La guardo en el bolsillo.

Quizá algún día incluso me asegure de dejarla por accidente en el piso de Karen, para luego recogerla al día siguiente.

Un amigo mío, estadounidense, compartió una vez su piso con una amiguita argentina durante cuatro meses sin decirle que hablaba perfectamente el español. Mediante una grabadora miniatura que llevaba en el bolsillo cuando estaban juntos –o escondía en el piso cuando se marchaba–, grababa las conversaciones de ella, ya fueran por teléfono o cara a cara con sus amigos hispanoparlantes, algunos de los cuales no hablaban una palabra de inglés. En aquellas conversaciones, su amiga hablaba a menudo de cuánto lo amaba y de qué hombre tan extraordinariamente bueno y considerado era. Pero de vez en cuando, hablando por teléfono con una amiga íntima de Buenos Aires, describía abiertamente su modo de hacer el amor y su comportamiento en la cama, y hacía comentarios sobre las preocupaciones, fantasías y fetichismos de él, algunos de los cuales ella encontraba peculiares y no de su gusto. Después de escuchar muchas cintas grabadas en su ausencia, llegó a convencerse de que ella estaba enamorada de él y de que no había otro hombre en su vida. No obstante, incapaz de borrar de la memoria algunas de sus observaciones más mordaces, empezó a sentirse incómodo al hacer el amor y al final no solo se sentía incapaz de ejercer cualquier acto espontáneo, sino que acabó impotente. Una noche, mientras la acariciaba para terminar de una vez con su infelicidad, le murmuró al oído en perfecto español que se sentía muy culpable por haberla engañado, y luego confesó lo de la grabadora. Horrorizada, la chica se

echó a llorar y al día siguiente le dijo que se sentía traicionada. Dijo que nunca podría olvidar que la había estado espiando durante meses… él, el único hombre al que había amado, en quien había confiado en su vida. Poco después de aquello, negándose a tener nada más que ver con él, ella se marchó a Buenos Aires.

* * *

–Mira, tío, solo trato de ser amable, eso es todo. Hace solo un momento yo estaba detrás de ti en la cola del banco, ¿no es cierto? Y te he visto escribir «cinco mil dólares» (no en un talón normal o en un formulario del banco, sino en un trocito de papel cuadrado), en papel corriente, sin nada impreso, ¿no es cierto? Luego tú firmaste solo «J. J. Whalen» (¿no era ese el nombre? ¿Whalen?) y se lo diste al cajero, y él te aceptó ese papel de mierda como si fuera oro puro. Y después, vuelve todo sonrisas y, sin más, ¡te entrega cinco mil en billetes nuevecitos! Pues mira, tío, te diré una cosa, soy un asiduo a los bancos, pero nunca vi un numerito como ese: ¡apuesto a que en este banco te has compinchado con algún hijo de puta que te hace de cómplice! ¡Cinco mil verdes por un papel de mierda con «J. J. Whalen» escrito en él! Pero ¿quién carajo eres? ¿Un peso pesado de las apuestas ilegales?

»Pero óyeme bien, eh, Whalen, deja que cuente la verdad sobre esos cajeros hijos de puta, para que así no intenten pegártela algún día de estos. ¿Sabes en qué andan metidos esos malparidos, cierto? Algunos de ellos (como esa perra negra y gorda que acaba de registrarte las medidas) anotan el nombre de todas las ancianitas viudas, maricones solitarios o ricos hijos de puta que aparecen con una cuenta jugosa. Y después venden el nombre de esos desgraciados a ciertos tipos que desean saber dónde viven esos numeritos abultados. ¡Algunos de esos tipos pagan hasta doscientos billetes por un nombre y dirección de los buenos!

»Y créeme, Whalen, esos tipos saben muy bien el modo de rentabilizar la información. Y un día, vestidos de punta en blanco como si fueran agentes de seguros, van a hacer una visita a una viejecita enferma, y le tiran de las orejas hasta que ella les entrega todo el dinero que guarda escondido en la casa, todas sus cruces de oro y anillos de diamantes. Y no hay manera de que ni ella ni nadie se enteren de por qué aquellos tipos la eligieron precisamente a ella.

»Y ¿conoces a esos dandis que se dedican al lucrativo negocio de «salvar almas»? ¿ Sabes que, si te quieres quitar de encima para siempre a esa muñeca tuya que se ha vuelto demasiado viscosa para tus dedos largos y calientes, todo lo que has de hacer es llamar a cierto número y ellos te ahorrarán un gran lío? Llamas a ese número y le dices al dandi que contesta que tienes que salvar un alma, y él te dirá dónde y cuándo debes entregar el paquete. Después le dices a tu chica que tú y ella vais a buscar un sitio nuevo para vivir los dos. En cuanto os asomáis a aquel lugar y cerráis la puerta, aparecen cuatro dandis hijos de perra… y son unos tíos fuertes, fuertes de verdad. Te echan a un lado como si estuvieran realmente locos, y comienzan a jugar con tu fulana, besándola, pellizcándole las tetas, desabrochándose la bragueta, y así hasta que tú empiezas a pelear con ellos, solo para mostrar a tu muñeca que por ella estás dispuesto a todo. Los dandis te levantan en vilo y te sacan de allí, pero antes de separarte de ellos te meten cien billetes de Dios en el bolsillo, por haberles entregado aquella alma.

»Cuando te largas, los dandis van a ser bastante más duros con tu muñeca, especialmente si se hace la estrecha en cuanto a abrirse de piernas para tíos que no han sido debidamente presentados, o si no le entusiasma la idea de chupar pollas gordas con quienes no fue a la escuela parroquial. Créeme, Whalen, la van a amansar como alma en el infierno, por delante y por detrás, por arriba y por abajo, hasta que aprenda lo que vale el verdadero amor en esta virtuosa ciudad. Después de eso, un dandi simpático y fortachón la irá a buscar a bordo de su Cadillac. Si el coñito se porta bien, hace la calle como su nuevo papaíto le indica y le trae toda la tela que se puede obtener en el negocio del amor verdadero, él la cuidará bien. ¿Captas el asunto?

»Escucha, Whalen, lo que trato de decirte, tío, es que… con el hijo de puta que te hace de contacto en este banco y mi contacto con esos dandis… tú y yo podemos llegar lejos.

»Y ahora, un momento. ¿Qué es ese chisme con el que no paras de jugar en el bolsillo? ¿Es una grabadora, tío? ¿Trabajas para los polis, Whalen? No suelto una palabra más… y las palabras no son ninguna prueba, desgraciado. Mira, tío, me largo ahora mismo.

* * *

Una reciente encuesta de alcance nacional afirma que una cuarta

parte de los adultos de este país creen que la posición de las estrellas ejerce una influencia importante sobre sus vidas. Esa gente acostumbra leer y consultar diariamente las columnas astrológicas de los periódicos, y encuentran que es útil y tiene sentido la interpretación de su signo astrológico. Esto es lo que el ordenador astrobiorrítmico del Museo Americano de Historia Natural me despachó cuando le introduje un dólar y tecleé el momento preciso de mi nacimiento:

> Su signo fijo es Saturno. Saturno indica sentimientos de separación y alienación. Ve usted humor donde otros no lo ven. El tener que abandonar el ambiente que le resulta familiar puede ser parte de su destino. Saturno lo hace además ser duro consigo mismo. Es usted impulsivo y le resulta difícil apegarse a las cosas. Debe adquirir mayor paciencia y estabilidad. Proteja sus recursos mentales, físicos y financieros. Tiene usted grandes dones: no los malgaste.

Dejemos en paz la versión informatizada de mi destino.

Y he aquí lo que yo sé: no acabo de decidir si conocerse a uno mismo es una fuente de energía o de impotencia. Mi verdadero yo es antisocial… un lunático encadenado en el sótano, gruñendo y golpeando el suelo mientras el resto de mi familia, los respetables, están sentados arriba sin hacer caso del tumulto. No sé qué hacer con mi lunático: destruirlo, mantenerlo encerrado en la bodega o ponerlo en libertad.

Desde que me fui de casa, he sido un vagabundo, un marginado, he vivido siempre en el presente. A menudo he lamentado no haber sido educado en la fe católica. He ansiado la confesión, solidificar mi rota autonomía interior al unirme con esa institución de autoridad moral con más dos mil años de antigüedad. Pero también me he dado cuenta de que no hay sacramento ni iglesia, por mística que sea, que pueda protegerme contra la gran amenaza a mi existencia vital: perder el sentido de mi propio ser. Por lo tanto, ahora, de vuelta a casa, debo enfrentarme a mi pasado. Karen me dijo que envidiaba el pasado de los otros: no dijo que envidiara el mío.

Si se lo enfoca de cerca, cualquier momento de mi vida –incluso este que acaba de pasar– magnifica todo lo que necesito saber sobre mí mismo, contiene todas mis posibilidades del presente y mis perspectivas de futuro. Mi pasado es el único firmamento que vale la pena conocer, y yo soy su única estrella. Es tan fascinante y

misterioso como el cielo que está sobre nosotros, e igualmente imposible de descartar.

* * *

Durante épocas más juguetonas, solía esperar en los cruces de las afueras de Bangkok a que los habitantes condujeran sus carros del mercado a casa.

Los cocheros, que se pasaban el día entero fumando opio, confiaban en que los asnos sabrían regresar a casa, de modo que cuando llegaban al lugar donde yo los esperaba, iban dormidos. Cuando uno de ellos se acercaba, yo saltaba de mi coche y, pacientemente, daba la vuelta al asno sin despertar al conductor. Luego me quedaba contemplando al asno alejarse, trotando con el carro. Un día di la vuelta a veinte carros. ¿Fui yo, para cada uno de aquellos hombres, el instrumento del destino, o fueron aquellos hombres instrumento del mío?

* * *

Algunos fumadores de opio confían solo en el opio puro, algunos lo mezclan con sedimento; otros, como yo, han disfrutado de ambos. El opio se diferencia de otras drogas o narcóticos en que uno no necesita ir aumentando la dosis –o la potencia de la sustancia– para disfrutarlo. Tanto con sedimento como sin él, el opio provocaba en mí una sensación de sabiduría y de equilibrio, una serenidad espiritual que no había conocido antes de fumarlo y que no he vuelto a experimentar desde que me desintoxicaron.

Aunque fumar opio produzca en uno la sensación de que las cosas suceden tranquilas y de manera predecible, la sustancia en sí es una cosa de locos; no hay quien pueda encenderlo cerca del mar y pierde fuerza en la nieve, gotea cuando hay humedad en el aire y su potencia cambia de un día a otro. También provoca otras situaciones extrañas. En el hombre, reduce el apetito sexual pero acelera los latidos de su corazón. En la mujer, frena la sangre pero incrementa el impulso sexual. El tiempo deja de ser tu carcelero, cada pipa te libera: habitas un lugar donde las cascadas se convierten en hielo, el hielo se convierte en piedra, la piedra se convierte en sonido, el sonido se convierte en color, el color se vuelve blanco, y el blanco se convierte en agua.

Quizá porque el opio es tan impredecible (una pipa de cada diez produce los efectos que uno desea) y porque la sustancia puede negarse otra vez a complacerte, uno nunca se siente un drogadicto cuando lo consume. Y cuando ya no fumas más, como es mi caso, no eres un exadicto; sencillamente has dejadao el opio.

Conocí a Barbara, una desertora de la Universidad de Princeton, en Rangoon. Yo la introduje en el opio y ella, a cambio, me presentó a varios estadounidenses y británicos expatriados, entre ellos una tal señora Llewellyn, que se había quedado sola en Rangoon después de que su marido, un funcionario británico, muriese allí mismo. Un día, la señora Llewellyn nos invitó a Barbara y a mí a almorzar en su casa que, protegida por altos árboles, se alzaba sobre una colina con vistas al golfo de Martaban.

Durante el almuerzo, Barbara se quejó a la señora Llewellyn del hotel en que vivíamos, y cuando la anciana sugirió que nos quedáramos en su casa mientras ella se iba unos días a visitar a un viejo amigo en otra ciudad, aceptamos muy contentos la invitación. Una vez a la semana vendrían el criado birmano y su ayudante a limpiar la casa, el jardín y la piscina. Por lo demás, estaríamos solos.

Ayudé a la señora Llewellyn a poner a punto su coche para el viaje y al día siguiente se fue. Desde su terraza, Barbara y yo contemplábamos los barcos del puerto y los yates que surcaban la bahía.

Aquella noche, en la cama, Barbara dijo:

–Sería estupendo ser los dueños de esta casa. Podríamos vivir aquí y fumar nuestras pipas sin que nadie nos molestara.

–Sería fácil deshacerme de la señora Llewellyn –dije yo.

–¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros:

–Yo qué sé. Es vieja y está sola. Sin familia ni apenas amigos. Y como de vez en cuando viaja, nadie se daría cuenta si no regresa.

Barbara se rio:

–No seas tonto. No estamos en una película de terror de Hollywood. Duérmete ya.

Más tarde intenté hacerle el amor, pero a pesar de que poco antes de acostarse se había fumado una pipa, no respondió.

El día que la señora Llewellyn debía volver, estuvimos esperándola hasta pasada la medianoche, pero como todavía no había llegado nos acostamos a eso de la una. Una hora más tarde nos despertó el ruido

de un coche. Le dije a Barbara que se durmiera; que yo ayudaría a la anciana a sacar el equipaje.

Por la mañana, cuando me desperté, Barbara ya estaba en pie y vestida.

–¿Dónde está la señora Llewellyn? –preguntó.

–No lo sé. Aún no ha vuelto.

–Pero anoche la oímos regresar y tú dijiste que ibas a ayudarla. Y ahora no está en su habitación y el coche no está aquí.

–Te he dicho que no ha vuelto –insistí yo–. Oímos el coche de otra persona, eso es todo.

Ella se enfadó:

–Déjate de bromas. ¿Dónde está la señora Llewellyn?

–Supongo que está en alguna parte. Como todo el mundo. Si fuera tú –dije intencionadamente– no me preocuparía más por ella. Nadie se dará cuenta de que no ha vuelto. Ahora este lugar es nuestro.

Barbara salió de la casa hecha una furia, dando un portazo. Por la ventana del dormitorio la vi examinar el camino de entrada e inspeccionar el jardín vecino en busca de rastros de neumático.

Regresó visiblemente enfadada, y preguntó:

–¿Dónde está? ¿Qué le hiciste, Jonathan?

–Deja eso. Vayamos a nadar –dije yo, tranquilo.

Barbara me puso las manos sobre los hombros:

–¿Qué le has hecho? –preguntó.

–Por favor, olvídalo –dije, atrayéndola hacia mí y besándole el interior de la oreja.

Ella me empujó suavemente hacia la cama.

–¿Cómo...? ¿Fue... fue rápido? –susurró–. ¿Y si encuentran el cuerpo?

–Deja de hablar de ella. Esto no es una película de terror de Hollywood.

–Si hubiese sabido que hablabas en serio, nunca...

–Vayamos a nadar –dije yo.

Cuando salimos de la piscina, desnudos, y yo señalé la casita, Barbara me siguió adentro. Impaciente, tiró al suelo algunas toallas de baño y se tumbó sobre ellas con las piernas abiertas y los brazos levantados hacia mí. Yo me arrodillé, con las manos le acaricié los muslos y busqué su sexo. Presa de frenesí, toda ella temblaba; los temblores eran cada vez más rápidos, mientras me invitaba a tomarla, arqueándose sobre el suelo una y otra vez.

–No… no seas delicado –gimió–. Sé duro, por favor, Jonathan.

Por primera vez desde que hacíamos el amor, ella se abandonó, sin reprimir ya el deseo que el opio había avivado, tentando mi cuerpo, ansiosa por sentirme endurecido. Se revolvía debajo de mí, me tiraba de los pelos, me alcanzaba la ingle y me apresaba el sexo, me mordía el hombro. Tuvo un orgasmo tras otro, y no se calmó ni se quedó quieta hasta que yo alcancé el mío.

Como ya no esperábamos ser interrumpidos por el regreso de la señora Llewellyn, nos convertimos en unos cómodos ermitaños para quienes fumar opio no era una rutina esclavizante sino un ritual sincronizado al ritmo de nuestra vida.

Fumábamos dos pipas por la mañana, una al mediodía, dos por la tarde, una al anochecer y dos o tres por la noche, y entre una y otra dormíamos, comíamos y jugábamos el uno con el otro. Nos cuidaban dos hijos de mi proveedor de opio, y aquellos chicos preparaban las pipas, encendían las lámparas y nos cocinaban los alimentos. Nuestra vida era fácil, tranquila y saludable.

Barbara, excitada por el opio, a menudo me provocaba. Solía asirme por los testículos y exprimirlos hasta que yo la tumbaba de un manotazo. Entonces ella me devolvía el golpe y, lanzándome injurias, se adosaba a la pared y con el lápiz de labios se pintarrajeaba palabras obscenas sobre el cuerpo. Sin disimular lo que quería, me alentaba a que la atacara. Yo la agarraba de las piernas y la tiraba al suelo, y al caer sobre mí peleábamos, intentando cada uno vencer al otro. No la dejaba hasta que, gastada y agotada, ya no se podía mover, ni gemir. Por las mañanas solía mostrarme sus moretones e insistir en que –para hacerme perdonar el daño que le había hecho– le contara cómo había matado y ocultado a la señora Llewellyn.

Entre la bruma del opio, siempre recordaba algo que yo le había contado una vez. Había visitado un burdel de las afueras de la ciudad. Allí, sentado entre muchachas adolescentes maquilladas para parecer mujeres y mujeres vestidas para parecer muchachas adolescentes, la madame se dio cuenta de que estaba mirando a una vieja de rostro hinchado y retorcido, el cuerpo arruinado a causa de la adicción al opio.

–¿Le apetece, señor? –preguntó la madame señalando a la mujer.

–Me da pena –dije–. En un tiempo debió ser tan hermosa y fresca como todas esas muchachitas.

–Lo era –asintió la madame–. Ha perdido la belleza, pero créame,

en la cama es todavía tan ardiente como ellas. Dígame, joven –musitó llevándome aparte y calentándome la nuca con su perfumado aliento–, ha follado alguna vez con una puta hasta matarla?

Me reí de la metáfora.

–No se ría. ¡Aquí puede hacerlo! –dijo–. Por doscientos dólares estadounidenses adicionales, puede hacer cualquier cosa con ella –volvió a señalar a la mujer–. Cualquier cosa –hizo una pausa–. ¿No dicen ustedes «hasta que la muerte nos separe»? Si le gusta, su herramienta –dijo, pellizcándome la ingle– puede estar en ella hasta que la muerte los separe. Por lo menos no seguirá pudriéndose y morirá como un ser humano… con el dinero suficiente para un entierro decente. Tengo un sótano tranquilo, ideal para una cosa así.

Y ahora, recordando a la vieja, Barbara quería saber si yo había llevado a la señora Llewellyn a aquel sótano.

–¿La mataste allí? –preguntaba–. ¿La follaste hasta matarla? ¿Pagaste a la madame para deshacerte del cuerpo?

Barbara comenzó a sufrir de insomnio y a fumar aún más pipas que yo. La pipa era su vida; extinguía la diferencia entre minutos y horas, entre el día y la noche. Vivía rodeada por una cerca invisible y solo yo tenía cabida en el interior de esa cerca con el único objetivo de hacerle el amor. Y así, aún estaba ansiosa por borrar los confines estrictos de los papeles sexuales; quería ser a la vez cebo y presa. Le gustaba someterse, lograr la expansión de su voluntad mediante el sometimiento a la voluntad de su amante. Y luego cambiaba los papeles. Parapetada detrás de mí, me ataba las manos con una de sus medias y, manteniéndome boca abajo, empezaba a excitarme, con exasperante lentitud, frotándome con los labios y la lengua la base del espinazo, deteniéndose justo momentos antes de mi orgasmo. Entonces, cuando le rogaba que continuara, me obligaba a lamerla a ella. Cuando me detenía un poco o la mordía, se sentaba a horcajadas sobre mi cabeza. Su ingle me humedecía la cara, y sus pezones me aguijoneaban el vientre; y sus manos de dedos duros e implacables recorrían todo mi cuerpo, y sobaba mi sexo a tirones hasta que, contra mi voluntad, ella, jadeante de excitación, me llevaba al orgasmo.

Nuestros amores eran el opio y el sexo, pero el opio era el más posesivo. Requería reglamentación y un ritmo equilibrado entre la actividad y el sueño, horas dedicadas al placer de la comida y a la paz de la pipa. Nuestro modo de hacer el amor desbarataba continuamente el ritmo y la reglamentación requeridos. Estábamos

traicionando al opio y el opio iba a castigarnos por nuestra traición. Era hora de abandonarlo.

Una mañana, al oír un coche por el camino de entrada, nos levantamos de la cama y nos arrastramos hasta la ventana. Allí estaba la señora Llewellyn, tratando de arrastrar su gran maleta por la puerta de entrada. Barbara trató de disimular su indignación:

–¿Por qué no me lo dijiste? –gritó.

–¿Decirte qué? –pregunté–. ¿Que le había dado a la vieja dinero para que se fuera de vacaciones a Inglaterra?

* * *

De vuelta al hotel, sudaba y sentía frío. Mi corazón estaba agitado y el pulso disminuía. Me picaba todo el cuerpo. Temblaba. Oscilaba entre la diarrea y el vómito. La cara de Barbara estaba roja, y tenía las pupilas dilatadas; una capa de humedad cubría su cuerpo. Su tacto dejaba mi piel fría y húmeda. Cuando nos besábamos, su lengua parecía hinchada. Como yo, estaba enferma. Yo estaba aturdido, sin coordinar lo suficiente para pedir inmediata ayuda.

Pocos días después llamé al hospital y pedí una ambulancia para que nos llevara allá.

* * *

Después de que me desintoxicaran y dieran de alta del hospital, Barbara seguía allí, continuamente escondida tras una sábana que mantenía bien tirante a la altura de sus hombros, de modo que parecía como si tuviera la cabeza separada del cuerpo.

Tenía la cabeza hinchada y el cuerpo arrugado; su cuello delgado parecía incapaz de aguantar la cabeza. Sus párpados se cerraban despacio, como si estuvieran pegados a los glóbulos del ojo.

Murmuraba que quería morirse, coger un estilete y hundírselo en el corazón o, a falta de eso, saltar desde lo alto de un edificio.

A pesar de que le había conseguido y pagado los médicos más competentes, Barbara murió un mes después por complicaciones causadas por su drogadicción. Ningún miembro de su familia en Nebraska pudo permitirse venir a su funeral y, a petición de ellos, el cuerpo fue incinerado y las cenizas enviadas por correo. Un sacerdote ofició en la breve ceremonia, a la que asistió uno de los médicos de Barbara, dos enfermeras, la señora Llewellyn y sus criados, y un

funcionario de segunda categoría del consulado estadounidense, el cual, sabedor de quién era yo, no me quitó la vista de encima, con evidente interés.

El sacerdote, un estadounidense viejo y gris cuyas maneras me recordaban a las de mi padre, habló con elocuencia de aquellos que, haciéndose la cama en el infierno, incapaces de gozar o de buscar la salvación a través de su propia espiritualidad, corren el peligro de perderse para siempre.

La esencia de la vida humana, dijo, es tan invisible como el sentido de un sermón o de un libro, o el concepto del bien y del mal, de la justicia y la injusticia, del amor y el odio. Esa esencia no puede describirse: solo puede ser insinuada y expresada mediante acciones y objetos, cosas que se pueden ver y tocar.

Nuestra conciencia, dijo el sacerdote, es nuestro único compás espiritual; el tiempo y el espacio proveen simplemente de un marco donde desarrollar nuestra vida personal: los sufrimientos, sacrificios, esperanzas, alegrías y desesperaciones que son nuestra única realidad. Solamente aceptando que nuestra espiritualidad es invisible, y que el mundo es su expresión, podemos llegar a conocer la abrumadora presencia de Dios, en Sí Mismo un poder invisible tras el visible universo… un poder para el cual el espacio y el tiempo son, como son para cada uno de nosotros, formas de expresión espiritual.

Mientras escuchaba al sacerdote, me asaltó un único pensamiento: yo me había permitido traicionar y burlar la vida, jugar al escondite con mi propia esencia. Por razones que me resultaban oscuras, no había sabido extraer de mi herencia protestante las únicas verdades proféticas y creativas: que durante toda la vida y en toda situación debo protestar contra el pecado de distorsión y las limitaciones de la existencia humana, incluyendo la distorsión y las limitaciones de mi propia vida y naturaleza; que tal protesta contiene a la vez la esperanza de un renacimiento espiritual y una resurrección moral y el peligro de la incertidumbre y de la confusión personal. Hasta entonces, yo había traicionado la llamada sagrada.

Y me di cuenta de que para responder a esa llamada tendría que comenzar conmigo mismo, con mi propia vida. Tendría que regresar a casa.

* * *

Siempre que estoy con Karen en un lugar público, entre extraños, siento la necesidad de tocarla, de confirmar mi poder sobre ella. Al mismo tiempo, distanciado de la realidad del momento, me imagino a Karen y a mí mismo haciendo el amor del modo más extravagante, desafiando tanto los tabúes de la sociedad como los rituales que nosotros dos seguimos aún. Solo Karen desata en mí un estado en el cual contemplo mi propio ser como desde la distancia.

* * *

La fotografía nunca me ha interesado, y esa es la razón por la que en lugar de coleccionar retratos de mí mismo, colecciono y anoto mis recuerdos e impresiones. Espero de Karen que haga lo mismo: después de todo, ¿qué puedo descubrir de ella en sus fotografías publicitarias?

Todavía conservo una carta que Karen me envió una vez:

> Vivir en el secreto, Jonathan, es tener miedo de uno mismo, negar la propia existencia. Has hecho tal laberinto de tu vida que al final ya no sabes qué te satisface: vives en un exilio creado por ti mismo, que excluye casi a todo el mundo, y solo te atreves a salir de él en nombre de la exploración y la expansión. Tu psique es tu propio campo de concentración, y Barbara, la clave del opio, tu prisionera. Una mujer que ama tanto a un hombre como para renunciar a su propia vida… pero al negarle él su amor y darle solo sexo… se muere por dentro.
>
> El que hayas separado tu amor de tu sexualidad es lo que hace a la vez que tu mente sea tan aguda y tu vida tan trágica. Has arriesgado muchas cosas, pero parece que no has arriesgado tu corazón y ese es el mayor riesgo de todos. Yo he arriesgado poco, pero contigo aposté el corazón y se rompió. Cuando te vas, siento como si no hubieras estado nunca aquí. Una vez me dijiste que yo era invulnerable, y sin embargo te empeñaste en demostrar que no lo era. Cuando finalmente sucumbí ante ti, me echaste en cara el que no fuera invulnerable… que me interesara por ti y anhelara que tú te preocuparas por mí. Así que empezaste a jugar a ese juego de «Dios lo dio-Dios lo quitó»: vístete, ya no te quiero más, márchate; lo siento, sí que te necesito, quédate; no, no vas a quedarte, ahora mismo te marchas. Una vez dijiste que con alguien más estúpida que yo habrías sido, según tus propias palabras, «emocionalmente insincero». Dijiste que para mí reservaste tu «verdad espiritual»… lo cual, para mí no es más que un constante y cruel cambio de opinión. Pero en mi corta vida he descubierto que la verdad es infinita e involucra usar el corazón. Te lo ilustraré: te quiero,

Jonathan. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que has ignorado, negado y arruinado tu propio corazón? Quizá tu corazón no quiera jugar más a esos juegos: quizá solo quiera ser amado.

Tú sabes lo que a mí me gusta: mi trabajo de modelo, ser la número uno y la mejor pagada, viajar, comer galletas de chocolate, follar con alguien a quien ame (tú), y oírte hablar de lo que te gustaría de verdad hacer conmigo si yo consintiera ser tu esclava. Pero yo, como buena estadounidense fui destetada con crema de cacahuete y jalea de frutas… pegajosa y salada, gelatinoso y dulce: soy una vidente. No estoy hecha para ser esclava, para ser follada y nada más. No lo soporto. No lo entiendo. El señor Prolongar, el Don Juan de la virilidad y la potencia de alcoba estadounidense, cuyo único deseo es oír gritar a una mujer «¡más!» o «¡basta!», me deja muda y me asusta. Mi voz sale de la leche materna, del afecto, la calidez y la protección.

* * *

Karen mide el amor por su resistencia e intensidad. La mutua lealtad espiritual de los verdaderos amantes no tiene a sus ojos nada que ver con la fidelidad sexual, que ella denuncia como un estado insincero al que obligan los celos, una servidumbre del espíritu, una aceptación a disgusto de la inercia sexual.

Recuerdo aquel día de primavera en que Karen y yo yacíamos sobre la hierba en New Haven, besándonos, leyendo, arrancando hojitas de hierba. El viento arrancaba los frutos alados de los arces y nos los echaba al rostro, hinchaba nuestras ropas, me lanzaba la cabellera de Karen contra la cara. Y entonces, de pronto, Karen me dijo que habíamos terminado. Que no quería verme más.

–Nueva York es importante para mí –dijo, mientras se sentaba a mi lado–. Es mi oportunidad de divertirme y crecer. Tengo mis planes, Jonathan. Quiero ser modelo, una de las mejores de todos los tiempos, y ser libre para salir a toda prisa hacia París en abril, o hacia Marruecos por Navidad, esquiar en Italia y Suiza, contemplar las pinturas negras de Goya en Madrid. Me gustaría conocer ingleses, alemanes, franceses. Quiero beber cerveza caliente en los pubs de Dublín e invitar a amigos a cenar en la suite de mi hotel de Roma.

»Tú y yo seguimos pensando que necesitamos ser independientes. Tú intentas liberarme y yo intento liberarte a ti. Me he dado cuenta de que no quiero malgastar más tiempo sintiéndome desgraciada a causa de ti y de nuestro idilio de adolescentes. No me eches toda la culpa a mí, Jonathan. En eso soy tan racional como tú.

Antes de anunciarme eso, estuvimos dando vueltas en su coche. Nos quedamos sin gasolina en una colina y yo descendí y trepé de nuevo hasta lo alto, bajo un viento helado, con un bidón de gasolina en una mano y un cucurucho de helado de menta en la otra.

Después de su anuncio, se me ocurrió que algún día mi riqueza haría posible que ella llegara a ser todo lo libre que deseara: libre para crearse una identidad propia, libre para imponer el orden en todas las circunstancias y sucesos de su vida. No obstante, al aceptarlo de mí, ya no sería libre de tratar mi presencia en su vida como resultado de su libertad de elección; más bien tendría que aceptar mi presencia en su vida como el previsto resultado de una elección que, inicialmente, no fue suya sino mía. La cruel paradoja de semejante don era que el hecho mismo de aceptarlo disminuiría automáticamente su libertad: su libertad con respecto a mí.

Poco después, mientras me paseaba descalzo alrededor del lago, vi a Karen de pie, con la cabellera suelta y la blusa a rayas blancas y rosas medio desabrochada. Se dirigió a su coche, la portezuela del coche se cerró de golpe, y ella partió. Yo seguí contemplando el lago y deseando poder disolverme en él.

* * *

Cuando era niño, coleccionaba las boquillas de corcho de los cigarrillos de mi padre con la creencia de que contenían los pensamientos y sentimientos que no podía expresar. Ahora colecciono mis recuerdos con la esperanza de descubrir los nexos que los unen.

* * *

Terminaba el verano. Las hojas de Central Park aún no se habían puesto amarillas, pero el aire exhalaba un aroma de decadencia. Sobre la ciudad pendían capas de nubes grises.

Whalen conducía a lo largo del río Hudson, junto a los muelles donde están anclados los trasatlánticos. Aparcó el coche en uno de los muelles del centro e inspeccionó la ribera del río hasta hallar el lugar que estaba buscando. Se encaminó al embarcadero, se detuvo al filo del agua y dirigió la mirada a los edificios de apartamentos de la otra orilla, en Nueva Jersey.

Hacía años, durante unas vacaciones de invierno, sus padres

habían venido a Nueva York para ver los nuevos espectáculos de Broadway y asistir a todas las fiestas de beneficencia. Jonathan viajaba con ellos y sus padres invitaron a Peter, uno de sus amigos de la escuela primaria, para que le hiciera compañía. Una noche, luego de que salieran sus padres, él y Peter decidieron poner a prueba *Nunca digas voy a morir*, un libro que habían leído acerca de cómo sobrevivir bajo cualquier circunstancia, desde perderse en el Sahara hasta luchar contra los rusos en las estepas. Para probarlo, Jonathan eligió cruzar el Hudson de noche. Vestidos con varias capas de suéteres y ropa interior, los chicos fueron en taxi hasta un muelle abandonado donde, en la inspección hecha el día anterior, Jonathan había descubierto un tosco bote a remos, quizá abandonado por uno de los trabajadores.

Grandes pedazos de hielo encrespaban las aguas del río. Entre los pliegues de la niebla, los chicos veían centellear alguna luz ocasional en la orilla de Nueva Jersey.

Jonathan desató el bote y lo sostuvo mientras Peter saltaba en él y se sentaba a popa. Entonces Jonathan subió a bordo y, cuando la corriente se adueñó del bote y los alejó de la orilla, él aseguró las piernas, hundió los remos en el agua con decisión y empezó a remar frenéticamente, inclinando con fuerza el cuerpo hacia atrás y hacia adelante. En la oscuridad, los trozos de hielo chocaban sus dientes contra el tambaleante bote, que los llevaba rápidamente río abajo. Cuando vieron las luces de la Estatua de la Libertad y oyeron la sirena del ferry de Staten Island, Jonathan se dio cuenta de que iban camino del mar. *Nunca digas voy a morir* no contenía instrucciones sobre cómo salvar a la tripulación de un pequeño bote que está a punto de ser engullido por el Atlántico en medio de una noche oscura y neblinosa.

Mientras la corriente los arrastraba lejos de la costa de Manhattan, Jonathan era incapaz de controlar el bote. Cansado y asustado, aflojó los remos, y, al percibir su rendición, Peter gritó, y desequilibró el bote. El bote se ladeó y volcó, echando a los chicos al agua, entre el hielo afilado y el azote de las olas. Agarrados al bote volcado, quedaron a la deriva hasta dar contra un montón de rocas. Cuando Jonathan pudo emerger fuera del agua, Peter se encontraba detrás de él, pero su cuerpo estaba inmóvil. Rápidamente, Jonathan lo sacó del río, y ambos cayeron derrumbados sobre las piedras húmedas.

Treparon hasta un embarcadero y, temblando de frío, corrieron hacia la autopista del West Side y la cruzaron. Al otro lado, a unos doscientos metros calle abajo, el letrero de neón de una estación de

servicio resplandecía entre la neblina.

Detrás del letrero, muy por encima de los demás edificios, Jonathan vio otros letreros luminosos… entre ellos la marca de la compañía de su padre en lo alto del edificio que albergaba sus oficinas centrales de Wall Street. Dos veces antes había visitado allí a su padre.

Arrastrando consigo a Peter por un brazo, Jonathan se precipitó en la gasolinera y pidió al empleado que llamase a un taxi. Pero el adormecido empleado solo miró a Jonathan el tiempo de pestañear. A los gritos, Jonathan le dijo que era hijo de Horace Sumner Whalen, y señaló el letrero en lo alto del edificio. Entonces el empleado se levantó, llamó a un taxi, y los dos chicos volvieron a casa mucho antes de que los padres de Jonathan regresaran de su salida nocturna. Al día siguiente, aunque ambos tuvieron fiebre, ni Jonathan ni Peter mencionaron a nadie su escapada. El intento de cruzar el Hudson fue la primera aventura heroica de Jonathan. Zafarse del servicio militar fue la segunda.

Whalen regresó a su coche y se encaminó hacia el norte. Al amanecer, conducía por Connecticut entre prados y lagos. Dejó la carretera principal y siguió por un camino pantanoso. El sol dispersaba la neblina que caía sobre los campos y las ruedas del coche giraban lentamente sobre la arena. Junto a la carretera crecían pinos achaparrados y las verdes agujas filtraban el sol y salpicaban la capota del coche. Se sentía invisible y seguro detrás del volante.

* * *

–Tu madre deseaba con ansia que permanecieras en el extranjero, Jonathan. En realidad, estaba desesperada. –El médico evitaba mirarle a la cara–. En sus pesadillas, a menudo aparecías enterrado como el soldado desconocido. Es esa la razón de que se alegrara por tu decisión de salir del país antes de que te llegara la orden de incorporación a filas. En tanto ni ella ni los fideicomisarios de la compañía supieran tu paradero, no se te podía remitir la notificación y técnicamente no eras culpable ante la ley. Pero a tu madre la afectaba no saber dónde podías estar.

–Para permanecer con ese estatus legal tenía que estar a la fuga, sin dirección conocida.

–Bueno, sí, eso era lo que la intranquilizaba. Ella te imaginaba con largas melenas y barba, vistiendo viejas saharianas del ejército,

metido en drogas y haciendo autostop a través de Birmania, India o África, con solo una mochila y una guitarra –el médico se rascó el cuello–. Intentamos seguirte la pista… los mejores detectives de Burns tardaron meses en localizarte, aunque a veces sabíamos dónde estabas aproximadamente porque seguías sacando dinero de los bancos filiales firmando simples trozos de papel –el doctor sonrió y miro a Jonathan–. Si no recuerdo mal, el último de esos cheques lo firmaste en Ankara … ¿o fue en Trípoli?… por algo así como treinta mil dólares. En cualquier caso, excedía tu pensión por aquel período. A pesar de eso, como durante los dos o tres meses previos habías vivido con menos de la mitad del dinero, los fideicomisarios permitieron liquidar el cheque. Después, se encontró abandonado tu jeep de safari. Tu madre estaba frenética. Temiendo que hubieras sido raptado, y aconsejada por mí, otra vez volvió a contratar a los mejores detectives de Burns para que te localizaran.

–¿Cómo me encontraron?

–Te siguieron la pista hasta dar con un grupo de *hippies* estadounidenses en Nepal. Según parece, habías profanado un templo; parece que entraste desnudo o que te desnudaste en el interior… y contigo iba una chica. Un banco de allí que hace negocios con el National Midland se las arregló para sacarte de la prisión local. Luego descubrimos que te habías establecido en Rangoon y que, poco después, habías caído enfermo; o bien seguías fumando opio o ya te estabas desintoxicando, o quizá fuera ambas cosas.

El doctor aplastó el cigarrillo:

–Durante aquel año tu madre fue hospitalizada varias veces. Para evitar publicidad innecesaria, la enfermera nos llamaba siempre que hubiera peligro de que le diera un ataque, y yo personalmente la traía aquí al hospital. Como tu madre a menudo se negaba a colaborar, aun cuando era evidente que, por su propio bien, debía ponerse en tratamiento, a veces teníamos que –hizo una pausa, buscando las palabras– tranquilizarla. Aunque, en realidad, le gustaba estar aquí. Decía que no quería marcharse nunca. Esa es la razón de que mis colaboradores y yo sepamos tanto sobre ti, Jonathan. El National Midland y los fideicomisarios me llamaban continuamente. Y tu madre hablaba siempre con tanto cariño de ti… Guardaba tu fotografía en la mesita de noche.

–¿Qué fotografía?

–De ti, de niño, al lado de tu padre en Whalenburg.

–¿Cómo murió mi madre?

El doctor entrecerró los ojos, pensativo:

–En verdad, fue un accidente.

–¿Se mató?

–Desde que murió tu padre, tu madre sufrió depresiones a menudo –continuó el médico–. Guardaba todas las medicinas que yo le prescribía en frasquitos bien etiquetados, en una nevera especial que tenía en su dormitorio. Un día, cuando la muchacha descongeló la nevera, los frasquitos se mojaron y algunas etiquetas se desprendieron. Ese día, al confundir las dosis, tu madre sencillamente tomó demasiada medicina. Su muerte fue un trágico accidente.

–¿Hubo autopsia?

–La ley no exige la autopsia cuando el paciente muere estando al cuidado de un médico reputado. En el momento de su muerte tu madre estaba bajo mi cuidado.

–¿Por qué había de necesitar mi madre su cuidado y tantas drogas fuertes?

–Cuando tu padre murió, las exigencias que ella consideraba su motivación vital cesaron bruscamente. Cayó en la depresión porque nadie la necesitaba.

–Yo la necesitaba.

–Bueno, sí. Pero al abandonar los estudios, tenías encima el servicio militar, y luego desapareciste. Para tu madre, eso significó que tú también la habías abandonado. Y así murió… sola.

* * *

Recuerdo el almuerzo que dieron los padres de una compañera de universidad de Karen. Después del almuerzo, los padres se fueron a su club de campo a jugar a las cartas y al golf, los demás estudiantes se fueron a nadar, y yo me quedé a solas con Karen, que se quedó en la puerta mirando cómo se iban los coches. Yo le aparté el pelo de la cara y la besé en el cuello. Ella se quedó quieta y no dijo nada. Me detuve y nos miramos uno a otro. Sus ojos me recorrieron perezosamente el pelo, la frente, los ojos y la boca. Yo deslicé las manos bajo su blusa, sentí su piel, le acaricié los pechos. Ella se apretó contra mí, los labios temblorosos, luego se zafó rápidamente y, llevada de súbita decisión, me tomó de la mano y me condujo a uno de los dormitorios de huéspedes. Lentamente, como poniendo a prueba mi autodominio,

cerró la puerta, bajó las persianas de las ventanas, desconectó el teléfono de la pared y retiró el cubrecama, plegándolo cuidadosamente.

Yo la alcancé otra vez, y estaba a punto de besarla en la boca cuando ella se liberó. Con deliberada languidez, Karen empezó a desvestirse, se quitó el vestido, se bajó las medias, y lanzó lejos los zapatos. En unos segundos estaba desnuda y yacía de espaldas, con los pechos palpitantes y las piernas ligeramente dobladas. Yo me desvestí incómodo, consciente de que ella me observaba mientras me quitaba los pantalones y el slip.

Me tendí encima de ella, su tenso cuerpo contra el mío. Nos besamos, y al mordisquearme ella los labios y lamer mi lengua pude percibir su excitación, su deseo de mí. En el preciso momento en que me alzaba para penetrarla, me dijo que me detuviera. No estaba tomando la píldora, dijo, porque los efectos secundarios la ponían enferma, y no llevaba diafragma. Yo le besé los pechos y los pezones, le reseguí con la mano el estómago y la curva de las caderas, y froté mi sexo en el interior de sus muslos. Le dije lo mucho que deseaba sentirme dentro de ella, y que me retiraría antes del orgasmo, pero ella se resistió, musitando que esperar mi retirada destruiría el placer. Al descender sobre su cuerpo, elevó las caderas, invitando a mi lengua. Con los dedos dentro de ella, seguí besándola y lamiéndola pero, lentamente, retorciéndose y temblando, me apartó. Cuando intenté sujetarla, se retiró y, cubriéndose la cara con un almohadón, empezó a llorar. Cuando se calmó, la tomé en brazos y le pregunté por qué no se había corrido.

Al principio no dijo nada, pero al cabo de un momento admitió que no podía conseguir el orgasmo bajo presión. Dijo que conmigo era demasiado calculadora, estaba demasiado ansiosa por agradarme y por demostrarme cuánto me deseaba.

Me habló de un estudiante africano, un muchacho negro amable y de voz dulce que durante meses le había dirigido miradas tímidas, pero que apenas le había hablado. Al final se había ofrecido a llevar algo para drogarse juntos, y una noche fueron los dos a la habitación de él. Aspiraron cocaína, se tragaron una sustancia parecida al azúcar y a los pocos minutos comenzaron a viajar. Mientras Karen se tumbaba, con la sensación de que su mundo se fragmentaba y con la voluntad hecha añicos, el muchacho negro parecía tomar cuerpo y se volvía más ruidoso, más excitado. Se le echó encima, primero vestido

y después desnudo, y con los ojos en blanco le liberaba los pechos y las caderas mientras musitaba qué bonita era, y la tanteaba y besaba suavemente. Y durante todo el tiempo, dijo Karen, ella soñaba que yo la violaba delante de él, que entonces tenía que luchar conmigo.

El sudor de aquel hombre era grasiento; olía a agrio, y cuando observó que no estaba circuncidado fue consciente de su desnudez y de que se aproximaba a su cara. Intentó metérsela en la boca, pero ella, como una ardilla testaruda que atesora una castaña, mantuvo los labios apretados. Mientra él le restregaba su carne, prieta y dura como una piedra, contra la cara, el cuello y los pechos, untándola con sus secreciones, ella se centraba en el movimiento de sus ojos debajo de las largas y delicadas pestañas. Metiéndole el puño entre las piernas, trataba ahora de forzar sus muslos, separándolos, pero ella se cruzó de piernas, tiesa como una lona rígida. Excitada por el puño que la barrenaba, soñaba en abandonarse, en llegar al orgasmo mientras simulaba que no podía alcanzarlo. Ahora ya estaba él demasiado lanzado para darse cuenta de la diferencia; se caía de encima de ella, y de nuevo volvía a encaramarse. En un esfuerzo final, la levantó por los hombros y le dio la vuelta, aplastándola contra la cama e intentando separarle las piernas hasta que, bajo sus embestidas, a ella empezaron a arderle los muslos. Los dos cayeron al suelo, pero él volvió al ataque, entrándole como un filo. Cuando lo oyó gemir y temblar encima de ella, se sintió a salvo y aflojó los miembros. El orgasmo la sacudió por entero, desgarrando el lienzo de su cuerpo. No recordaba qué sucedió después… o cuándo su amante se quedó quieto dentro de ella, pero con él fue con quien tuvo por primera vez conciencia de experimentar dos clases diferentes de orgasmo. Uno llegaba cuando el hombre, con todo su peso y corpulencia, la penetraba una y otra vez profundamente, lastimándola casi con sus embestidas, y no obstante, por su misma constancia y ritmo, esa embestida iba a estar al servicio de la creciente oleada de excitación que en el momento culminante embargaría todo su ser. El otro lo provocaban la mano y la lengua de su amante sobre su clítoris, llevándola una y otra vez a una frenética liberación que la dejaba inquieta, como si todavía tuviera que ser colmada.

Por la mañana, aterrorizada por la posibilidad de un embarazo, fue a la sala de urgencias del dispensario público donde, después de contarle al médico que había sido forzada a tener relaciones sexuales con un hombre viejo, le dieron una «píldora para el día después» y le

hicieron una exploración.

Mientras la escuchaba, me embargó una sensación de futilidad: por ser yo, y lo seré siempre, parte de su pasado, nunca podría absorberla o influirla como un nuevo amante. De pronto sentí la necesidad abrumadora de escapar de su pasado.

Me tendí de espaldas y la obligué a poner la cabeza entre mis muslos:

–Hazlo –le ordené–. No me importa si quieres o no.

Sentí que sus manos recorrían mi cuerpo. Levantándose sobre las rodillas y doblándose sobre mi vientre, hundió los dedos en mis muslos. Sus labios, y después la punta de la lengua se pasearon por mi cuerpo; vaciló al tocar mi sexo, frotándoselo contra la mejilla, envolviéndolo con la cabellera y, después, metiéndoselo decididamente en la boca. Sus labios me apretaron, subiendo y bajando, y así continuó, con las mejillas hundidas al chupar, las manos marcando el ritmo, los ojos muy abiertos, vigilándome, midiendo mi respuesta. Le dije que era demasiado suave y le empujé la cabeza hacia abajo como si quisiera ahogarla, pero ella no retrocedió. Estaba presa de su propio ritmo, el cuerpo arqueado, agobiado por la excitación. Siguió balanceándose de atrás hacia adelante con los dedos clavados en mi piel, pero cuando sintió que estaba a punto de eyacular, perdió la serenidad y se retiró, escondiendo la cara en el almohadón. No lloró.

* * *

Ahora que ya he dado a Karen todas las notas que emborroné durante mis viajes por el extranjero, siempre me pregunto si algún incidente de mi pasado podría algún día alterar lo que ella ha llegado a pensar de mí. Como no tengo una idea exacta de lo que pudiera ser ese incidente, quizá habría tenido que dejar fuera de mis reminiscencias todo lo que pudiera parecer nauseabundo o sucio… o todo lo aburrido o trivial.

He ido progresando rápidamente, pasando de la sensación de estar vivo a expresar mis pensamientos sobre tales sensaciones, como si la mera expresión fuera ahora la única experiencia original de la que todavía soy capaz. Pero como el lenguaje pertenece a todos, me temo que todo lo que capto en palabras se convierte en un relato ficticio… mío o de cualquier otro. Debe de haber un lugar más allá de las

palabras… un lugar de experiencia pura, al que desearía poder volver.

* * *

A pesar de las veces que he estado con Karen y le he hecho el amor, todavía la deseo tanto que antes de cada encuentro me invade el pánico solo de pensar que pudiera no aparecer. Cuando está conmigo y está a punto de desvestirse o de meterse en la cama, apenas puedo controlar el deseo de tocarla, lamerla, paladearla, conocerla, entrar en ella. Entonces se me seca la boca, se me hace un nudo en el estómago y en mi mente solo hay un pensamiento: tenerla y tenerla pronto, más pronto y por más tiempo, si pudiera, de lo que permitirá el tiempo, ese guardián inconmovible. Me entra de nuevo el pánico cuando está a punto de dejarme. Luego, cuando se ha ido, me siento vacío, sin propósito, carente de energía, con ansias de volver a verla y, hasta entonces, de matar el tiempo para que esa misma ansiedad no me mate a mí.

* * *

En el cóctel que Karen ofreció el otro día, la tensión me hizo empezar a transpirar. Dentro de mí tenía lugar un duelo: en determinado momento era yo un adulto que se dominaba, al siguiente, un niño gritando. Una mujer me hablaba de su yate; un hombre me contaba sus inversiones; una pareja me decía que había conocido a mi madre. Pero yo solo oía la voz de Karen: «Voy a olvidarte. El nuestro será el único amor que no recordaré». Acepté un canapé y sorbí mi scotch.

Cuando niño solía tumbarme en el suelo con los ojos cerrados, con la esperanza de que, dado que me negaba a ver, me haría invisible y la gente que pasara a mi lado no podría percibirme. Pero recuerdo cuánto me trastornaba el que Anthony, el ayuda de cámara de mi padre, pasara junto a mí sin mirarme o sin detenerse siquiera para testimoniar mi presencia. ¿Y si Anthony hubiera dejado de quererme?, pensaba. Quería ser, al mismo tiempo, invisible para aquellos a quienes temía y visible para aquellos que yo amaba.

Otra vez, me escondí detrás del archivador de mi padre y di un grito:

–Jonathan ha gritado –dijo mi padre.

Mi madre replicó:

–No ha gritado nadie. Llegaremos tarde, vámonos.

Abrí otra vez la boca para gritar, para que me encontraran, pero no pude emitir ningún sonido: ¿y si mi madre no quisiera oírme, por mucho que gritara?

Sin embargo, nunca he conseguido perderme. Si fallaba un yo, otro estaba siempre dispuesto a tomar su lugar.

Ahora soy algo más que visible: por ser quien soy, centenares de personas trabajan para que goce de una existencia segura. Mis padres fueron los únicos que actuaron como si yo no existiese.

* * *

«¡Asombrosa y maravillosamente he sido creado!», exclamaba uno de los salmos favoritos de mi padre. «¿Qué es el hombre para que Tú te preocupes por él?», preguntaba otro. Pero la enciclopedia favorita de mi padre, la Británica, definía al hombre solo como «un ser que busca el grado máximo de comodidad con el menor gasto posible de energía». Si lo único que debiera contar para mí es la comodidad, ¿en qué me diferencio de una ameba? ¿Y qué ha sido del espíritu, el único misterio y milagro de la existencia del hombre?

Mientras estaba en el hospital recuperándome de la adicción, uno de los médicos me inició en las obras de Abraham Joshua Heschel, el teólogo judío estadounidense. Esto es lo que Heschel tenía que decir sobre el hombre:

> A los ojos del mundo… soy un hombre corriente. Pero para mi corazón no soy un hombre corriente. Para mi corazón soy de gran importancia. Me enfrento al desafío de realizar, de concretar la silenciosa eminencia de mi ser.
>
> Más allá de toda agonía y angustia está el ingrediente más importante de la autorreflexión: lo precioso de mi existencia… y me resisto a la idea de tirar por la ventana su sentido.

* * *

Los Estados Unidos constituyen únicamente el seis por ciento de la población mundial y, no obstante, consumimos más de un tercio de los recursos naturales del mundo. En el país, la mitad de la renta nacional va a un quinto de la población.

Por lo tanto, mi situación personal es extensión de una desproporción económica y social más amplia. Un investigador de la compañía, quien reunió para mí recortes de periódico sobre los

superricos en Estados Unidos, encontró algunos datos interesantes: más de medio millón de estadounidenses poseen bienes por valor de un millón de dólares o más, y de ellos (me divirtió el descubrimiento) casi sesenta mil residen en Nueva York.

Parece que solo unos pocos de mis conciudadanos son tan ricos como yo. Y de mi edad solo tres, hasta hace poco. Uno de ellos, dedicado a la venta de alimentos y accesorios para animales domésticos, heredó el negocio que fundó su padre, un hombre de origen alemán que al llegar a Nueva York abrió una tienda de mascotas (un lugar lleno de canarios) en Canal Street. Ahí termina la contribución de su familia a la grandeza de los Estados Unidos. El siguiente en la lista, un príncipe de la crema de afeitar, era un hombre perturbado. Solía ofrecer cada tanto su fortuna a los pobres, pero cuando acudían por millares a su puerta en busca de ayuda, se esfumaba para ponerse fino de hachís. El año pasado se voló la cabeza con una escopeta de caza.

El más joven de los tres es el presunto heredero de una vieja fortuna banquera. Friki de la salud y la naturaleza, ocupa cuatro pisos del edificio residencial más alto de Chicago, que ha convertido en un solario lleno de ganado, tierra, abono, heno, semillas, tiestos, plantas y lo último en herramientas de jardinería. En varias ocasiones le ha tirado los tejos a Karen e incluso una vez le ofreció una visita guiada por el invernadero donde tiene su dormitorio. Ella se negó a seguirlo hasta allí:

–Aspirar mierda no es mi idea de confort –dijo ella más tarde.

* * *

Y aquí estamos, ricos entre los ricos, subespecies del Mammón estadounidense, cada uno de nosotros preguntándose, sin duda, de vez en cuando, cómo llegar a ser grandes… puesto que ya somos ricos. Pero ¿cómo puedo yo, el hijo de Horace Sumner Whalen, alcanzar la grandeza sin lograr primero lo que Thackeray llamó «el principal don de todo gran hombre»: el éxito? ¿Qué clase de éxito puedo conseguir aún? ¿No soy acaso, en virtud de lo que soy y de cuanto poseo, un éxito de antemano?

El reciente *Diccionario de títulos profesionales* enlista más de veinte mil profesiones especializadas en los Estados Unidos. La de millonario no es una de ellas.

Nuestra cultura ofrece arquetipos apasionantes, a menudo deseables: político, explorador, artista, santo, loco, profeta, asesino, amante, guerrero, deportista, mesías, genio. Pero ¿dónde, excepto en el *Titanic*, encontramos el arquetipo del millonario?

Como señaló Oscar Wilde, «Los modelos de millonario son bastante escasos, pero escasean aún más los millonarios modélicos».

¿Habría conservado nuestra memoria colectiva una imagen tan vívida del hundimiento del *Titanic* si, en lugar de sus coloridos millonarios, el barco hubiera transportado inmigrantes tan genéricos como miserables?

El arquetipo del millonario viene implícito en nuestra tradición, forma parte de una cultura popular que insiste en hacernos creer que los ricos se lo pasan mejor (si no directamente son mejores) que los pobres. Algunos de nuestros sinónimos para la palabra *rico*: independiente, capitalista, fanfarrón, productivo, provechoso, estimable, sublime, estético, gustoso, deleitable, nectáreo y armonioso. Mientras que los sinónimos de la palabra *pobre* son los siguientes: aturdido, reducido, exprimido, avergonzado, inferior, trivial, dolorido, despreciable, defectuoso, inútil, vulgar, básico, insípido, soso, inepto, incapaz, rancio, lúgubre, y lastimoso.

> Cuanto más fuerte es el poder de mi dinero, más fuerte soy yo. Por lo tanto, lo que yo soy y lo que yo *puedo hacer* no está determinado en absoluto por mi individualidad. Yo soy feo, pero puedo comprar la más *hermosa* mujer. Lo cual quiere decir que no soy feo, porque el efecto de la fealdad, su poder repelente, queda destruido por el dinero… Soy un individuo corrompido, deshonesto, sin escrúpulos y estúpido, pero el dinero se respeta, lo mismo que a su poseedor. El dinero es el bien más elevado y, en consecuencia, también hace bueno a quien lo posee. Más aún: el dinero me ahorra el trabajo de ser deshonesto y por tanto se me supone honesto. Soy un insensato, pero si el dinero es la *verdadera* razón de todas las cosas, ¿cómo puede ser insensato su poseedor? Mediante el dinero puedo obtener todo lo que el corazón humano pueda desear. ¿No poseo por tanto todas las habilidades humanas? En tal caso, ¿no transforma el dinero todas mis incapacidades en su opuesto?

Eso es de Karl Marx.

¿Soy quizá mi propio arquetipo, un hombre que en cualquier momento puede transformarse en su opuesto?

* * *

Si vivir como el arquetipo de uno mismo es convertirse en una creación artística cuyo medio es el presente, tendría que aceptar ser no más previsible o controlable que cualquier otra obra de arte.

Entonces, ¿por qué no convertirme en un deportista? Durante una refinada cena en Nueva York, hablé con un hombre que había sido entrenador del equipo olímpico de esquí. Le pregunté por mis posibilidades de alcanzar, en una sola temporada, el nivel necesario para llegar a las semifinales nacionales de descenso al año siguiente.

–No soy demasiado bueno en los deportes –expliqué–. Dadas mis inclinaciones (soy un poco perezoso y no me gustan las competencias uno contra uno) necesito un deporte que genere y me transmita su propia energía e impulso.

Practiqué mucho la pesca submarina en África, pero como surfista soy terrible. En Yale fracasé en el tenis, la esgrima y el baloncesto.

–Una pregunta, señor Whalen –el entrenador parecía entusiasmado–. ¿Por qué el esquí? ¿Por qué no el vuelo sin motor, la navegación o las carreras de coches?

–Porque todo el mundo sabría que puedo costear lo mejor… el planeador, el barco o el coche, último modelo, el más rápido.

–¿Y por qué el esquí?

–Es simple. El hombre contra sí mismo y contra la naturaleza.

–¿Le gustaría realmente competir contra los mejores esquiadores del país?

–En contra no. Pero ¿por qué no con ellos? ¿Qué me dice?

El hombre se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

–No quiero desanimarlo, señor Whalen –dijo–, pero para semejante programa intensivo necesitaría también la ayuda de un osteópata y un fisio. Habría que fortalecer pies, piernas y abdomen. Empezaríamos con las pruebas de velocidad durante el verano, en Porfirio, Chile; después, a comienzos del otoño iríamos a Europa, primero a los glaciares que solo son accesibles por avión o helicóptero y después, en invierno, a Chamonix, St. Moritz, Crans-Montana, Cortina, Val D'Isere. Para este tipo de entrenamiento necesitaría equipo de protección diseñado especialmente para altas velocidades. Tendríamos que encargar inmediatamente un giroscopio de baterías (un modelo no mayor que una rueda de bicicleta, que llevaría usted al esquiar). Le ayudaría con los giros. Durante el entreno emplearíamos

dos ayudantes y dos camarógrafos, todos expertos esquiadores. Haríamos que filmaran cada carrera desde diferentes ángulos, y analizaríamos sus progresos en un monitor portátil. Al final de la jornada examinaríamos las cintas sobre una pantalla más grande para verlo con mayor detalle.

»Descontando un accidente fortuito, en primavera ya podría contratar a algunos de los antiguos finalistas nacionales de descenso e intentar ponerse a su nivel. Después contrataríamos a algunos de los mejores profesionales franceses, austríacos o suizos, estrellas olímpicas del pasado y ganadores de copas del mundo) para que usted corriera contra ellos… o con ellos. –Se detuvo, convencido por sus propios argumentos–. Sí, señor Whalen, creo que podría lograrlo; y yo estoy a su disposición.

* * *

Mi miedo a la violencia empezó de niño cuando, tirado en la cama, escuchaba la furia de mi padre. No podía soportarlo y creo que todos, incluyendo a mi madre, mi gobernanta, e incluso Anthony, sentían lo mismo. Las pocas veces que me atreví a llevar la contraria a mi padre, este me pegaba, incluso en presencia de otros. Una noche, en nuestra casa de veraneo, me despertó el aullar de Mesabi, mi perrito. Me puse la bata y salí. En el jardín encontré a Mesabi con las piernas atadas, y de pie junto a él estaba mi padre, dando repetidas patadas al animal. Al verme me explicó que había que castigar al perro por desobediencia y que el dolor destruiría su voluntad futura de resistirse a su dueño. Yo me quedé mirando en silencio, desgarrado entre la piedad por el perro, la rabia contra mi padre, y el odio a mi propia debilidad. Después de aquello, mi defensa contra esa debilidad fue la huida a un mundo en el que yo era el triunfador. Empecé a coleccionar soldaditos de juguete, y más tarde cuchillos y bayonetas simples o de doble filo, además de muchas reliquias nazis y de la Segunda Guerra Mundial. Me suscribí a *Soldados de Fortuna*, «La revista de los aventureros profesionales», y leí biografías de los grandes políticos, militares y hombres de negocios, así como historias de famosos pícaros, bandidos y traidores, y entre todos ellos admiraba solamente a los que eran huérfanos y crecieron en soledad, abandonados o sin padre.

* * *

De niños, Karen y yo descubrimos el sexo juntos. Inventamos apodos para los genitales: *chink* para el suyo, *bobolink* para el mío. Ella quería saber dónde estaba mi *bobolink* cuando yo montaba en bicicleta. ¿Se apoyaba encima del sillín o caía por un lado? Yo me preguntaba qué profundidad tendría su *chink* y si se llenaba de agua cuando nadaba. ¿Se podía cerrar con cinta adhesiva? ¿Podría esconder dinero dentro? Karen todavía recuerda una tarde en que, mientras jugábamos con otros niños en el bosque, le metí una rama en el *chink*. Una de las chicas le contó a la madre de Karen el episodio, y a Karen le dieron una zurra. La madre de Karen, al coger la moneda de cincuenta centavos que yo le había dado a Karen para que la guardara en su *chink*, dijo que era dinero sucio de un chico sucio para algo sucio. Otra vez, Karen intentó arrancarme el *bobolink* mientras yo trataba de penetrar su *chink* con mi mano. Al principio gritó; después, al mantener mis dedos en su interior, se quedó silenciosa y con la mirada fija en mí. Tocándonos uno al otro descubrimos sensaciones de deseo que nos daban mucho más placer de lo que nada nos había dado. El deseo era insistente y se hizo más insistente cada vez, con cada nueva oportunidad de besarnos y tocarnos. Explorarnos el uno al otro dio paso a sentimientos que pedían ser expresados, que necesitaban de un lenguaje de amor y devoción que todavía no habíamos adquirido o desarrollado. Así que, para dar emoción a lo que sentíamos, representábamos personajes de una fábula imaginaria: Karen era Lady Forsitia, una dama siempre difícil de complacer, y yo Lord Willow de Brook, su orgulloso pero tímido amante y defensor.

Cambiando la voz, Karen solía llamar por teléfono a mi casa. Al final, Mam'selle d'Arcy, mi institutriz, que se sentía responsable de saber quiénes eran mis amigos, me preguntó cómo había conocido a la tal Lady Forsitia.

–Me la presentó su amigo, Lord Willow de Brook –contesté–. Son amantes, ¿sabe?

Entonces, más curiosa aún, Mam'selle d'Arcy siguió inquiriendo:

–¿Y dónde conociste al tal Lord Willow de Brook?

–¿Dónde había de ser sino en casa de Yugo Eslavo? –dije yo.

–¿Y quien es ese tal señor Eslavo?

–¿Yugo Eslavo? Un buen chico yugoslavo. Él también está enamorado de Lady Forsitia.

Mam'selle d'Arcy estaba apenada:

–Con lo joven que eres y ya conoces a la gente más extraña,

Jonathan –musitó.

* * *

Aunque Karen hablaba abiertamente de sí misma y describía sus prácticas preferidas, yo en cambio no podía hacerlo; con frecuencia contestaba simplemente sí o no a las preguntas que ella hacía o, en silencio, empezaba sencillamente a besarla, acariciándole los hombros y los pechos, descendiendo lenta y vacilantemente hacia el vientre y los muslos, y apretando, frotando y atormentándole el sexo. O bien empezaba por sentarme a sus pies, friccionarle las pantorrillas, besarle y lamierle la corva de las rodillas, rozarle con las manos y la boca los muslos y trazar círculos alrededor de su sexo hasta que ella se me echaba encima e insistía, imperiosa, en dictarme el ritmo y la dirección de mis caricias.

Karen decía que una cosa es que un tipo lo haga con una chica que no sabe hasta dónde quiere llegar y después empieza a asustarse y fija los límites. Y otra que una chica se proponga que la penetren con los dedos y no dé nada a cambio.

–Imagínate que no quisieras follar con determinado tipo –pregunté yo–. ¿Aun así querrías que el tipo te metiera los dedos?

–¿Por qué no? –contestó Karen–. Si puedo llegar al orgasmo de ese modo, no necesito follar de verdad.

Me dijo que solo una vez se sintió molesta o asustada por mi causa, durante nuestra primera noche cerca de la playa, pero que en cuanto sintió mis dedos dentro de ella ya solo sintió placer. Fue la noche de su primer orgasmo.

* * *

Recuerdo la noche que pasamos en un motel. Karen, que se había zampado un vaso de vodka puro, se mostraba particularmente libre y deshinibida, exigió que le hiciera el amor, y me siguió incluso al cuarto de baño. Insistía en que vocalizáramos en voz alta todo lo que nos hacíamos uno al otro, todo lo que ella quería que yo hiciese, todo lo que ella se temía que yo nunca haría. Su estado de ánimo al principio me produjo excitación, pero luego me dejó desinflado, exhausto demasiado pronto. Fastidiada por mi cohibición y mi desgana en satisfacerla con las manos y la boca, Karen de pronto me apartó:

–Mi señor, me estáis escondiendo algo –dijo.

–¿Qué? –pregunté.

–Un fósil en un capelo de cristal: vos mismo. –Sonriendo desdeñosamente, prosiguió–: ¿Recordáis, señor, cómo os llegó la muerte? ¿Fue acaso en una batalla, en una victoria, o bien os hicieron prisionero y os torturaron hasta la muerte? Mejor aún, ¿no moristeis de una enfermedad hereditaria?

Fue mi primera derrota a sus manos, y nunca me he recobrado de ella. Después de aquello, todo parecía falto de espontaneidad, como si hubiera sido premeditado por un niño emocionalmente muerto. Incapaz de responder, me sentí como si ella me hubiera contagiado su propia abulia.

Empecé a preguntarme: ¿por qué había elegido a una mujer incapaz de entregarse, cuyo amor desata en mí un instinto de competitividad y luego me hace desear la retirada? Veo un cuadro ridículo: pasada la medianoche, Jonathan James Whalen, el prematuramente envejecido y canoso vástago de Salud, Riqueza, Poder y Libertad, Sociedad No Limitada, yace solo en el dormitorio de su palacio. Aquel mismo día por la mañana ha fanfarroneado ante su psiquiatra diciendo que él nunca ha cedido ante una mujer, y no obstante Karen, su esposa y la única mujer que ha deseado en su vida, ha preferido dormir durante años en dormitorios separados.

En una de las fiestas de Karen, hablé con una atractiva mujer de mediana edad, colaboradora fija de *Branching Out*, una revista para la mujer. Después de decirme que tenía a su cargo el dossier semanal sobre relaciones sexuales, exclamó:

–Me voy a mantener alejada de ti; de lo contrario Karen va a pensar que tuvimos algo.

Una hora más tarde, en el vestíbulo, se restregó contra mí, me besó en la mejilla y me dijo:

–Creo que debes saber que yo solo quiero sexo de ti; dejemos la gran vida para Karen… ¡le sale tan bien!

No me atraía en absoluto, pero la idea de que yo la atraía me excitó. Cuando la estaba besando en la boca, Karen entró, nos echó una mirada a ambos y dio media vuelta.

Los invitados no se acababan de ir, de modo que estuvimos bebiendo cerveza y contando historias hasta las dos de la madrugada. Karen me ignoró todo el tiempo. Cuando al final se fueron todos, se volvió hacia mí y dijo:

–Vamos, adelante, ve a follarte a esa perra.

En la cama, confiaba en poder cambiarle el humor. La abracé. Ella se incorporó en la cama y me dio un bofetón:

–¡No sigas –gritó– o te hago escupir el hígado a golpes! Déjame dormir.

Me sentí humillado. La bofetada de Karen me recordó a una puta que una vez me pegó cuando le dije que no valía el precio que pedía. Con su actitud de «jódanse todos», logró sobre mí un dominio sexual que no hubiera podido lograr una mujer complaciente. Y yo la deseé más aún.

Al día siguiente, Karen me dijo por teléfono que se preguntaba si debía seguir viéndome, puesto que era obvio que entre la periodista y yo había algo serio. Para simular que mi vida pareciera tan agitada como la suya, mentí y le dije que era verdad. Cuando me preguntó si estaba enamorado de aquella mujer, dije:

–No, pero no me es indiferente. Estar con ella y dentro de ella, tenerla encima de mí… a mí me resulta imposible hacer el amor y permanecer indiferente.

Y seguí y seguí.

* * *

Antes de que yo dejara Estados Unidos hubo otros hombres revoloteando alrededor de Karen; entre ellos David, un actor de índole más que humana. Saca el pájaro por la ventana y jode con todas: sobre la mesa, sobre la alfombra, contra la pared, agáchate, salta, pega y lame. Ese era David. Una vez, delante de mí, Karen, que había fumado, le dijo en tono lo bastante alto como para que yo la oyera:

–Me gustaría follar contigo, amor, hasta que, hasta que… –y luego, medio en broma, lo arrastró al cuarto de baño y cerró de golpe la puerta.

Al cabo de unos minutos salieron los dos riendo, y cuando ella le preguntó:

–¿Te volveré a ver?

Él contestó:

–No lo sé. Depende de qué cuánto lo desees.

Yo me quede allí. Observando.

* * *

Cuando era pequeño recibí una vez una nota de mi padre sobre la cuestión de los sentimientos:

> Según parece has dicho a tu institutriz, Jonathan, que sentiste heridos tus sentimientos cuando me negué a dejarte viajar en el avión de la compañía para ir a Washington a visitarme. Tú y yo sabemos que eso de «sentirse herido» es una estratagema para imponer la propia voluntad sobre la voluntad de otro. Tus sentimientos no se hieren con más facilidad que los de cualquier otro.

Hubo algo de maldad en el hecho de que Karen hiciera el amor con David prácticamente delante de mí, pero según ciertos teólogos la maldad es la materia prima de la espiritualidad. ¿Fue ese acto de Karen un modo de provocar mi furia y mi humillación para que me autocontrolara, o me estaba echando a un lado, despreciándome todavía más? ¿Se estaba entregando al deseo o a la desesperación?

Desde el asiento trasero de mi limusina divisé a Karen, que caminaba por Madison Avenue. Pedí al chófer que disminuyera la velocidad y la observé un rato. Echando rápidas ojeadas a su reflejo en los escaparates de las tiendas, la vi caminar sin pizca de encorvamiento, con paso firme, los hombros erguidos, el pecho hacia afuera, el peso hacia adelante, los brazos y las manos sueltas, apartándose de vez en cuando el pelo de la frente y del cuello. Durante el tiempo que la he conocido, Karen siempre ha inspeccionado y reinspeccionado el estado de su imagen, como si esta tuviera voluntad propia y pudiera algún día abandonarla. Lo mismo en la calle que en casa, en una discoteca o en el estudio del fotógrafo, Karen se siente siempre fascinada por su propia superficie. Es un símbolo perfecto de nuestra era de la imagen.

En las discotecas los espejos fraccionan, amplían y multiplican su imagen a cada paso que da. Si adora bailar en las discotecas es solo porque ello le permite exhibirse y observarse al mismo tiempo. No importa que el ritmo sin fin apague la conversación porque normalmente su pareja de baile está tan interesada en su imagen como ella. Para mí, el baile es una expresión elemental del cortejo, una burda simulación de reserva sexual, una oportunidad para el exhibicionismo aprobada públicamente. Siempre he odiado bailar, y ahora sencillamente me niego a hacerlo, aunque no me importa

observar cómo los demás (particularmente Karen) se lanzan a recorrer el local para mi diversión.

Mi institutriz no me permitía mirar la televisión más de cinco horas a la semana, y pasé casi toda mi adolescencia sin mirarla. Sin embargo, cuando acabé la enseñanza media, la mayoría de mis contemporáneos estadounidenses habían visto veinte mil horas de televisión, el equivalente a nueve años de plena dedicación. Como resultado, son unos pobres conversadores y el diálogo los fatiga enseguida. Necesitados constantemente de distracción y diversión adolescente, para ellos el silencio, la lectura y la reflexión solitaria son sinónimos de aburrimiento. La discoteca, esa tumba ruidosa de la interacción humana, se convierte en la clínica para llevar a cabo una desintoxicación sin fin de esa incurable adicción a la televisión. La discoteca es su palestra ideal: mata el lenguaje, encoge el tiempo y tritura la consciencia.

* * *

Muchos de mis amigos de la India eran místicos que creían que solo mediante experimentos físicos, morales y emocionales puede uno descubrir su naturaleza íntima… y la naturaleza de la intimidad.

De ellos aprendí que, igual que un hombre puede eyacular sin tener un orgasmo y tener un orgasmo sin eyacular, es también capaz de alcanzar un orgasmo tras otro. Para lograr semejante libertad y control, dominé la técnica de tensar y relajar mis músculos pélvicos; aprendí a cortar el flujo de semen en el momento del orgasmo, permitiendo que la liberación placentera del clímax se produjera libremente, aunque sosteniendo la tensión y la rigidez necesarias para mantener la excitación.

> Más tarde mis amigos me obsequiaron con otra revelación. El hombre que sabe lo que busca no debe nunca confiar en satisfacer a su hembra solo retozando con su clítoris y follando. Tiene que saber mantener a la mujer tumbada de espaldas mientras él, situado entre sus muslos, introduce la mano dentro de ella, con las palmas hacia arriba, y con los dedos va resiguiendo las delicadas curvas de la vagina y busca el punto del amor secreto en la parte abdominal del canal, entre el hueso púbico y la protuberancia del cérvix. Apretando y digitando con fuerza sobre ese punto erótico, el hombre puede hacer que su hembra secrete un jugo de amor lechoso que, durante un orgasmo potentísimo, eyaculará (como el hombre) a través de la uretra. Según muchos místicos indios,

ese jugo es el semen propio de la mujer, no muy diferente en sustancia al semen de un hombre.

En docenas de ocasiones Karen se ha prestado voluntariamente a que yo la llevara a ese tipo de orgasmo: en muchas otras ha alcanzado el clímax espontáneamente sin tener que levantar un solo dedo, por sí misma, como le dije una vez con toda crudeza. Contestó que un hombre que llega al placer pero no puede abandonarse no es precisamente la idea que ella tiene del perfecto amante; que, en verdad, considera mi habilidad para retener los orgasmos, o para conseguir una serie de ellos, un empeño tan morboso como la frialdad que se requiere para ello.

Ahora que ya no dependo del opio para moderarme sexualmente, lamento haber abandonado la India antes de haber aprendido a amortiguar o incluso suprimir (en caso de quererlo) el deseo sexual. Porque aun cuando el sexo es un verdadero pozo interior que se nutre de mí como yo me nutro de él, desde niño he permitido que varias veces al día absorba la mayor parte de mis energías.

Una noche, ella deslizó la mano por la parte interna de mi muslo y cuando yo, inseguro de lo que buscaba, no reaccioné, se apartó y dijo:

–Buenas noches, pedazo de hielo, quizá durante la noche nos topemos el uno con el otro.

Era como si ella hubiera olvidado las veces que me había fallado, como si, a pesar de su aparente abandono, no fuera el ser con mayor dominio de sí mismo, más absorto, que hubiese conocido.

Otra vez, en el momento culminante del acto, justo antes de su orgasmo, cuando yo estaba pendiente de ella con todas las fibras de mi ser y le susurraba que la quería, me rechazó:

–Ya has vuelto a distraerme –me espetó–. Mejor será que me lo haga yo misma.

Y se apoyó contra la pared con las piernas bien abiertas y las manos enterradas entre los muslos, tentándose el sexo. Con la cara arrebolada, los ojos vacuos y los labios separados, parecía posar para un fotógrafo, aislada de su lente solo por los focos. Sus dedos buscaban cada vez con mayor frenesí, sus manos tanteaban cada vez más profundamente, y de pronto apareció una mueca en su cara; gimiendo y emitiendo sonidos entrecortados, enroscada en sí misma, se produjo el orgasmo.

* * *

> Te agradará saber, Jonathan, que esta semana dos de los miembros de nuestra junta y antiguos fideicomisarios tuyos han sido llamados a ocupar altos cargos en Washington. James Abbott ha sido nombrado subsecretario de Asuntos Europeos y Charles Sothern ha sido elegido por el presidente de los Estados Unidos para el cargo de ministro de Hacienda. También hay cambios en la vida de otros miembros de la junta. Walter William Howmet, quien fuera presidente de la junta y hasta ahora el más íntimo asociado de tu padre y uno de los artífices del desarrollo de nuestra sociedad, ha asumido también las responsabilidades de gerente general. Stanley Kenneth Clavin, otro amigo íntimo de tu padre y miembro de la junta, ha decidido retirarse de su cargo de presidente de la compañía. El señor Clavin dice que, como en casi todas las divisiones de la compañía están apareciendo mandos más jóvenes, la nueva dirección ha de poder trabajar como un equipo. Su lugar será ocupado por Peter Baudley Macauley.

La carta precedente, enviada por la secretaria de Walter Howmet, ¿tiene por objeto mantenerme al margen o interesarme en lo que ocurre en la compañía? Sea una cosa u otra, aquí estoy yo, un verdadero monarca, el príncipe heredero de los sueños americanos, con poder para decidir cambios en la vida de cientos de miles de hombres y mujeres.

Y toda mi riqueza y poder los he ganado sin arriesgar mi vida en una guerra o una revolución, sin bravura ni cobardía, traición, sufrimiento o sacrificio. Por lo tanto, como héroe dramático, mis raíces no están en Shakespeare, Dostoievski o Stendhal. ¿Soy meramente un ejemplo de la trivialidad del poder y la riqueza en América?

* * *

Un viejo negro desdentado, sin duda adicto, iba sentado frente a mí en el metro. Al subir dos jóvenes policías, hizo un guiño y farfulló:

–Qué bien me siento aquí, hijo, qué bien. Tú me proteges.

Se balanceaba hacia atrás y hacia adelante, y atrajo la atención de los policías. Uno de ellos se acercó y le dijo que se bajara en la parada siguiente.

–¡Pero si voy a casa! –protestó–. ¡Voy a casa!

Cuando en la estación siguiente se abrieron las puertas y el hombre

no se movió, los policías lo sacaron del tren a rastras. Era mi parada también, y al bajar los seguí por el andén. Los policías daban empellones al hombre, y cuando este cayó e insistía en que no se podía levantar, lo agarraron por los brazos y lo arrastraron por el andén. Pensé en salir en su defensa, pero no lo hice. No habría servido de ayuda: los policías se habrían vuelto contra nosotros dos con renovada crueldad. Al hombre se le cayó uno de los zapatos, y uno de los polis lo recogió con la punta del bastón y lo lanzó a las vías. Solo entonces el otro poli se dio cuenta de que yo estaba detrás de ellos. Quiso saber qué quería yo.

–¿Qué ha hecho? –les pregunté.

–Me ha amenazado –dijo uno de ellos, sonriendo esquivo.

Y después se alejaron, dejando atrás al viejo, cuya cara estaba cubierta de lágrimas y sangre.

Yo salté a las vías del metro y saqué el zapato de debajo del tercer raíl. Se lo devolví, pero él no se movió:

–No me van a dejar en paz, me estarán esperando –lloriqueaba. Estaba arrodillado en el andén, balanceándose hacia atrás y hacia adelante, mientras se miraba fijamente la sangre de las manos.

Se me ocurrió que debía presentar una denuncia contra la policía, pero en cualquier juzgado mi propio pasado de drogadicto y el haberme zafado del servicio militar convertirían en sospechoso. Pensé en buscar cobijo para el adicto y en pagar su rehabilitación, pero semejante gesto no habría sido más que el capricho arbitrario de un hombre rico, una prueba más de la injusticia. También cruzó por mi mente afiliarme a un partido político dedicado a la abolición de nuestro injusto orden social, pero entonces tendría que ser un partido marxista, razoné. Y yo, preclaro retoño de la democracia capitalista que vivía en un ático lujoso, ¿qué tenía en común con el marxismo, que, como decía el propio Marx, consideraba la riqueza privada como «el eunuco de la industria», «la falta de moderación y la intemperancia» como sus normas verdaderas y «la fantasía, el capricho y el apasionamiento» como sus únicos ideales?

* * *

Apareció en la portada de *Life* una fotografía de Karen titulada «Champán americano». Era con mucho la mejor, la más fascinante, la imagen de Karen más atractiva que había visto nunca, la que

encarnaba todo aquel magnetismo que la había convertido en la verdadera sierva de la lujuria colectiva. Al poco de aparecer, uno de los proveedores de catering de «La cocina de las celebridades», que era además fotógrafo aficionado, afirmó ser quien había tomado la fotografía… y no el hombre a quien la revista se la atribuía.

El hombre a quien se acreditaba como autor de la foto era íntimo amigo de Karen. Yo me había encontrado con él varias veces. De unos cuarenta y pico, viudo, era un neurótico irritante, siempre inquieto, mezquino, con cara de águila enfurecida. Hacía bastante tiempo que él y Karen se conocían, y era evidente que habían estado involucrados. Más que eso, lo que a mí me molestaba era que él la trataba como si fuera su protegida, y Karen replicaba tratándolo como si fuera él su protegido. En tiempos fue escritor, pero sus burdas novelas de paranoico (enredos sexuales relacionados con la sociedad industrial) no habían logrado asegurarle un lugar en el mercado intelectual, de modo que desde hacía años se dedicaba, para ganarse la vida, a su vieja afición: la fotografía de rostros y cuerpos femeninos. Como demostraba la exhibición retrospectiva de sus fotografías, indudablemente era un artista de talento. Al principio, cuando se pasó a la fotografía, tenía por principio fotografiar a mujeres vulgares, a menudo rameras golpeadas por la pobreza y la desgracia. A muchas de ellas las retrató durante largos períodos, hasta de veinte años, a intervalos de dos o tres meses, comenzando cuando eran apenas adolescentes. Merced a esa obsesión por aquellas mujeres vulgares, a menudo lograba con su cámara extraer de ellas esa belleza especial que distingue a cada ser de todos los demás. Luego, proclamado por diarios y revistas como el «Kafka del retrato» y el «Gogol del desnudo», se convirtió en uno de los favoritos de los publicistas y directores artísticos. Después de aquello, cambió de ideal, y posiblemente también de obsesión. Ahora solo fotografiaba a mujeres de belleza poco común, supermodelos de sociedad y actrices. Pero por más que todas fueran hermosísimas (y Karen lo era) su arte no lograba descubrir lo que había de único en cada una; en sus fotografías todas aparecían perfectas… pero demasiado parecidas y estandarizadas.

El de «La cocina de las celebridades» aceptó verme, pero solo después de decirle que era amigo íntimo de Karen. Polaco de nacimiento, era un hombre flaco, ya maduro, que hablaba con acento quebrado. La ambición de su vida era llegar a ser fotógrafo profesional, pero su sueldo no le permitía el lujo de alquilar modelos

profesionales, y hasta Karen todas las mujeres que había fotografiado (desnudas, exóticas, de grandes senos) eran en realidad hombres… transexuales o travestis que posaban para él por vanidad. Había hecho un esfuerzo para exponer, y sus fotografías habían logrado inicialmente un éxito bastante considerable tanto del público como de la crítica. Cuando tres de sus fotografías más exhibidas, tituladas *Mujer I*, *Mujer II y Mujer III*, estaban a punto de ser reproducidas por *Century*, la más prestigiosa revista para coleccionistas de arte, alguien (posiblemente uno de los modelos) filtró la información de que Mujer I, II y III eran, biológicamente, hombres. Temiendo el ridículo público, *Century* cambió de idea y rechazó las fotografías, y la oportunidad de que el proveedor de «La cocina de las celebridades» se convirtiera en fotógrafo profesional de nuevo descendió a cero. Luego, una noche, cuando estaba al cuidado de una de las cenas servidas por «La cocina de las celebridades», vio a Karen, que era una de las invitadas, seguida y fotografiada por el reportero gráfico enviado por *Life*.

En determinado momento, el fotógrafo de *Life* abandonó la fiesta durante unos momentos, para intentar encontrar un lugar donde aparcar su coche, que había dejado en la calle estacionado en doble fila. Salió a toda prisa, y le dejó a él la cámara, cargada, para que se la guardara.

Durante la ausencia del fotógrafo, Karen, acosada por la ruidosa concurrencia, intentó descorchar una botella de champán nacional. Al saltar el corcho, un chorro de espuma de champán cubrió a Karen, y el empleado no pudo resistir la tentación de tomar con la cámara que le habían confiado unas cuantas fotos de ella. Cuando volvió el fotógrafo de *Life*, el empleado le entregó la cámara sin decir una palabra sobre las fotos que había tomado.

Al poco, aparecía en la cubierta de *Life* la lograda foto de Karen bañada en champán, y algunos críticos dijeron de ella que era la portada más lograda en la larga y distinguida historia de la revista. Entonces se presentó el empleado y dijo que, si Karen se avenía a testificar en su favor, el crédito por aquella fotografía lo lanzaría en su carrera de fotógrafo y vería realizado el sueño de su vida.

En la mayoría de las artes, el artista permanece físicamente distante. El escritor comienza con las palabras, el compositor con los sonidos, ambas cosas abstractas por naturaleza y que, sin embargo, pueden concitar en el lector u oyente imágenes y emociones

concretas. Pero el fotógrafo comienza por lo concreto: en la inmediata confrontación entre su cámara y su tema, lo abstracto está todavía por nacer. Así que es fácil comprender la frustración del hombre y su pena cuando le negaron la verdad de la existencia de aquella confrontación.

Sin embargo, el fotógrafo de *Life* insistía categóricamente en que fue él y solo él quien tomó todas las fotos de Karen aquella noche. Y como ni Karen ni ningún otro invitado parecían (o querían) recordar haber visto tomar al empleado aquella foto famosa, el asunto fue olvidado y con ello las esperanzas de aquel hombre de hacer carrera en la fotografía.

La portada de Karen en *Life* la llevó a figurar en un spot comercial en la TV de treinta segundos, en el cual ella abría una botella de champán de California y, mientras todos la contemplábamos, quedaba empapada de champán. A resultas del éxito de aquel anuncio de televisión, le ofrecieron también un pequeño papel en *Totem Tabu*, una película de Hollywood.

Aunque yo no tenía la menor duda de que había sido el de «La cocina de las celebridades» quien había tomado la fotografía de Karen para la portada de *Life*, sabía que sus posibilidades de probarlo eran cero.

–Siempre deseé poseer un estudio de fotografía –le dije–. Si fuera a adquirir uno y financiara la operación, ¿estaría dispuesto a aceptar un contrato que le garantizara el empleo y la independencia creativa?

Me miró incrédulo:

–Pero, por qué… ¿por qué iba usted a hacer tal cosa? Es muy costoso. Habría que organizarlo todo, y quizá yo no pueda devolverle nunca el dinero.

–¿Y eso qué importa? –dije–. Siempre ha resultado que mis planes de futuro se han hecho para el pasado.

Un mes más tarde era propietario de uno de los estudios mejor ubicados de Manhattan y el empleado del catering lo dirigía con la seguridad de un veterano. Corrió por la ciudad la voz de que detrás de él había una fortuna y pronto los clientes acudían en rebaño. Gracias a que insistí en mantener el secreto, nadie, ni siquiera Karen, sabía que el estudio era mío. La prueba de que el empleado había triunfado la tuvimos cuando Karen, recordando que una vez yo había hablado con él, me pidió que se lo presentara. El hombre estaba camino de convertirse en el mejor fotógrafo de retratos y de cuerpo entero de la profesión, me dijo ella, y puesto que la mejor modelo era ella, ya era

hora de que ambos se conocieran.

* * *

–Me alegra ver que un buen muchacho como tú, Jonathan, venga a rezar a la tumba de su padre. Que Dios bendiga su alma. Pero, sabes, Jonathan, ni siquiera los cementerios son lo que solían ser. Ayer, precisamente, una fulana se trabajaba al tipo aquí, en el cementerio. Desde que comencé a trabajar aquí he visto pasar a la gente más diversa, con sentimientos de todas clases, gente que llora o que, por lo menos, está triste, pero esa tía era una cachonda. Y ahí la tienes, qué sé yo, tendría unos veinte años, un cuerpo hermoso, pelo largo, con ese tipo de unos veinticinco, o quizá ni eso. No estaban de luto, te lo aseguro. Y aquí mismo, junto a la tumba de tu padre, que Dios le bendiga, él le plantó una mano en las tetas y otra en el culo. No podía creerlo. Te diré que eso de ver cómo trabajaban a la pollita resultaba excitante, ¿sabes? Me quedé preguntándome que sensación darían esos globos. Palabra que sentí unas tremendas ganas de masturbarme al instante, aquí mismo, y espero que tu padre me perdone por decir eso. Es la verdad.

* * *

El otro día Karen me hizo la observación de que, si bien ninguna profesión podía hacerme más rico, convertirme en jugador profesional ciertamente podía hacerme más pobre. Sé que a Karen le gusta jugar y sé que algunos de sus amigos más acomodados de vez en cuando hacen pequeñas apuestas por ella en los casinos de Atlantic City y Las Vegas, en las Bahamas y en Europa.

Sin embargo, para mí el jugador no deja de ser un peón, igual que el trabajador de una línea de montaje: no puede influir en las cartas o en la ruleta más de lo que el trabajador puede alterar el diseño de un producto en la línea de montaje. Todo lo que puede hacer cada uno de ellos es repetir una y otra vez una simple actividad que, en sí misma, carece de sentido.

En el siglo xviii los que jugaban eran sobre todo los aristócratas: al ser sus vidas tan aventureras y antojadizas, la repetición misma que el juego conlleva probablemente les suministraba cierta sensación de contar con un esquema digno de confianza. Sin embargo, hoy el juego es primordialmente un terreno de la clase trabajadora, que se siente

cómoda en él porque el juego es tan familiarmente repetitivo como su propio trabajo, pero al mismo tiempo es un salvoconducto para escapar de su propia existencia hacia otra menos monótona.

* * *

En la actualidad estoy manejando los detalles de mi vida de un modo ordenado, casi monótono. Como con regularidad, bien en mi hotel o en los mejores restaurantes, hago ejercicio en el gimnasio del hotel y nado en la piscina; y me he librado del acné. Anoto todas las citas en mi agenda, junto a la lista de cosas que debo hacer y comprar, y tacho cuidadosamente las diligencias en cuanto las voy ejecutando.

Ahora controlo toda mi herencia y me reúno regularmente con media docena de abogados para establecer los detalles de mis negocios. En nuestra primera reunión me di cuenta de que esos vasallos en mi nómina eran una representación equitativa de la fe protestante, católica y judía. En tiempos en que casi una tercera parte de los niños de Estados Unidos viven en familias que ganan menos de la renta media y no reciben cuidados médicos, como vacunaciones y otros simples tratamientos para prevenir enfermedades, esos abogados salidos de Yale, Harvard y Princeton habían sido suficientemente adoctrinados por su educación en universidades de élite como para ver en mí un producto de la quintaesencia de la ética del trabajo y no simplemente al heredero de una fortuna de millones... es decir, una aberración en el funcionamiento de esa ética. No obstante, como sabía que conocían bien los detalles de mi pasado, también podía percibir sus dificultades para disimular la curiosidad que tenían por saber hasta qué punto el hijo de Horace Sumner Whalen había resultado ser éticamente protestante.

Cuando sentados allí nos mirábamos cortésmente unos a otros, yo recordaba que la función primaria de aquellos abogados, igual que la de los directivos de la compañía, era la de representar a la élite de los hombres de negocios de este país.

Un presidente y abogado, Calvin Coolidge, hizo una vez el chiste de que «El negocio de Estados Unidos es el negocio», y mi padre solía decir que su compañía era conocida por los hombres que la mantenían en pie. No obstante, un reciente estudio de alcance nacional sobre los empresarios estadounidenses insinúa que los negocios –el corazón del país– no gozan de buena salud. La mitad de

los hombres de negocios encuestados afirmaron que hallaban su trabajo altamente insatisfactorio; un tercio dijo que la tensión cotidiana de los negocios dañaba su salud física y mental, y más del setenta por ciento admitió que para cumplir con las normas establecidas por sus superiores en la compañía a menudo tenían que renunciar a sus principios personales. No resulta extraño entonces que, con tal de escapar de las crecientes presiones del trabajo, el estadounidense promedio se pase casi siete horas y media al día viendo televisión.

Dejemos pues la ética de trabajo entre nuestra élite de los negocios, orientada hacia el éxito. Igualmente reveladoras fueron las conclusiones de otros estudios. A pesar de que la hipertensión afecta a millones de estadounidenses y las enfermedades del corazón son la primera causa de mortalidad, solo el uno por ciento del público es consciente de que controlar la presión de la sangre es un paso necesario para combatir las enfermedades cardíacas.

Estuve tentado de preguntar a mis abogados qué pensaban del estado de la nación, pero lo único que dije fue:

–Bien, señores, hablemos ahora de algo realmente excitante –hice una pausa y eché una ojeada a sus bien cortados trajes, y todos ellos se quedaron helados, temiendo que estuviera a punto de mencionar el opio–: mis rentas.

Lo solté, bruscamente, y aquellos seis estudiantes bien afeitados, amansados por su impredecible patrón, soltaron una risita.

* * *

Hojeando las páginas de una revista ilustrada, me topé con una foto de Karen posando desnuda en un anuncio a página completa de cierto producto higiénico: estaba con los brazos cruzados delante del pecho y las manos unidas entre los muslos.

Cuando le di a conocer mi desagrado a Karen por la naturaleza degradante del anuncio (junto a su cara decía «antibacteriano», junto a sus pechos, «antiinflamatorio», y junto a su vientre, «antifúngico») ella, enfadada, me dijo que su trabajo era hacer de modelo para los anunciantes, no discutir sus gustos. Yo contraataqué señalando que, si bien ella me censuraba a menudo lo que consideraba actitudes antifeministas en mí, no encontrara nada malo en aquel anuncio, a pesar de que utilizaba únicamente el cuerpo de

una mujer como morada de varios agentes nocivos que, además, afectaban por igual a ambos sexos. Aquel incidente me hizo caer en la cuenta de lo orgullosa y decidida que es Karen. Insiste en trabajar cuando, si aceptara compartir mis ingresos, no tendría necesidad de hacerlo. Es irónico que la independencia sea un regalo que no le puedo comprar.

Quizá por insistir tanto en su independencia, no me siento demasiado movido a compadecerla cuando Karen se queja de que el trabajo la agota, o cuando dice que no se encuentra bien. Varias veces, mientras estaba en el banco al cuidado de mi patrimonio, rodeado de gente que obviamente podía oírme, ella me ha llamado por teléfono para anular nuestra cita de aquella noche. En tales circunstancias no he podido expresar libremente mi indignación. En dos ocasiones he estado esperando con ilusión pasar un par de días con ella, y las dos veces ha cambiado sus planes, avisándome solo unas pocas horas antes. Sé que semejante conducta excéntrica es propia de ella, pero aun así sugiere que otras gentes y otros acontecimientos son para ella más importantes que yo. ¿Es que el estar juntos es tan agotador que solo nos podemos ver cuando estamos ambos bien descansados? ¿Hemos de concluir de ello que después de cada encuentro tenemos que volver a nuestras vidas privadas para recobrarnos? Ayer, cuando llamó para cancelar otra cita, me mostré una vez más inexpresivo. El rechazo de Karen me produce un tormento íntimo. Instintivamente, sin embargo, en lugar de estallar me retiro, no sea que destruya mis posibilidades para el futuro.

* * *

–Estaba de vacaciones con mi familia en los Adirondacks, señor Whalen, cuando el doctor Frederick, el médico de su madre, me telefoneó. Me preguntó si podría interrumpir mis vacaciones y reunirme inmediatamente en España con la señora Whalen. Según parece, su madre le había enviado un cable desde el yate durante la noche, y por su tono el médico pudo adivinar que era inminente un ataque. Como enfermera de su madre, estaba preparada para estar con ella durante tales emergencias, de modo que volé inmediatamente a Madrid. La compañía de su familia hizo los arreglos para que desde allí un helicóptero privado me trasladara al yate, que estaba anclado cerca de la isla de Formentera.

»Su madre se encontraba en mal estado: incoherente, arrebolada, posiblemente drogada. Según parece, poco antes de que yo llegara uno de sus invitados, un estadounidense de mediana edad propietario de una galería de arte, había invitado a uno de los marineros (un adolescente) a su cabina, donde le había dado un poderoso narcótico. Mientras el muchacho estaba bajo el influjo de la droga, el invitado lo atacó sexualmente repetidas veces. Después trasladaron al muchacho a otro camarote, donde los miembros de la tripulación lo encontraron sufriendo alucinaciones a causa de la droga y sangrando terriblemente. Toda la tripulación se había puesto de parte del muchacho, y amenazaban con llamar por radio a la policía a menos que su madre, y también el propietario de la galería, pagaran sustanciales daños y perjuicios al chico. Temiendo un escándalo internacional, el capitán decidió apoyar a la tripulación. Ante esta amenaza, su madre montó en cólera y fue muy difícil de manejar. Estaba furiosa por mi presencia y quería que el helicóptero me llevara de vuelta. Al negarme, ordenó a la tripulación que me encerrara en un camarote. Mostré al capitán español las instrucciones del doctor Frederick, así como las medicinas que había llevado conmigo, pero el capitán se negó a cooperar. La mayoría de los invitados, aun cuando se daban cuenta de lo enferma que estaba, se pusieron de su parte. Al final, totalmente histérica, se encerró en su camarote. Desde fuera la podíamos oír dando tumbos por el camarote y solo entonces se me permitió intervenir. Intenté hablar con ella y convencerla de que saliera, pero no quiso.

»Finalmente convencí al capitán para que abriera la puerta del camarote, y cuando entramos su madre nos atacó lanzándonos cepillos, botellas de ginebra y vodka, frascos de medicinas, libros e incluso sus collares y broches. Insultándonos a voces al capitán y a mí, nos amenazaba con un abrecartas de mármol y no permitía que me acercara lo suficiente para ponerle una inyección.

»Aunque estaba acostumbrada a vérmelas con los violentos arrebatos de la señora Whalen, empecé a pensar que iba a necesitar ayuda. Pero al final su madre fue cediendo. Pálida y llena de contusiones a causa de las caídas, empezó a temblar y a vomitar. Como un niño enfermo, pidió ayuda y cuando me acerqué con la inyección ya no se defendió. Preocupado por su estado, el capitán habló por radio con la compañía de su familia, y pronto estuvo de vuelta el helicóptero para trasladarnos. Metí en la maleta algunas

pertenencias de su madre (entre ellas una fotografía de usted, de pie junto a su padre) y volamos a Madrid, donde un jet alquilado nos estaba esperando para llevarnos a Pittsburgh. Una ambulancia privada nos trasladó del aeropuerto al hospital, y al día siguiente regresé a los Adirondacks para continuar las vacaciones. Estaba realmente extenuada.

* * *

–No es muy distinto su funcionamiento del de cualquier otro aparato grande, señor Whalen, y para un joven rico como usted volar en planeador puede ser muy divertido… o, como se dice hoy, una buena terapia. Los planeadores no son más que grandes remolques de fibra de vidrio equipados con toda clase de instrumentos fáciles de manejar. No lleva mucho tiempo aprender cuál es el mando de los alerones, cuál el del tren de aterrizaje, cuál el del desenganche y cuál el del paracaídas de frenado. Además, hay un altímetro, una brújula, indicador de oxígeno, etc. No es tan complicado como parece.

»La primera vez que corres detrás del remolcador, uno se siente como un pesado pájaro que no puede desenvolverse bien en el aire. Luego, cuando uno está solo a unos pocos metros del suelo, las alas se levantan por las puntas como en arco y elevan el fuselaje por los aires. Por último, se acciona el mecanismo de desenganche y se recoge el tren de aterrizaje. Entonces todo lo que oyes es el viento y todo lo que ves a tu alrededor son nubes hinchadas, como bolas de algodón. Te balanceas arriba y abajo, y las nubes se arremolinan al precipitarte hacia ellas. El planeador, al elevarse a doscientos veinte kilómetros por hora, empieza a temblar… pero tú no; miras hacia arriba y todo vuelve a ser paz. Lo mejor es esa perfecta combinación de sentirse seguro y saber, al mismo tiempo, que la más ligera avería puede hacerte pedazos.

* * *

Consciente de que practicar un deporte es convertir la experiencia vulgar en drama personal, una vez patrociné una carrera internacional de navegación sobre arena en África Oriental. Contemplé la salida de la docena de yates, que partieron como una sola flecha. Esbeltos armazones de madera con forma de kayak, de altos mástiles y brillantes velas, se movían mediante tres ruedas que

llevaban neumáticos lisos, y la rueda delantera iba unida a una palanca que quedaba exactamente entre las rodillas del corredor. Al correr los yates por la franja de arena firme de la playa de Uganda, el latigazo de las velas provocó que los pájaros levantaran el vuelo y que los monos se escondieran en la densa maleza. Después de alcanzar el extremo de la playa, como lunares coloridos palideciendo y disolviéndose bajo el calor, los yates giraron uno tras otro, y corrieron viento en popa, ladeados sobre el terreno, con una rueda deslizándose sobre los guijarros y la otra levantada al aire. Halando cerradamente las velas, los yates giraron diagonalmente, precipitándose hacia el muro de la jungla, haciendo que los monos chillaran de miedo y se lanzaran de cabeza a la maleza y que los pájaros asustados levantaran el vuelo. Después, los yates giraron en dirección al océano, las ruedas laterales pisaron las retorcidas raíces de la maleza y luego tocaron la arena, y de nuevo los monos regresaron a sus puestos de observación.

Justo antes del final, el corredor que yo patrocinaba perdió el control. Durante una arriesgada maniobra su yate capotó y una de las ruedas saltó, rodando hacia la maleza y chocando con una serpiente que estaba enroscada alrededor del tronco de un árbol. Las finas varillas de la cabina del piloto atravesaron el pecho del hombre; la sangre goteaba sobre la arena y sobre la vela amarilla. La serpiente reptó hasta la playa, rodeó los restos del yate y se enroscó en el mástil roto.

Después de la carrera, un piloto europeo que volvía por tierra a Zanzíbar me dejó acompañarle. Salimos hacia Dar es Salaam en su viejo jeep equipado para safaris, pero al anochecer dejamos la carretera y corrimos por estrechos senderos de la selva, hacia el océano. En la oscuridad, que caía rápidamente, los focos iban descubriendo los ojos brillantes de las fieras de la selva. Cuando la arena estaba todavía caliente, nos detuvimos en la playa y extendimos las mantas junto al coche.

Antes de acostarnos, el piloto encendió una lámpara de carburo, abrió una pequeña bolsa y sacó una botella de alcohol isopropílico, un frasco de cristal fino, una jeringuilla desechable y unas compresas de algodón. Vi que se desinfectaba el antebrazo y llenaba la jeringuilla del fluido blanco del frasco. Se introdujo con cuidado la corta aguja subcutáneamente y poco a poco se inyectó el líquido en el brazo. Explicó que se estaba poniendo una vacuna para contrarrestar un extraño virus que le estaba dañando los nervios ópticos de ambos

ojos. El virus podía producir ceguera, por lo que se precisaba una vacuna que lo neutralizase, y puesto que no había en el mercado ningún medicamento lo bastante efectivo para matar el virus sin dañar severamente el ojo, los médicos le habían recomendado una vacuna elaborada con su propio virus.

La vacuna se la preparaba un investigador del laboratorio de uno de los mejores hospitales de Nueva York. Cuando le pregunté si corría algún riesgo inyectándose semejante vacuna sin haber pasado los controles de rigor, él contestó tranquilamente que si por alguna razón su organismo no lograba desarrollar defensas contra el virus, ese mismo virus podría también atacarle otros órganos y podría morir de un ataque repentino, sin posibilidad de pronta atención médica. No obstante, cada semana iba aumentando la dosis, con la esperanza de que su cuerpo combatiera el virus y pudiera salvar así la vista.

–¿Cuántas inyecciones de esas se ha puesto ya? –le pregunté.

Él miró la hinchazón de su brazo, que aumentaba:

–Once. Ahora estoy aumentando la dosis significativamente.

–¿No le parece –dije, horrorizado ante la perspectiva de que se quedara incapacitado allí en la jungla, a cientos de kilómetros de todo asentamiento humano– que debería estar usted en algún sitio donde hubiera un hospital o, por lo menos, cerca de un médico?

–Ya lo hago –dijo, mirando su reloj–. Quince minutos –dijo tranquilo, metiendo de nuevo el frasco en la bolsa– y me siento muy bien. Me parece que esta semana no voy a enfermar. Y no se preocupe por mi vacuna; mientras estemos durmiendo, una serpiente venenosa nos puede morder, a usted o a mí. Eso sí que puede ser mortal: se te cierran las mandíbulas, los párpados se niegan a parpadear, los pulmones dejan de tomar oxígeno...

Y diciendo eso apagó la lámpara. Durante un rato estuve acostado escuchando los ruidos de la selva, pensando en la serpiente enroscada en el mástil.

Al día siguiente, cuando cruzábamos la densa maleza me señaló a un par de niños nativos que paseaban solos lejos del poblado.

–Aquí a menudo secuestran a niños –dijo–. Los cazadores de niños vienen de todas partes, en vehículos de safari alquilados. Toman senderos solitarios, alejados de las carreteras, donde puedan apresar a una niña o un niño que anden confiados. A veces violan al niño en el mismo lugar, incluso lo matan y dejan el cuerpo en la maleza para que los animales de la selva lo devoren.

–¿Cómo sabe usted todo eso? –pregunté.

–Me gustan los niños –me contestó, riendo.

* * *

–Quizá recuerde, señor Whalen, que esos títulos de crédito pasaron a formar parte de su empresa cuando los fideicomisarios decidieron vender sus intereses en Tinplate a S.F.I. ¿Le importaría ofrecerlos, todos o en parte, a cambio de acciones corrientes? La renta sería menor pero las acciones implicarían una inversión con mayores posibilidades de crecimiento. La oferta sería de 3,2 acciones de S.F.I. corrientes por cada cien dólares en obligaciones. Eso representaría un valor aproximado de setenta y cinco dólares en acciones corrientes por unas obligaciones que últimamente se han vendido a sesenta y ocho dólares y a principios de año estaban solo a cincuenta y tres dólares. Claro que la aceptación de la oferta por los demás tenedores de obligaciones depende de la opinión que tengan del valor de mercado de S.F.I. Como ya debe saber, sus acciones se han cotizado pero que muy bien últimamente, y eso significa que los poseedores de acciones corrientes tienen la posibilidad de cobrar beneficios. Si se ofrecieran todas las obligaciones, la hoja de balance de S.F.I. presentaría ciertamente mucho mejor aspecto, con disminución de la deuda y aumento del capital fijo. Además, el número de acciones en circulación de S.F.I. se multiplicaría casi tres veces, y se perdería en parte la ventaja que hace precisamente tan interesante ese papel. Es cuestión de sopesar los riesgos y las ganancias…

–No tengo ni idea de lo que está diciendo –dijo Whalen–. ¿Cuándo necesita mi respuesta?

–La ventaja de su situación es que nada le presiona para que decida. Sin embargo, como es usted el principal accionista, la posición que pueda usted tomar deberá estar determinada…

–Comprendo –dijo Whalen–. Deje que reflexione sobre ello.

–Ciertamente, ciertamente. Nuestro departamento de finanzas y la asesoría legal tendrán mucho gusto en prestarle su ayuda en cualquier momento. Naturalmente, puede usted buscar asesoramiento en otra parte. No tiene más que llamarme al despacho y decírmelo.

–Hay algo que quisiera saber.

–Usted dirá.

–¿Quién es en la actualidad el accionista más importante después

de mí?

–Walter Howmet, señor. Era un amigo íntimo de su padre y ahora es presidente del consejo de la compañía. ¿Le gustaría conocer a los Howmet?

–Ya los conozco. Son mis padrinos.

* * *

Siempre que mis pensamientos vuelven a la época de mi desintoxicación, recuerdo el ambiente y la gente que me rodeaba, pero no mi estado mental. ¿Sufría? ¿Ansiaba una pipa? ¿Vagaba de hora en hora y de día en día, inconsciente de lo que pensaba o sentía? Y puesto que no recuerdo mis sentimientos ni mis sufrimientos, ¿cómo puedo saber qué me ha enseñado aquella prueba? ¿Y si solo me hubiera quedado con el recuerdo de lo sucedido? Si eso es todo lo que tengo, mejor sería inventar mi pasado que recordarlo.

Pero ¿y si fuera incapaz ahora de sentir dolor alguno? Cada vez que me encuentro cerca de una ventana en lo alto de un edificio elevado, una pasajera pulsión me impele a romper el cristal con la cabeza. Me lo imagino en cámara lenta: mi sangre reflejada en millares de minúsculos cascotes de cristales rotos y pulverizados que descienden en cascada hasta la calle. Oigo allá abajo gente que grita, coches que frenan, la conmoción causada por el derrumbe de los cristales. Lo que no logro imaginar es mi dolor.

* * *

En una revista médica encontré el anuncio del fabricante de un producto farmacéutico que el médico me recetó recientemente cuando me quejé de que el colon se me irritaba con facilidad. El prospecto advierte de que esa droga es muy fuerte y puede disminuir la capacidad de atención, que aumenta la respuesta al alcohol y que podría llevar al suicidio. A causa de todo ello y hasta que haya surtido el efecto deseado, resulta esencial vigilar de cerca al paciente que toma el medicamento.

Por un momento pensé que mi médico había cometido un error. Parecía evidente que un medicamento tan fuerte solamente deberían tomarlo enfermos muy graves. Pero luego leí la lista de síntomas que iba a continuación, y que los fabricantes recomendaban tomar en consideración a los médicos que recetaran la droga: morderse los

labios, expresión facial tensa, palmas de las manos húmedas; morderse las uñas; desvelarse con frecuencia al amanecer; sentirse agitado, inquieto e irritable, con dificultades para arrancar con el trabajo cada mañana; sufrir calambres nerviosos en el estómago, no sentir interés por nada y notarse cansado y distraído casi todo el tiempo.

¿Eso es todo? Sí. Pero la mayoría de la gente común muestra todos los días algunos de esos síntomas, incluso sin estar bajo una tensión especial. Además, los síntomas parecen menos importantes cuando se comparan con la disminución de la capacidad de atención y demás efectos secundarios causados por el medicamento que se supone que había de remediarlos. Si le hubiesen dado repetidamente a mi padre (solo porque se sintiese inquieto o porque se desvelase al amanecer) semejante medicamento, la disminución de la capacidad de atención consiguiente, ¿le habría permitido llegar a ser uno de los gigantes de la industria?

* * *

Hace siglos, en ciertos países, el rey y la élite dirigente solían tener en los puestos de gobierno importantes no a súbditos nacidos en el país sino a extranjeros sospechosos… conversos, traidores políticos, emigrados disidentes, hombres que habían sido capturados de niños durante razias militares en otros países y que habían sido criados como extranjeros entre los nativos; en resumen, parias. Esta política se basaba en la creencia, a menudo verificada por la historia, de que el paria, al haber escapado o traicionado sus pasadas relaciones y no poder por tanto volver a ellas, sería probablemente un súbdito leal, que debería esforzarse y hacer concesiones para poder triunfar, y que era menos probable que traicionara a su nuevo país y religión que un nativo.

Exiliado del opio, aunque no quiero volver a vegetar en el extranjero, a veces me asalta la tentación de verme a mí mismo como un paria… y esa sensación se ve acentuada porque regresé a los Estados Unidos que, aunque sea mi patria, es también el país de mi largo exilio.

* * *

Las dudas sobre mí mismo me llevan a menudo a creer que quizá

nunca voy a ser capaz de llevar a cabo nada original, y que todo, mi independencia, mi herencia, mi relación con Karen, exigen una creatividad que no poseo. Antes de regresar a Estados Unidos ya me había resignado a responder a las situaciones, no a provocarlas. Me he aceptado como un ser solitario. Pero ahora las cosas han cambiado. Parece que lo que realmente necesito es una droga que aumente mi consciencia de los otros, no de mí mismo.

* * *

Hace tiempo, cuando estaba pensando en la posibilidad de acudir a psicoterapia, Karen me advirtió de que era algo así como el tratamiento de una tibia rota que ha soldado mal: para corregirla, a menudo es necesario volverla a romper. Pero, al contrario de la cirugía, la psicoterapia no ofrece anestesia, ni período definido de curación, ni seguridad de que las cosas se arreglen alguna vez, y por algún tiempo tu nuevo caminar podrá parecerte una cojera, a ti y a los que te conocen.

* * *

Karen sugirió que asistiera a un grupo de psicoterapia aunque solo fuera durante un fin de semana, que eso me daría cierto conocimiento de lo que otros –hombres y mujeres procedentes de diferentes medios– pensaban de sí mismos, de mí y del mundo que nos rodea.

Como siempre he sospechado que todo aquel que me quiere es persona poco razonable, y a menudo he sentido desprecio por aquellos que se han dejado engañar tan fácilmente por mí, decidí seguir el consejo de Karen.

Un psicoanalista amigo de Karen me recomendó un encuentro de terapia de grupo que tendría lugar un fin de semana en Lake Success. Nos reunimos el viernes por la tarde en la casa de campo de alguien. Éramos quince personas, de una variedad incómoda, sentados en sillas de alto respaldo alrededor de una larga mesa. Al principio me sentí superior a los otros, porque pensé que ninguno podía igualar mis experiencias en el extranjero. ¿Cómo podrían comprender aquellos psicoterapeutas de supermercado las experiencias que yo había vivido?

En el transcurso de las discusiones de aquel fin de semana, hubo dos o tres personas que sí admitieron que mi imagen los intimidaba.

Un hombre del interior dijo que me envidiaba la independencia y la riqueza. Otro dijo que le asustaría tener mi fortuna. Una chica dijo que no le gustaría salir conmigo. Una profesora de historia de la Universidad de Nueva York, que al principio parecía dulce y tímida, resultó ser la persona más agresiva del grupo. Me acusó de llevar una vida basada en la desnaturalización. ¿Cómo podía confiar en los demás, preguntó, cuando mi posición me condenaba para siempre a utilizarlos como sirvientes?

Una chica recién salida de la universidad sufrió un ataque y se echó a llorar. Su novio era un negro esquizofrénico, y ella se sentía desgarrada entre su propia realidad y la de él. Dijo que a menudo se veía obligada a escuchar sus secretos susurros y entrar en su abominable mundo. Incluso a veces penetraba en las fantasías de él, y en tales ocasiones si veía a alguien que la miraba creía ser una negra blanca.

Uno de los negros del grupo dijo que se sentía sofocado, porque era incapaz de expresar sus emociones. Dijo que su falta de educación le impedía incluso poder expresar articuladamente sus propios problemas. Farfullaba una y otra vez «lo que digo no tiene sentido, no tiene sentido», y cuando tratamos de convencerlo de que sí lo tenía, replicó: «¿Cómo lo saben? Ustedes no han vivido mi vida. Si mi historia tiene sentido para ustedes, entonces es una mentira, porque no debería tenerlo. Es la historia de un negro, no la de ustedes». A mí su angustia y el sentimiento de estar acorralado por los demás me conmovió, pero a pesar de mi compasión permanecía distante de él y del grupo, consciente de que en cuanto la gente asegura saber quién soy ya no puedo actuar libremente.

Uno del grupo dijo que con lo que costaba aquel fin de semana, muchísimos chiquillos del gueto habrían podido pasar todo el verano en el campo. El negro asintió rápidamente. Una chica rubia alta le respondió airada. Dijo que el dinero le importaba muy poco, y los críos negros, rojos, amarillos o blancos, menos aún. Dijo que no estaba allí para solucionar los problemas de los chiquillos necesitados, y que le gustaría que volviéramos a discutir las cosas hablando desde las entrañas. Acusó al negro de rebajar a los blancos simplemente porque no eran negros, en lugar de admitir el verdadero origen de su cólera. Su estallido me alarmó. Antes, ella me había apoyado y yo había respondido calurosamente, pero ahora me sentí traicionado. Más tarde, cuando se lo confesé, ella dijo que, probablemente, al estar

aislado de la mayoría de la raza humana a causa de mi riqueza, esperaba traición de todos y especialmente de las mujeres, a quienes estaba claro que no entendía. Yo dije que me sorprendía oírla hablar de comprensión, algo que tarda años en desarrollarse y solo se da cuando las personas se sienten libres para abrirse unas a otras. Antes de eso, incluso hablar de comprensión es una burla, le dije.

Cuando el grupo discutió sobre prejuicios, todos se pusieron serios, y empezaron las disculpas. Al final, exclamé: «Miren, a todos nos preocupan los prejuicios, y así debe ser, pero en realidad solo hay tres negros en el grupo, mientras que aquí se encuentran otras personas igualmente víctimas de prejuicios, y de ellas no hablamos». Inmediatamente la atención se centró en mí. ¿A quién me refería? ¿Acaso las personas que administraban mi fortuna tenían prejuicios hacia mí? ¿Por qué? ¿Cuándo me había negado nadie nada? Luego alguien preguntó por qué toda la conversación se centraba en mí. Una mujer insinuó que era porque yo me expresaba con soltura, y había estado en el extranjero, y era rico; estaba claro que se me discriminaba a causa de mi situación privilegiada. Entonces todos empezaron a analizarme. Una persona dijo que yo era evidentemente muy fuerte, otra que era igualmente evidente que yo era muy sensible, y otro que yo era varonil pero blando. El negro dijo que yo le daba miedo, aunque no sabía por qué. Yo les pedí que dejaran de echarme mierda, intentaran llegar hasta las emociones verdaderas y se dejaran de definiciones.

Al final del encuentro, una chica se quejó de mi sarcasmo. Yo dije que no era más que humor defensivo, que era sarcástico más para ocultar mi amargura que para alienar o asustar a nadie. Dije que vivir era un asunto arbitrario; que cada vez que escalé una montaña en Nepal creí que iba a morir, en el ascenso o en el descenso; que aún ahora, siempre que voy en coche pienso que no voy a llegar a mi destino.

* * *

El tomar parte en aquel grupo ha sido importante aunque solo sea porque me enseñó que nadie tiene emociones consistentes. En vista de las discusiones, veo que no se me puede describir ni como una persona hostil ni como una persona compasiva. Por lo tanto, mi sentido de mí mismo es completamente relativo, y mi hostilidad y

compasión varían según con quién estoy: o compito o me compadezco. O bien para nadie soy bueno, o soy demasiado bueno para todos. Después de aquella experiencia con el grupo, quiero abandonar la contemplación y salir a la acción. Y sin embargo, me temo que esta energía es solo una reacción temporal a la sensación de estar atrapado. Cada vez que nos reuníamos me convencía más de lo deshonesta que es la gente: sabemos lo caóticas que son nuestras vidas, pero insistimos en que todo sucede de forma ordenada y que ha sido concebido lógicamente.

Hace solo dos días llegamos aquí siendo unos perfectos desconocidos unos para otros. En el parking de al lado aparcamos nuestros respectivos Furies, Tempests, Escorts, Swingers, Barracudas y Demons. Dada su verdadera naturaleza destructiva, esos coches deberían ser rebautizados: Contaminantes, Chocadores, Malgastadores, Aniquiladores, Coupés para la autopsia, Desintegradores a medida y Mutiladores. Ahora, dos días después, seguimos siendo desconocidos, ansiosos de regresar a nuestras existencias individuales, y todas las lágrimas y abrazos y gritos y furia que elaboramos parecen vacíos e irreales. Lo que más me molestó del encuentro fue ese concepto de intimidad al instante. El grupo parecía vencer las resistencias y conseguía que la gente se sintiera bien al dejarles creer que estaban logrando conocerse unos a otros. No obstante, no ha ocurrido nada: no sabemos de nosotros mismos ni del resto más de lo que habríamos sabido tras un *cocktail party*.

Henos aquí, pienso: una pandilla de chiquillos crecidos encerrados en una habitación vacía, jugando a inocentes juegos unos con otros. Nadie conoce a nadie. Nos movemos por oscuras cavernas, mantenemos en alto nuestras personales velitas y esperamos la gran iluminación. Pero, ¿y si a causa de mi pasado estuviera yo más confundido y fuera más limitado que los demás? ¿O si por la misma razón fuera más complejo y perceptivo? En cualquiera de los dos casos, nadie puede ayudarme a buscar lo que yo le pido a la vida, y menos que nadie aquellos que, cargados de culpa, tratan su propia vida como un mero esbozo para algún juego futuro de diseño impecable, que se han convertido apenas en coleccionistas de su propia esterilidad e inercia.

Al final quedé insatisfecho. Sentía que no me había enfrentado a lo desconocido. Al regresar se lo dije a Karen, y ella me acusó de esperar, contra toda lógica, resultados tangibles de aquellas sesiones. De

hecho, lo único que yo esperaba era sinceridad.

* * *

El otro día vi en una pantalla gigante de un cine de Broadway una película en que disparaban a la cara a varias personas. En una de las escenas manaba un chorro de sangre de la boca de una mujer. En otra escena un hombre hería de un trallazo a una mujer, luego aplicaba la boca a la herida, y se retiraba con sangre en los labios. Aunque sabía que aquello era solo pintura roja, me encogí en el asiento. Intenté obligarme a permanecer allí y ver la película hasta el final, pero no pude; he pasado por demasiadas experiencias dolorosas. ¿Y si mi pasado dolor no fuera otra cosa que mi propia y exagerada reacción a la pintura roja?

* * *

Richard, uno de mis profesores de psicología en mis tiempos de Yale, supo por Karen que yo había regresado al país, y ayer nos vimos. Richard me estuvo hablando del trato que da nuestra sociedad a los enfermos mentales, como medida de nuestro humanitarismo. Se refirió a una página de Charles Dickens en *Notas americanas* y citó lo que hace más de un siglo dijo Dickens de los manicomios estadounidenses:

> El hospital psiquiátrico estatal está admirablemente dirigido… A las horas de las comidas, solo la influencia moral hace que los más violentos contengan sus ganas de cortarles el cuello a los otros, pero el efecto de esa influencia se reduce a una certeza absoluta y, aunque solo sea como medio de contención, para no decir de cura, resulta cien veces más eficaz que cualquier camisa de fuerza, grillete, esposas y demás medios fabricados por la ignorancia, el prejuicio y la crueldad desde la creación del mundo.

En la época de Dickens, el tratamiento de los enfermos mentales en Estados Unidos seguía las enseñanzas de Samuel Tuke, filántropo y reformador británico. En el asilo de Samuel Tuke los locos vivían en libertad en sus celdas, y en tanto no violaran los códigos de conducta establecidos y lograran dominarse, nunca se les castigaba ni coaccionaba. De este modo, la única amenaza era la posibilidad de que, a propósito o inadvertidamente, su locura quedara revelada a

quienes los rodeaban, tanto pacientes como guardianes. Se suponía que, en cuanto un loco se diera cuenta de que a nadie le interesaban sus motivos, pensamientos ni emociones, él mismo se impondría la autocensura que le conduciría a la recuperación.

Pero si fuera tan fácil mediante la buena conducta convertir a un loco en cuerdo, ¿no sería posible convertir fácilmente en loco al cuerdo que dudase de su propia salud mental? Con tales razonamientos se avecinaba la época de la inacabable terapia psiquiátrica, y América sería su asilo.

Hace poco, en un supermercado, Richard vio que las cajas de frutas y verduras se encontraban precisamente junto a los insecticidas y demás venenos caseros y de jardín. Fue al encuentro del encargado, un viejo judío, y le dijo que alguien podría rociar con veneno las frutas y verduras. El encargado se quedó de piedra.

–¿Por qué iba alguien a envenenar la fruta? –dijo con su pesado acento de Europa oriental–. ¿Qué clase de mente enfermiza tiene usted, para pensar semejantes cosas?

Y empezó a alejarse, pero Richard lo detuvo:

–¿Y porqué iba nadie a matar a los judíos? –le preguntó Richard–. ¡Millones de compatriotas suyos fueron a las cámaras de gas y usted no puede imaginar que exista un solo chiflado que pudiera envenenar su fruta!

Richard, que es judío, llegó a este país procedente de Ucrania, después de haber sobrevivido allí a la ocupación nazi. Recuerda que perdió a toda su familia el día en que los nazis organizaron al aire libre una aparatosa ejecución de los judíos de la localidad... y también de los locos, de los que padecían enfermedades infecciosas y de los gravemente deformes, todos los cuales fueron declarados racialmente impuros.

Hasta que empezaron a funcionar plenamente las cámaras de gas, los nazis, gente muy teatral, organizaban a menudo ese tipo de acontecimientos, y la población local y las unidades militares servían de atento público.

Tales persuasivos ejemplos de castigo, impartidos en nombre de la ley y el orden a los definidos arbitrariamente como diferentes, forman parte de nuestra memoria colectiva y, en cierto modo, la menor señal de inconformismo todavía nos genera ansiedad y miedo.

En un revelador experimento científico que me contó Richard, varios hombres y mujeres perfectamente sanos ingresaron en un

hospital para enfermos mentales, donde sin más los juzgaron enfermos. En el mismo experimento, un sustancioso número de personas mentalmente enfermas solicitaron ser admitidas en una clínica psiquiátrica, y a todos ellos se los consideró perfectamente sanos. No es de extrañar que a dos de cada cinco estadounidenses se les diagnostique en algún momento que padecen enfermedades psiquiátricas y como resultado de ello sean hospitalizados. La mitad de las camas de hospital de los Estados Unidos están ocupadas por pacientes psiquiátricos.

Esos cambios relativamente recientes de nuestra conducta tanto individual como social y política, han llevado a muchos psiquiatras a afirmar que ya no son suficientes las tradicionales categorías de «sano» e «insano». Esos psiquiatras arguyen que debería crearse una nueva categoría (ni «sano» ni «insano», sino «no sano») para casos en los que las circunstancias ambientales borran la diferencia entre lo que es sano y lo que es insano… y modificar los supuestos y las actitudes relativas a la salud y a la locura.

A pesar de que la industria de la salud sea la tercera en importancia en Estados Unidos, millones de enfermos psíquicos y de retrasados mentales son excluidos de la mayoría de los programas nacionales de salud y de los seguros médicos. Esas personas viven sus vidas sin ser vistos, siempre drogados, lejos de los demás y encerrados frente a un televisor. Richard me contó que hay un hospital mental en el cual tres mil pacientes son atendidos por no más de trece psiquiatras… una media de uno para cada doscientos cuarenta. Mientras tantos de nuestros enfermos mentales se encuentran abandonados a su sufrimiento, sin recibir tratamiento, incluso sin cuidados, innumerables hombres y mujeres de nuestra clase media acomodada tratan sus alteraciones mentales recurriendo a gurús procedentes de unas doscientas cincuenta diferentes escuelas de psicoterapia, que a menudo consideran aberraciones nuestras ansiedades naturales. Así, el psicoanálisis quiere curar las neurosis mediante la interpretación de los sueños, fantasías y recuerdos de infancia; la terapia conductista se empeña en vencer las fobias; la terapia cognitiva pretende modificar la propia visión del mundo mediante el razonamiento lógico; la psicoterapia de orientación dinámica asegura resolver los conflictos inconscientes del paciente mediante breves sesiones que provocan ansiedad; los encuentros de terapia de grupo refuerzan el malestar psíquico como medio para el autodominio; la terapia integrada se

centra en las experiencias de cada momento; la hipnoterapia induce un estado de trance como preludio para alterar la autopercepción, y la farmacoterapia utiliza poderosas drogas psicotrópicas en un intento de estabilizar el péndulo de nuestros instintos íntimos. Otras innumerables terapias se dedican a estimular la imaginación del paciente, liberando su inconsciente, o aumentando su energía mediante el control y la manipulación de los movimientos del cuerpo; otras utilizan la respiración, los ordenadores o incluso las series televisivas como medio para tranquilizar, contener o curar la rebelde psique estadounidense.

Richard cree que a menudo la terapia misma crea un clima de inquietud mental, ansiedad e inadaptación en los pacientes, al imponerles arbitrariamente camisas de fuerza mentales, emocionales y sociales. Y el resultado es que cada vez que las circunstancias ordinarias de la vida les obligan a exhibir o definir su verdadera identidad, al igual que los dóciles orates del asilo de Samuel Tuke, esos hombres y mujeres se aterrorizan de su inconformismo interior o exterior, y ya no quieren, o incluso no pueden, continuar siendo quienes son, y gozar de su singularidad espiritual. Yo sé de qué está hablando Richard: yo también fui en un tiempo un demente dócil.

* * *

Le pregunté a Karen cómo era su vida cuando yo me ausentaba.

–Recuerdo tantos fines de semana semejantes –dijo–. En la cena, quienquiera que fuera el hombre que estaba conmigo se preocupaba ante todo de comer, y hablaba demasiado fuerte. Luego solía sugerir que fuera a su barco a beber champán con él. Yo solía sonreír dulcemente y decir: «Estupendo, pero no voy a ir a la cama contigo». Odio las escenas de seducción con engaño. En East Hampton, bebía té de menta helado, tomaba sorbetes y fumaba hierba. Finalmente, un verano topé con Sean, un guapo hijo de puta de dientes tan blancos que parecían emitir luz. Cuando Sean sonreía, la gente se ponía las gafas de sol. Y en él todo era igualmente perfecto y hermoso... me enamoré de ese Moby Dick de alcoba. Me vuelvo tan idiota frente a la belleza masculina... para mí simboliza la vida y la salud y el amor. Solo en mis fantasías eróticas me sodomizan viejos asquerosos que me hacen lo que nadie más se atrevería a hacerme.

»En el dorso de una fotografía suya que me regaló, escribió:

«Sean, 27 años, sin maquillaje, maestro en virilidad y naturalmente perfecto». Ese maestro en virilidad naturalmente perfecto había crecido en una barraca de West Virginia. Cuando su familia pudo disponer de retrete cubierto él había cumplido ya los dieciocho años. A los diecinueve se fue de casa, lo que partió el corazón a su padre. Cuando tenía veintidós, vivió una aventura con una enfermera de cincuenta y uno.

»No había nada en el campo de las relaciones sexuales, sanas o morbosas, que ella no supiera. Era una ninfómana y una aficionada a hacer el amor en grupo, a quien le gustaba todo, resarciéndose en la cama de todo lo que carecía fuera de ella, pero al fin sentó cabeza y decidió establecerse con un hombre acomodado que quería casarse con ella. Eso dejó a Sean sin nadie con quien joder o cohabitar. Si exceptuamos a su hermana mayor, por la que sentía gran predilección, pero que estaba casada. Se fue a vivir a casa de ella y su marido, pero al cabo de una semana más o menos, el marido de la hermana lo echó. Según Sean, el marido quería hacerlo con él, pero Sean se negó a traicionar a su hermana. La verdad era que Sean era demasiado perfecto para ser solo un heterosexual corriente y esperaba convencer al marido para que aceptara un arreglo que le iba a proporcionar casa y comida a él, pero al marido eso no le apeteció. Aquello hizo que Sean volviera a quedarse solo, obligado a confiar en su cara bonita, a pesar de estar convencido de que lo que le ayudaba a sobrevivir era su polla.

»Una vez me dijo: «Aceptémoslo. Puede que no sea demasiado listo, pero soy el mejor empotrador de este lado del Mississippi. Mi polla está por encima del término medio, y en el catre también yo lo estoy».

Y Karen llegó a lo que quería realmente decirme:

–No era solo su cara bonita los que me impresionaba, sino también su forma directa de enfrentarse a las cosas. Siempre cedo cuando un hombre me convence de que conmigo hará todo lo que quiera. Me parece que no me gusta que los hombres me traten con miramientos. Me hacen sentir disminuida y entonces me siento culpable de disminuirlos a ellos. Justo antes de que tú volvieras estuve con un tipo superliberado. No hacía más que lamentarse diciendo lo triste que era que los hombres despersonalizaran a las mujeres y las convirtieran en juguetes. Al final ya no pude aguantarme más. Le dije: «No es culpa mía si no te excito. Si es así, dímelo; pero si te excito, por el amor de

Dios, déjate de esas monsergas. Solo llévame a la cama».

Hizo una pausa.

–Al principio, cuando te fuiste, Jonathan, me preguntaba si debía o no ir por ahí follando, y si realmente podría decidirme a hacerlo. Sabía que era vulnerable, así que intenté ser prudente y sensata. Había oído decir que había mujeres que tenían relaciones sexuales sin amor. Después de unas pocas aventuras, intenté evitar del todo las relaciones sexuales, porque me agotaban. Me preocupaba caer en la promiscuidad, o convertirme en una idiota como la mujer a la que personifiqué en un anuncio médico que llevaba la siguiente inscripción: «¿Puede una mujer que no es feliz con un anticonceptivo encontrar la felicidad con otro?». ¿Por cuántos hombres me siento atraída en un año? ¿Diez? ¿Quince? ¿Veinte? Al final puede que elija a tres o cuatro. Cuando me siento atraída por un hombre, me digo a mí misma: me gusta, lo deseo. Me imagino haciendo el amor con él, el tacto de su piel y de sus músculos; me imagino respirando su aliento y sintiéndolo dentro de mí. Es un deseo directo, sin disimulos previos ni arrepentimientos posteriores. ¿Qué podría oponerse a su realización?

Cuando Karen volvió a hablar, su voz era baja y ronca:

–El volvernos a conocer, Jonathan, puede conducirnos a algo bueno y sólido, pero creo que es demasiado pronto para mí. Terminé una relación intensa precisamente antes de que tú volvieras. Puede que entre nosotros las cosas todavía vayan a más, pero si no es así, por lo menos no nos habremos engañado. Siempre nos hemos prometido que solo seguiríamos juntos mientras la cosa marchara. Me pone enferma una amiga mía que se deja manosear por cualquier tipo en un coche aparcado o hace el amor en grupo con desconocidos, porque eso está de moda. Ya estoy aburrida de modas sexuales.

Hizo una pausa y continuó:

–Me gusta fumar hierba o tomar tranquilizantes, y me drogo mucho –dijo–, no solo porque eso me quita las inhibiciones y me hace sentir más libre y alegre en una fiesta, sino porque me despierta sexualmente, me permite insinuarme a cualquier hombre que me guste y lograr que él sea más atrevido conmigo. Mas aún, si las cosas van mal, puedo echar la culpa a otro y no solo a mí misma.

»La semana pasada pasé por mi primera experiencia, cuidadosamente preparada, de trío. Después de haber hecho la reserva con semanas de anticipación, nos vestimos con trajes de

noche de los años treinta, alquilados, y nos fuimos al mejor restaurante de la ciudad. Janet estaba deslumbrante con su conjunto de blusa y pantalón de raso color melocotón, yo llevaba un vestido largo de lamé dorado, y Robert iba de esmoquin y corbata blanca. Mientras pedíamos una cena espléndida –sin bebidas, ni vino ni champán– cada uno de nosotros se tragó discretamente una anfetamina. Después del café, completamente drogados, salimos tambaleantes del comedor, ayudados por el camarero que nos había servido y el *maître*, quienes, asombrados, se preguntaban cómo habíamos logrado achisparnos de aquel modo. Nos dirigimos al apartamento de Robert y pasamos una velada desenfrenada, ensayando toda clase de juegos y diversiones perversas pero indoloras. Por la mañana, Janet salió corriendo a ver a su psicoanalista. Yo tenía una sesión con un fotógrafo alemán y Robert salió arrastrándose hacia la agencia de viajes en donde trabajaba. Es sorprendente lo que me puedo divertir cuando puedo deshacerme de ese fastidioso freno que llamamos conciencia. ¡Ahora que lo pienso, para poder disfrutar de toda aquella comida tan cara habríamos debido tomar nuestras anfetaminas después de la cena! Pero, en serio, para mí las relaciones sexuales son como escalar una colina. Cada vez que uno llega a la cima, descubre otra justo enfrente, y cree que aquella es la cumbre más alta, hasta ver otra que la supera. Y uno sigue escalando sin saber nunca dónde estará la última.

»A menudo tengo la siguiente pesadilla: oigo la voz de un hombre que me alienta y me estimula, y yo me quedo helada y digo: «eso no vale, te estás aprovechando de mí». Tengo ganas de gritar, pero luego pienso, al diablo, soy una cínica romántica. Necesito y quiero eso, así que, ¿por qué no? De todas formas, hay veces en que no alcanzo el orgasmo. Es emocional, lo sé, pero ¿qué puedo hacer? A veces, cuando la relación carnal es muy buena, siento un intenso placer, pero nunca llego a la colina más alta.

Karen se levantó y se paseó por la habitación, hablando sin parar como si yo no estuviera allí.

–«Eres la cachonda más ardiente que he conocido», dice un hombre, y yo me pongo rígida y pienso que no sabe lo que está diciendo. Más tarde, cuando ya no está en el paroxismo y repite la frase, siento menos miedo. «Tienes un cuerpo hecho para el amor, y sabes utilizarlo; la mayoría de las mujeres solo se tumban ahí y se contorsionan. No puedo creer que no lo estés haciendo

continuamente. Dime, ¿alguna vez se ha derramado un tipo en cuanto te la ha metido?». «Naturalmente», contesto, todavía distante. «No me sorprende, no me sorprende en absoluto. Tienes el coño más prieto del mundo».

»En la cocina, preparo las bebidas y le tomo el pelo acerca de sus otras mujeres. Él dice: «sé lo que es bueno cuando lo veo, y tú eres muy, pero que muy buena. Con un cuerpo como el tuyo, nunca tendrás que trabajar ocho horas en una oficina».

»Después de hacer el amor, otro hombre dice: «A la mierda, no quiero ser reservado. Tengo que decirte que la cosa nunca me fue tan bien como contigo. Contigo, es una orgía total. No te importa que te lo diga, ¿verdad?». «¿Que si me importa?», digo yo. «Me encanta. ¿A quién interesa esa mierda del frío intercambio de cuerpos que está de moda?».

Karen me observó pensativamente, y luego continuó:

–La verdad es irresistible. No es un error contarte todo eso, ¿verdad, Jonathan? Me digo a mí misma que está bien, que aunque no te amé lo suficiente, soy incapaz de soportar que tú no me ames. Sin tu amor no tengo ningún poder sobre ti. Puedo conformarme con hacerlo con un hombre al que no amo… pero no con uno que no me ame. Me horroriza que me tomen a la ligera.

Aquella noche, más tarde, mencionó una carta que yo le había enviado desde Turquía:

–Escribiste que lo que más excita a un turco es satisfacer a su mujer, manipular el cuerpo y la mente de ella, avivar su deseo. Porque los turcos no se entregan a las mujeres que aman y se supone que son los mejores amantes. ¿Por qué me escribiste aquello?

* * *

«La secta de los amantes es distinta de todas las demás; los amantes tienen una religión y una fe propias», escribió el pensador indio Jalal-Uddin Rumí.

* * *

Aun así, mi impulso es no responder cuando Karen dice que seguiré siendo una parte importante, pero no esencial, de su vida. Al dejarse juzgar por muchos hombres, evitará anular o perder a ninguno de nosotros. Su exigencia de atención es tan grande que ningún hombre

puede satisfacerla. Karen parece elegir a hombres con poder de destruirla, al menos de amenazarla; luego se aburre y se va. Vacila entre verse a sí misma como cazador o como presa.

Karen está segura de que sus fantasías sobre sodomía con viejos no me aterran más que lo que la aterran a ella sus fantasías de casarse conmigo, tener hijos y servir el té por la tarde. A menudo me ha señalado que mi sentido de la propia identidad es tan frágil como el de ella: después de cada encuentro ambos estamos seguros de que nunca más podremos volver a vernos. Con Karen trato de ser reservado y, sin embargo, siempre que ella decide reservarse algo, lo cual ocurre a menudo, me descubro acosándola a preguntas, haciendo objeciones, enfurruñándome y cayendo en la desesperación. Como ella, prefiero mostrarme esquivo, evitar la confrontación directa hasta que la crisis (su abierta relación con otro hombre, por ejemplo) me obliga a definirme sobre la verdadera naturaleza de mi compromiso. Mientras tanto, cada uno de nosotros sigue su propio camino, y corremos el peligro de que ambos perdamos por defecto. No dejo de recordar aquella fatal observación de Tolstoi: «el hombre sobrevive a los terremotos, las epidemias, al horror de la enfermedad y a todas las agonías del espíritu; pero, a través de las generaciones, la tragedia que lo ha atormentado y que lo atormentará más es (y será) la tragedia de la alcoba».

* * *

Al vivir en el extranjero, donde el nombre no me facilitaba la aceptación instantánea, me vi obligado a observarme a mí mismo de una forma nueva. Me di cuenta, por ejemplo, de que evitaba sonreír porque mi sonrisa exhibía unos dientes mal conformados, irregularmente impostados y descoloridos. Volví a recordar ese defecto recientemente, cuando Karen (cuyos labios de impecable regularidad y cuyos dientes sin mácula son su marca profesional) estudió mi cara e hizo la observación de que, puesto que yo tenía hermosos ojos, debería mirar más a la gente y sonreír menos.

A raíz de aquello visité, a través del departamento de consulta médica de la compañía, a uno de los mejores dentistas del país, y le dije que quería que me igualaran los dientes y me pusiera fundas de un material que les diera un aspecto perfectamente natural y, lo que era todavía más importante, de una natural perfección. Una vez el

dentista me hubo examinado, visto a través de rayos X y vuelto a inspeccionar la boca, dijo que, aunque no veía nada malo en mis dientes, puesto que me molestaban su forma y color estaba claro que debía arreglármelos. Luego trazó un breve plan de lo que había que hacer y también me dio una idea de lo que costaría tan amplio trabajo de ortodoncia que, me dijo, llevaría aproximadamente dos meses.

–¿Hay algún modo de hacerlo más de prisa? –pregunté.

–Bueno, sí. Podríamos señalar más visitas a la semana y apresurar un poco el trabajo del laboratorio –dijo.

–No quiero esperar –repliqué.

–¿En cuánto tiempo quisiera usted tenerlo todo hecho?

–¿Qué le parece en un día?

Creyó que estaba bromeando y lanzó una risita cortés.

–Hablo en serio –dije–. Quiero que me lo hagan así de rápido y, sea cual sea el precio, pagaré por anticipado.

Todavía dudoso, el médico comenzó a hacer cálculos.

–Una vez puse fundas a todos los dientes de una estrella juvenil en tres días, para que pudiera hacer su primera película –dijo, echando una mirada al resultado de sus cálculos–. Creo que se lo podría hacer a usted en un día –hizo una pausa, mientras seguía calculando–. Anularé los compromisos con todos los demás pacientes y pondré de guardia a todos los del laboratorio. Pero, ya le aviso – dijo, sonriendo pícaramente–, cuando termine con usted, será más pobre.

–Y usted más rico –dije yo–. ¿Cuándo empezamos?

–Esté en mi despacho el lunes al amanecer –dijo el doctor, cogiendo el teléfono–. Intentaremos que en veinticuatro horas esté usted en la calle.

* * *

Durante toda la operación, con anestesia local, pescaba las miradas entre el doctor y su joven y atractiva enfermera. Aquellos dos se inclinaban sobre mí como si yo fuera un accidentado y ellos transeúntes que pasan por ahí.

En determinado momento me quedé helado, pensando: «¿Y si a causa de alguna imprevista reacción a la anestesia me muriera ahora mismo? ¿Tendría el dentista aun así que ponerme las fundas en los dientes?». Incluso imaginaba los titulares: «Los colmillos de la muerte cercenan a heredero industrial». «La vanidad mata a un jeque

estadounidense». «“Diente por diente” resulta mortal para joven millonario».

Mi padre se mató trabajando. En el punto culminante de su carrera, el corazón, incapaz de sostener su ilimitado afán competitivo, se detuvo. Por ser mi afán limitado, yo ni siquiera pude decidirme a ir a la guerra (el epítome de la competición), porque ello habría aumentado insensatamente mis probabilidades de morir. La muerte de mi padre pareció un rechazo de la Sociedad Anónima del destino que no quiso extenderle el préstamo de tiempo que todavía necesitaba para cumplir su tarea; la mía, probablemente, parecería una negativa directa a darme semejante préstamo. Con toda propiedad, Horace Sumner Whalen había sido llorado por todos sus deudores. Pero si yo, Jonathan James Whalen, muriera ahora mismo en la silla del dentista, nadie derramaría una lágrima.

Entre cada perforación, el doctor le decía a la enfermera: «adminístrele otra inyección ahora», y entre mis dientes limados yo sólo podía murmurar «no soy *él* todavía, doctor. Aún no he muerto».

Mientras los técnicos del laboratorio elaboraban las fundas, yo descansaba en el cuarto contiguo a la sala de operaciones. Mareado, con los labios cuarteados y las encías doloridas, estaba semidormido. No hacía más que pensar en la enfermera de ojos verdes, en trabajármela tan pronto como llevara puestos mis nuevos dientes, en llevar a cabo con ella una gran escena de seducción en algún club nocturno elegante, y luego joderla en el hotel… todo para borrar de su memoria aquella imagen de mí, la del millonario de aspecto patético y dientes roídos.

* * *

Al día siguiente dormí hasta la hora de comer. Cuando desperté me sentía cómplice del crimen que el dentista había cometido en mi cuerpo. Corrí a mirarme en el espejo. Parecía que aquellos dientes bien proporcionados y de porcelana siempre hubieran estado allí, pero inmediatamente empecé a preguntarme hasta qué punto cambiaban sustancialmente mi aspecto físico. En el siglo xix la gente suponía que los dientes blancos y sanos indicaban salud, tanto moral como física. ¿Qué significan hoy unos dientes así?

¿Y ahora qué?, me dije. Recordé a Barbara, quien creía que tenía los testículos caídos y que me colgaban demasiado bajo. ¿Debería

ponerme, me preguntaba a mí mismo, una vez más a merced del cuchillo para mejorar el aspecto de mis testículos?

Llamé a Karen. Por suerte, estaba libre para cenar conmigo. Por la noche le mandé un coche, y cuando ella llegó al restaurante yo ya estaba allí esperándola junto a una mesa bien iluminada. Al avanzar hacia mí, escoltada por el *maître*, los hombres y las mujeres de las otras mesas se volvían para mirarla. Una vez más me di cuenta de que nada de lo que yo pudiera hacer podría compararse con su esplendor.

Se sentó, y al pedir su bebida favorita sentí sus ojos sobre mí.

–Tienes una cara muy distinta, Jonathan –dijo. Yo sonreí, y ella exclamó–: ¡Los dientes! ¿Qué te has hecho en los dientes?

Cuando le dije que me había puesto fundas, dijo:

–Es increíble. Ahora, cuando sonríes te pareces a Sean. Te acuerdas que te hablé de Sean, ¿verdad?

* * *

Mientras hacía efectivo un cheque, el portero nocturno del hotel me deslizó una tarjeta con una bonita inscripción: «2001 Odisea del amor: especialistas en acompañantes a domicilio para la élite». Más tarde, aquella misma noche telefoneé a 2001 y, después de una breve charla preliminar en la que esbocé mi compañera de amor ideal, la madame dijo que la chica ya iba en camino. La madame también me hizo saber que el dinero rompía todos los tabúes: además de la tarifa estándar, quizá yo querría pagar a la chica algo extra por lo que la madame llamaba el tratamiento «Dr. Insólito». El chiste sugería formas raras de hacer el amor, trajes extravagantes y cambios de rol.

La idea de estar a punto de hacer el amor a una mujer –aunque fuera una *call girl*– a la que no había visto nunca y que había sido seleccionada para mí por otra persona a quien yo no conocía, guiándose por mi descripción abstracta, me excitaba más que cualquier especulación que pudiera yo hacer acerca de la edad, los encantos o las habilidades de la chica.

Mi animadora personal llegó a la hora. Tenía unos veinte años, era lozana y bonita, la modelo perfecta para la página central de una revista para hombres o para un anuncio televisivo de jabón. Me sentí inmediatamente excitado ante la perspectiva de hacer con ella todo lo que deseara.

–¿Cuánto te quedas tú?

–La mitad, más la propina.

–Entonces, aquí tienes, por la noche –dije, poniendo cierto número de billetes grandes sobre la mesa frente a ella–. Y ésta es la propina.

–¿Siempre das las propinas de antemano? –preguntó, sin disimular lo impresionada que estaba por la propina, que era el doble del precio por noche.

–Sí. Estimula la iniciativa –repliqué.

–Entonces, ¿qué dejas por el servicio?

–Otra propina… el premio –dije, levantándole las faldas.

En la cama, se comportó como una novia posesiva, besando y exigiendo que la besara, pidiendo que le hiciera el amor. En cuanto me quedaba absorto en su cuerpo limpio y firme, me distraía pensando en todos los hombres que habían llenado con su esperma, sudor y salivazos cada uno de sus poros y agujeros.

Después de hacer el amor le pregunté si sus temblores, gemidos y orgasmos eran reales o solo teatro representado en mi honor.

–¿Por qué te preocupa tanto saber si fuiste o no un buen amante? ¿Por qué habrían de preocuparte los orgasmos de una compañera encargada por teléfono?

Le dije que no podía soportar la idea de joder con un cuerpo pasivo, de dejarme joder y chupar por un trozo de carne anónimo con pezones y vagina.

–¿Anónimo? –chilló–. No sabes lo que significa anónimo. Amigo mío, en un tiempo fui modelo. ¿Sabes lo que es tenerte que tragar a un pestilente jefazo de la confección solo para conservar tu maldito empleo? Si por lo menos dijeran: «te pagaremos quinientos dólares a la semana por joder y estimularnos, y además te dejaremos hacer de estrella». Pero no, quieren que te sientas una estrella para poder disfrutar con tu humillación cada vez que les lames el culo, les succionas la polla, o los azotas por encargo. Te digo que en esta ciudad una mujer necesita dos coños: uno para los negocios y otro para el placer.

Empecé a pensar en Karen. ¿Habría habido un tiempo en que, para obtener su primer contrato, también ella tuvo que tragarse a algún tipo? Mi silencio provocó que mi animadora tuviera ganas de hablar. Comenzó a contarme sus problemas, empezando por su primera felación de negocios.

–El ayudante de un productor de televisión me llamó desde Los

Ángeles y dijo que iba a volar a Nueva York para conocerme. Dijo que sobre el papel parecía yo tan perfecta que quería verme en persona. «Podrías llegar a ser la mejor de la profesión –me dijo– y quiero contratarte, pero, ¿y si sucede que resultas demasiado seria para mi jefe?». Más tarde llamó para decir que no podía venir, pero que Maury, el productor, su jefe, llegaba aquella noche a Nueva York y yo debía llamarle y tomar unas copas con él. «Preciosa –dijo el jefazo– ya tienes ese asunto en el bolsillo. En una noche (con tus dulces labios) te lo metes en el bolsillo». Y así fue. Todo lo que tuve que hacer para obtener un trabajo de televisión fue chupársela al productor.

»Vi al productor. Jodimos. Se la chupe entera. Pero el acto sexual directo no era lo que él quería, y cuando no quise hacer lo que él quería que hiciera, me echó. No obtuve el trabajo de televisión. Más tarde, cuando conocí a su ayudante, me hice la ofendida: «Maury no se conforma con follar –dije–. A Maury lo que le gusta son los cueros y las cadenas. Y a mí no». El ayudante era todo sonrisas. Dijo que Maury iba por ahí diciendo a todo el mundo que yo le había proporcionado la mejor sesión de estimulación que había conocido en su vida. «¡Qué derroche! –murmuraba el ayudante una y otra vez–. Malgastar tanta crema, tanta crema, y no obtener el trabajo». Entonces decidió que también él quería crema. «Pero ¿y qué dices de mí, chiquilla? A mí me gusta el acto sexual simple y yo también te puedo ser de ayuda –dijo–; sin ataduras… ni cadenas… adicionales». Me miró de soslayo, mientras se bajaba la cremallera. Al principio no quería tocarlo porque tenía el período y no me había lavado; me sentía incómoda incluso cuando me besaba las tetas, pero pronto me entraron ganas de verdad de joder con él, quizá porque me aceptaba sin tenerme que lavar. Al principio no podía endurecerla, y mi elección era: o bien lo ayudo (y todavía puede que acabe consiguiendo el trabajo de la televisión) o no lo ayudo… y termino viviendo de la seguridad social en un piso miserable de una sola habitación, sin siquiera un televisor de mi propiedad. En el mismo instante en que me decidí y empecé a chupársela, logró la erección. Entonces me echó todo un sermón sobre el amor sexual y no solo físico. El amor físico, me explicó, era como la sala de urgencias: un alivio al malestar, eso era todo lo que podía esperarse. Pero el amor sexual era una clínica elegante donde uno disfrutaba con todos los sentidos. Me puso de espaldas, y mirando fijamente mi culo dijo: «Lo mejor que tiene el ser honestamente sexual es que, al estar centrados nuestros sentidos en la

cara, tenemos que empezar por la mirada. La lujuria de la vista es la esencia de la relación sexual». Bien podía decir aquello ese gusano babeante, después de que yo, con los ojos cerrados, se la chupara hasta que me dolieron las mandíbulas, a punto de vomitar a causa de su semen.

»Después de aquello siempre fue igual, aunque no siempre tan directo. Primero, lo sexual solo se insinuaba: «quítate la ropa para que te pueda ver entera. Haz como si nos hubiéramos conocido en una playa nudista. No te preocupes, amor, me sé dominar: no te tocaré, solo te comeré con los ojos». Luego: «¡eres tan maravillosa! Me gusta tu piel suave, tu pelo sedoso, tus largas piernas, tu culo redondeado, tu coño peludo. Me excitas tanto, muñequita, que podrías ponerme en marcha solo con la mano...» o «¿Por qué no dejas que me sienta dentro de ti? Eres una gatita tan sensual... apuesto que te enciendes fácilmente. Inundemos la pequeña caldera». O bien el tío daba instrucciones: «es la textura de tu lengua y la forma que tienes de lamer. Hay chicas que no lo saben hacer, sencillamente. Ahora métela dentro, tanto como puedas, muerde un poco y luego besa el borde. Dije tan adentro como puedas, niña, no me lo hagas repetir».

»Al principio, con un hombre revolviéndose debajo o encima, enfrente o detrás de mí, en el sofá, en la alfombra, en la cama o en la silla, o en el retrete, lo único en que yo podía pensar era en si lo estaba haciendo bien. Me preocupaba no hacer el tonto. En esta ciudad todo el mundo hace de puta, así que hay mucha competencia. No es fácil ser una buena puta todo el tiempo con todos los tíos. Después solía llorar, me odiaba a mí misma por pensar siquiera en todos aquellos tipos. Sin embargo, les decía palabras que yo creía que les gustaba oír, palabras que les hicieran sentir como hombres de verdad, palabras que me deprimían más que follar con ellos. Pero todos aquellos tipos eran tan estúpidos que ni siquiera podían ver la diferencia entre una follada buena y sincera y una follada deficiente. Yo estaba bien dispuesta a dejar que disfrutaran de mí, pero ¿por qué lo hacían siempre mal? ¿Por qué tenían que insultarme? «¿Es que no podéis ver el potencial que hay en mí? –solía decir–. Tengo pasta de estrella, capullos. ¡Solo tenéis que mirarme! Soy joven, fresca como una rosa, de suavidad casi infantil, bien dispuesta y animosa como un pájaro a punto de emprender el vuelo. Quiero que uséis mi piel aterciopelada, mis labios, mi lengua, mi coño sabroso, mi lindo culito. Quiero que

me jodáis por delante o por detrás para que podamos disfrutar largo rato; no quiero simplemente seguir vuestras órdenes. ¿Es que no os dais cuenta, imbéciles, de que cuando solo hago lo que vosotros me pedís todo acaba siendo desagradable y degradante para ambos?».

No podía evitar pensar en Karen, y le pregunté por qué no renunció.

–¿Para hacer qué? ¿Trabajar en una oficina? Ni siquiera sé escribir a máquina una carta decente. No iba a durar mucho como modelo: bebo y como demasiado y de vez en cuando engordo. En cualquier caso, hoy en día las modelos triunfan a los trece años. ¿Ser enfermera privada? No tengo paciencia con los enfermos. Y no me gusta estar sola largo rato: me revuelco en mis vicios, me quejo y no hago nada; no estoy en ninguna parte. Solo vivo para huir del dolor, para tener buen aspecto y conservarme sana. Todo lo que hago lo hago para producir una reacción en los demás. Ahora soy conocida… quizá no de la forma en que quería serlo, pero por lo menos los hombres se fijan en mí. No saben quién soy, pero me ven con un aspecto tan esplendoroso que se imaginan haberme visto en la televisión o en una revista. De vez en cuando incluso disfruto siendo como soy. Quiero dinero y no me importa en absoluto de dónde venga. Al final, probablemente acabaré casándome con un rústico cowboy de rodeo que pensará que soy todo miel y amor. Hablando de matrimonio y de dinero: a juzgar por el modo de vivir y de dar propinas que tienes, debes de ser lo bastante rico como para permitirte una esposa con mucho pasado. ¿Por qué no te casas conmigo?

Me despertó al amanecer, y espoleada por el premio que yo le había prometido, hizo el amor conmigo con el celo de una esposa a punto de separarse de su amado esposo. Cuando la hube premiado, generosamente, me aseguró que se sentiría feliz jodiendo conmigo gratis, y luego se fue. Yo estaba vacío de esperma, y un solo pensamiento me atormentaba: si aquella puta estuviera enferma, podría contagiar a Karen.

* * *

Le dije a Karen que cuando estaba en el extranjero a veces me topaba con fotografías suyas en revistas estadounidenses, británicas, alemanas y francesas. Le conté que me sorprendía que hubiese consentido tan a menudo en posar semidesnuda. Le dije que, aun

ahora, cuando los hombres la rodean en mi presencia, no puedo evitar sentir cierto malestar sabiendo que muchos de ellos también la han visto desnuda… aunque sea solo en fotografía.

–¿Has conocido a alguna mujer que envejezca sin sentir el temor de perder su belleza? –preguntó Karen–. ¿Has conocido una siquiera que conserve la confianza en sí misma? Gracias a la medicina moderna, se supone que nuestra juventud puede prolongarse hasta bien entrada la vejez. Y en vez de eso, resulta que sucede todo lo contrario: nos aterroriza envejecer y consideramos a los viejos –incluso a los de mediana edad– inútiles, feos y repulsivos. Fíjate en la edad de los atletas olímpicos o de las modelos y estrellas de hoy. Son chiquillos.

»Claro que me gusta posar y que me fotografíen así… todo lo desnuda y voluptuosa que la ley y los anunciantes permitan. ¿Por qué no? Mi belleza y mi cuerpo son mis defensas contra el envejecimiento, la inevitable ley de la naturaleza. Mi profesión es la belleza; y no creas que no me aterroriza ser condenada a la muerte profesional por los maricas del negocio publicitario cuyo terror a la vejez solo es comparable al miedo que sienten a la moral pública.

»¿No has tenido nunca «dedos de ciruela pasa»… esos dedos arrugados después de pasar mucho rato en un baño caliente? Algún día toda yo estaré así. La juventud es el único lujo que ni siquiera tú me puedes comprar. Lo único que me tranquiliza, que me asegura que no he de preocuparme aún, son las fotografías de mi cuerpo desnudo. Y los anunciantes.

* * *

De chico solía presentar mis padres a mis amigos diciendo: «Este es mi padre. Es un hombre de negocios. Es muy rico. Lo tiene todo». Inmediatamente él o mi madre me reñían por fanfarrón. De su reacción deduje que estaba mal que yo considerara a mi padre poderoso y rico; aun cuando su poder y riqueza lo convirtiera, a ojos de los demás, en una figura agradable y digna de amar, en cierto modo estaba mal que yo lo amara por ello.

* * *

Durante los años que estuve en el extranjero, Karen se hizo amiga de Susan, una chica que había conocido en la universidad y que trabajaba

en una agencia de publicidad de Nueva York. Superficialmente, Susan es todo lo que no es Karen: vulgar, modesta, discreta, monótona. Cuando la carrera de Karen llegó a su cenit y sus ingresos alcanzaron las seis cifras, le dijo a Susan que ya se podía permitir tomar una secretaria que le organizara los viajes y se ocupara de llevarle al día los compromisos y gastos, y un ama de llaves que cocinara e hiciera la limpieza. Cuando Susan se ofreció a llenar ambos puestos, Karen aceptó. Susan dejó su empleo y desde entonces ha sido un puntal en la vida de Karen.

* * *

Karen ha estado fuera de la ciudad, de modo que hoy he invitado a Susan a comer. Me habló de los recuerdos de sus tiempos de estudiante. Lo que dijo proyectó una luz fascinante sobre su carácter y, por extensión, ilustró la idea que tiene Karen de la gente en quien puede apoyarse. También puede, quizá, explicar por qué Susan se ha convertido en su más fiel aliada, casi su Yago, dispuesta a defenderla contra cualquiera (incluso contra mí) y por qué debo ser siempre precavido con ella.

Karen y Susan asistieron a una universidad femenina que parecía formar solamente a las chicas en los buenos modales, la buena educación y la conversación agradable... perfectas esposas para médicos, abogados y empresarios. Susan me dijo que, aunque sus novios estudiantes podían admitir el hecho de que no fuera virgen, todos ellos se sentían preocupados y celosos de sus anteriores amantes.

Susan salió casi dos años con Christopher, un erudito encantador, guapo y brillante. Ella mencionó de pasada dos aventuras anteriores y desde entonces él supuso que ella consideraba a su primer amante como un error, y al segundo solamente una experiencia; se convenció de que solamente, con él como amante, podía Susan llegar a la madurez sexual, consciente de los defectos de las dos relaciones previas, y estar preparada para sentar cabeza. Hacia el final del segundo año de relación, Susan le dijo la verdad: antes de conocerlo a él había tenido muchos amantes, tanto mujeres como hombres, incluso aventuras de una noche. Aturdido por la confesión, Christopher la llamo puta y se negó a volver a verla.

El año pasado Susan descubrió que Christopher, ahora profesor

agregado de literatura en una universidad del Medio Oeste, estaba preparando la exposición de su tesis doctoral sobre los autos sacramentales de la Edad Media.

Se enteró también de que uno de los profesores más ilustres en el campo del teatro medieval enseñaba en la universidad de Nueva York. Haciéndose pasar por una estudiante de doctorado de aquella universidad, obtuvo una llave del departamento, y por la noche entró en el despacho del profesor. El profesor guardaba sus notas, cuidadosamente mecanografiadas en pequeñas fichas, en un archivador sin llave. Susan fotografió todas las fichas que contenían las investigaciones y teorías pertinentes, y después volvió a poner las fichas en el archivador.

Una vez en casa, pasó a máquina el material en varias hojas de papel sueltas y las metió en sobres. Y se las envió a Christopher junto con una carta mecanografiada, que ella preparó para que pareciera de alguno de sus ex compañeros de estudios cuyo nombre completo ya no podía ni siquiera recordar.

> Querido Chris:
> Recuerdo que en nuestra época de estudiantes siempre estuviste interesado en el teatro medieval. En caso de que este siga siendo tu campo, te remito varias notas sobre la materia que ha dejado mi tío, quien murió la semana pasada de cáncer de garganta. Aun cuando era un ejecutivo de una agencia de publicidad, en sus últimos años se había interesado por los autos sacramentales. Estoy seguro de que le alegraría saber que sus investigaciones no fueron en vano, que su trabajo, aunque solo fuese el de un aficionado, benefició a alguien. Con mis mejores deseos.
>
> Jim

Después de que Christopher defendiera con éxito su tesis, ésta fue archivada en la biblioteca de la universidad. Entonces, Susan se hizo con una copia y la comparó con el material que ella había robado. Tal como esperaba, Christopher había incorporado como propia la mayor parte de la información que ella le había enviado.

Susan llamó por teléfono al profesor de Nueva York y, haciéndose pasar por una de sus antiguas alumnas, le informó de que Christopher Tal y Cual, quien recientemente había defendido su tesis doctoral en una universidad del Medio Oeste, podría haber plagiado las ideas que ella recordaba haber oído en las clases del profesor. Después de la

llamada, el profesor hizo rápidamente averiguaciones sobre el caso y pidió a la universidad de Christopher que abrieran una investigación especial.

Christopher no logró explicar satisfactoriamente cómo había llegado a sus manos el material del profesor. Ni siquiera podía recordar el nombre del amigo que, según decía él, le había enviado las notas. Lo echaron de la universidad y su carrera académica se truncó bruscamente.

* * *

Susan me ofreció su interpretación de mi relación con Karen. Para ella, esta relación se beneficiaba a menudo con mi ausencia, cuando, como sucede con la masturbación durante la adolescencia, se podía alimentar libremente de la fantasía. Cuando la distancia nos separaba, Karen se veía obligada a pensar en mí, recordarme, imaginarme como un amante a lo Byron. De tal modo, dijo Susan, que Karen y yo nos veíamos solamente bajo «condiciones óptimas», es decir, cuando ambos nos sentíamos bien, de buen humor y anhelando estar juntos. Lo que Susan quería insinuar era que solo ella, por vivir bajo el mismo techo, había penetrado en la esfera tanto espiritual como física de la identidad de Karen.

Y realmente Susan había llegado a conocer bien a Karen. Había adoptado los amaneramientos y las particularidades del modo de hablar de Karen hasta el punto de que parecía que la imitaba deliberadamente. Al principio se vestía también como se vestía Karen, copiaba el peinado de Karen, se aficionaba a lo que interesaba a Karen, incluso perseguía a los hombres que sabía que habían estado con Karen. Eso continuó hasta que se hicieron íntimas; entonces la seguridad de Susan en sí misma aumentó lo bastante como para desarrollar su propia personalidad.

Una vez Karen sugirió que Susan, ella y yo viviéramos juntos, posibilidad que no presentaba para ellas ningún riesgo. Yo sabía que Karen no estaba insinuando ninguna clase de triángulo sexual; aun así, me preguntaba, ¿quién sería el más fácil de eliminar si nuestra tríada fracasara? Tal idea parece que no había cruzado por la mente de Karen. No iba a admitir que ella dependía de Susan, y se enojaría si yo veía en su relación el dominio; pero ¿qué es lo que ellas dos comparten que yo no pueda compartir solo con Karen? ¿Es Susan un

simple receptáculo de las experiencias de Karen o es ella quien las moldea? A mí no me convencen las explicaciones de Karen, según las cuales Susan es una buena compañera, comprensiva y paciente. Normalmente tales compañeros van y vienen. Conocen a otras gentes, se casan, tienen hijos propios. Pero Susan ya no se trata con nadie más; Karen es su vida. Yo podría darle a Karen seguridad económica, pero no es eso lo que ella desea de mí, y yo no quiero ser el sirviente de Karen más de lo que ella quiere que me convierta en su benefactor. A veces me gusta actuar como su protector y naturalmente quiero que ella se sienta cómoda, pero si nuestra relación ha de seguir adelante al final habrá de elegir entre Susan y yo, entre los dos vínculos muy diferentes que representamos.

No tengo ni idea del lugar que ocupo en la lista de prioridades emocionales de Karen, cuál es mi posición con relación a su trabajo, a sus viajes de placer, a su vida social, o a Susan. La semana pasada, para proteger su esplendorosa imagen en las páginas sociales, Karen voló a Buenos Aires para que la fotografiaran con un montón de millonarios locales, criadores de caballos de carreras. ¿Volaría hasta tan lejos para preservar la imagen que yo tengo de ella?

* * *

Como se están acercando las elecciones, a uno de los candidatos a senador y a su mujer, los Howmet, que son amigos suyos, les deben de haber recordado que estoy de regreso en el país. Mis padres fueron siempre unos republicanos de lo más generosos con que se me animara un poco, también yo podría unirme al partido y apoyarlos.

Acepté la invitación del senador para asistir a una fiesta en los jardines de su finca de Oyster Bay para celebrar el Cuatro de Julio. La velada había de ser honrada con la presencia del vicepresidente, del gobernador y de otras luminarias del Estado y de la nación.

Como la invitación del senador solo estaba dirigida a mí, Karen, molesta de que no la hubieran invitado personalmente, se negó a acompañarme. Tuve que ir solo.

La fiesta en el jardín fue algo muy confuso, en la que se mezclaba la comida, las bebidas y el baile con homenajes *ad hoc* a cargo de estrellas de cine, teatro y televisión. Se nos ofreció un cóctel político a base de discursos, muy bien preparados, de los miembros del comité de reelección del senador, y también hubo unas pocas declaraciones

torpes de algunos de los banqueros que lo patrocinaban.

Feliz de que hubiera llegado solo, Helen Howmet, quien se ha tomado su papel de madrina con tanta seriedad como si el propio Dios la hubiera elegido para ello, no tardó en presentarme a todas y cada una de las debutantes ricas y por merecer que allí había. Sin duda alguna, cada una de ellas habría resultado una esposa de excepción para un flamante director de empresa capitalista. Pero ninguna de aquellas chicas se podía comparar en belleza o porte a Karen; ninguna de ellas me interesó en absoluto.

Al final, agotada por sus esfuerzos de casamentera, Helen Howmet me dejó solo y, cuando me mezclaba con la multitud, me crucé con una cara familiar: Keith Cushman, cuya familia es propietaria de The Cushman, unos grandes almacenes, y quien, como yo, fue un fracaso en Yale y uno de los que se zafó del servicio militar… Otro desgraciado exiliado del sueño americano. Nos conocimos tiempo atrás en un albergue juvenil de Estambul. Luego, se lanzó de cabeza a hacer carrera en biología marina, y todavía recuerdo su entusiasmo infantil por lo que había aprendido sobre la medusa. Ese ser, después de haber sido fecundado, da a luz un pólipo. El pólipo se propaga asexualmente por gemación, pero da a luz una medusa que se reproduce sexualmente; y luego vuelve a empezar otra vez el ciclo, con la medusa descendiendo siempre de los abuelos.

El calamar de las profundidades era otra de las criaturas que fascinaban a Keith. Durante la copulación, el calamar macho bloquea la respiración de la hembra insertando un tentáculo, uno de sus ocho brazos, en la cavidad de la hembra. Al asfixiarse, la hembra lucha para desprenderse, y rompe el tentáculo. Y mientras el tentáculo escindido permanece en el interior de la hembra, el macho mutilado se aleja para desarrollar, con el tiempo, otro tentáculo que sustituya al que perdió. En su momento, la hembra expulsa el tentáculo, que comienza a vivir con vida propia y se convierte en una serpiente de mar, una especie totalmente independiente.

También me encontré con Keith en Amsterdam. Entonces iba en busca de otro objetivo, otra etiqueta para su existencia. Quería poner en marcha una revolución marxista en la semántica, porque aseguraba que el lenguaje contemporáneo había perdido su capacidad de transmitir lo espontáneo y por lo tanto ya no podía servir como una verdadera arma revolucionaria.

A raíz de un fuerte ataque de hepatitis, Keith se había vuelto a

América antes que yo. Ahora había recuperado la salud, y parecía alegrarse de volverme a ver. Con una bebida en la mano, con su habitual voz indiferente y desalentada, me contó que mientras yo estaba todavía vagabundeando por el extranjero se había casado con una joven llamada Deborah, graduada del City College. Sin embargo, añadió que, después de dos años de matrimonio, estaban divorciados.

Le pregunté cómo la había conocido. Me contó que ella fue una de las concursantes de *Cita a ciegas*, un popular concurso de televisión. Frente al público de la sala había tenido que escoger pareja entre tres solteros que quedaban ocultos a su vista, tras un telón.

Desde el momento en que apareció en la pantalla, Keith se dio cuenta de que Deborah era la mujer para él. Keith dijo que en sus viajes había estado en numerosas casas de prostitución, y al regresar a casa sabía muy bien qué era lo que en una mujer despertaba su fantasía. También había salido con muchas chicas, dijo, y era capaz de reconocer cuándo una mujer era lo bastante despierta para permitirle expresarse sexualmente con libertad. En el programa, Deborah estaba magnífica; las preguntas que dirigió a cada uno de los solteros fueron inteligentes e ingeniosas, y sus réplicas a las contestaciones de ellos fueron de verdad fascinantes. Incluso el que eligiera finalmente a Hugh –un rudo ingeniero de la construcción de Dakota del Norte– impresionó a Keith, a pesar de los celos que sentía de aquel completo desconocido que iba a pasar una semana con una criatura tan perfecta como Deborah.

Al final del programa el presentador anunció el premio para Deborah y su pareja: una idílica semana con todos los gastos pagados en Altos de Chavón, un refugio de reciente construcción en la cima de una montaña, casi a trescientos metros de altura, con vistas al verde río Chavón por un lado y al azul Caribe por el otro. Mientras en la pantalla de televisión se proyectaban imágenes de Altos de Chavón, Keith sopesaba que para Deborah él no resultaba más desconocido que Hugh, cuya única ventaja era un breve intercambio de palabras con ella durante el programa. Espoleado por tales pensamientos, Keith decidió salir tras Deborah, la imagen de su enamoramiento televisivo.

El día en que Deborah y su pareja se trasladaron a su suite de Altos de Chavón, Keith se trasladó a la suite de al lado. Cuando descubrió a la pareja tomando unos cócteles en la terraza sobre el río Chavón, se acercó despreocupadamente y se presentó, como norteamericano y

paisano. A la pareja de la *Cita a Ciegas* no les molestó su intrusión; Deborah casi lo agradeció, porque en cuanto a conversación Hugh tenía poco que ofrecer. Keith, zorro viejo en cuestiones de cortesía, no iba a facilitar la vida al de Dakota del Norte. Rápidamente Keith invitó a otros varios estadounidenses huéspedes del hotel (todos conocidos escritores, gente de cine y artistas, que estaban de visita en Chavón invitados por el gobierno local) para que se unieran a ellos, primero en una charla alrededor de unas copas, luego a cenar, y finalmente a una excursión nocturna en canoa por el río hasta un lugar para picnics en una playa del Caribe iluminada por la luna. Y Keith no se detuvo ahí: durante el resto de la semana, en una exhibición de generosidad hacia Deborah, Hugh y los demás «paisanos estadounidenses», organizó excursiones de pesca a las islas vecinas, fiestas en los hoteles frente al océano de la Costasur y visitas a los museos y lugares históricos de Santo Domingo.

La semana transcurrió rápidamente. Pronto se acabó el jugar a ser un acompañante para Deborah y Hugh, que estaban a punto de separarse. Entristecida, Deborah confesó a Keith que sentía dejar tras sí a un compañero tan estimulante, y que esperaba que continuaran su amistad en Nueva York. Su evidente interés por Keith no fue en vano, y cuando el taxi del aeropuerto se acercó y Hugh empezó a cargar las maletas en él, Keith le dijo a Deborah que no quería perderla, que quería que se quedara... no solo en Altos de Chavón, sino en su vida.

Poco tiempo después, Keith y Deborah se casaron. Las notas de sociedad comentaron ampliamente la boda, y la pareja se instaló en un ático de la Quinta Avenida que habían comprado los padres de Keith como regalo de bodas. Allí Keith dio a su esposa un cheque en blanco, para que comprara todo lo que quisiera para ella y para el apartamento.

Dado que la mayoría de los amigos de él, incluido yo, seguían viviendo todavía en el extranjero, dijo Keith, durante su matrimonio tendió a apoyarse en los amigos de Deborah. Los recién casados recibían a menudo, y al poco Keith había conocido a mucha gente, a la que consideraba mucho más interesante que la que le habían presentado jamás sus padres o sus amigos.

–¿Y por qué el divorcio? –pregunté.

–No fue idea mía –dijo Keith, con un toque de vehemencia–. Sucedió sin previo aviso. –Y sintiendo mi curiosidad, continuó–:

Aunque Deborah y yo solo fumábamos hierba, a muchos de nuestros amigos les gustaban las anfetaminas, la cocaína, el ácido… todo lo imaginable… y como buenos anfitriones teníamos en casa amplias provisiones de todo eso. Una noche yo tenía dolor de cabeza y pedí a Deborah un analgésico y pastillas para dormir, que me dejaron fuera de combate. Me despertaron las voces de dos agentes de policía uniformados, que tomaban notas mientras escuchaban a Deborah, de pie ante ellos en camisón. Sobre la mesa estaba mi revólver calibre 45 y junto a él varios paquetitos de los que ofrecíamos a nuestros huéspedes. «¿Qué ha ocurrido?», pregunté, sospechando algún robo. «Mientras estaba usted bajo los efectos de todo eso –dijo uno de los agentes señalando los paquetitos–, trató de matar a su mujercita». Y dirigió la mirada a cuatro agujeros de bala que no estaban allí cuando caí dormido. «Es mucha munición para usarla contra una joven señora indefensa», dijo el otro agente. «Perdiste completamente el control, Keith», dijo Deborah, con voz suave, una expresión de inocente preocupación en la cara, «y gracias a Dios que no me diste antes de caer de nuevo dormido. Pero estoy decidida a no correr más riesgos con mi vida… o la tuya, Keith». Me miró con expresión de juguetón reproche. «Así que llamé a la policía».

»De pronto vi con toda claridad lo que había pasado. Deborah quería un hijo, y cuando descubrió que, a causa de mis genes defectuosos, cualquier hijo nuestro podría nacer con alguna anomalía congénita, decidió divorciarse de mí. Ella sabía que yo la amaba y me opondría al divorcio, de modo que decidió prepararme una trampa. Aprovechándose de todas las pruebas acusadoras (yo no tenía permiso de armas, por no mencionar la cocaína, la marihuana y demás euforizantes que la policía encontró en mi escritorio). Deborah presentó demanda de divorcio. Ganó fácilmente; el arreglo (en el que obtuvo todo lo que pidió) fue para ella como sacar el gordo de Navidad.

Keith quedó pensativo unos instantes.

–Nietszche aseguraba que en la mujer todo es un enigma con una solución: el embarazo. Pero dejemos ya a Deborah –dijo malhumorado–. ¿Y tú qué tal, Jonathan? ¿Todavía sigues enamorado de esa belleza biónica, Karen?

* * *

Para Karen, sus breves relaciones efímeras encadenadas unas a otras son prueba de su libertad y de su victoria sobre una existencia corriente; se niega a hacer lo que sus padres esperan de ella: llegar a ser un día esposa y madre.

Como Karen es lo que yo quiero, posee el secreto de quién soy yo. De modo que mi relación con ella es, para mí, una victoria del conocimiento de uno mismo sobre la experiencia distanciada. Pero Karen, obra de arte viva, existe en lapsos de tiempos tan breves como el contacto de dos miradas. Admirada incesantemente, producto bien pagado de la industria de la publicidad, adora la independencia recién descubierta. Y así los dos (ella Duquesa de la Independencia, yo Duque de la Libertad) no hacemos más que jurarnos uno al otro nuestro amor a la libertad y a la independencia. Incluso de y hacia el otro.

* * *

Anthony fue en otro tiempo ayuda de cámara de mi padre. Hace poco lo invité a comer. Durante la comida, Anthony me reveló por qué mi padre lo había echado. Una de las obligaciones de Anthony era preparar cada mañana la crema de afeitar de mi padre, y una vez por semana insertar una nueva hoja en la maquinilla. Para demostrar su fe en la calidad de los productos hechos con acero norteamericano, mi padre insistía siempre en afeitarse durante siete días seguidos con la misma hoja de acero fabricada en América. Pero, un día Anthony oyó que mi madre se quejaba de que hacía tres días que parecía ,mal afeitado. Desde entonces, sin decírselo a mi padre, Anthony ponía una nueva hoja en la maquinilla cada dos días.

Una mañana, mi padre se volvió hacia él y dijo:

–Ayer me afeité con una hoja que tenía un ligero defecto en un lado. No obstante, era una hoja perfectamente buena y habría debido servirme hasta finales de semana. ¿Qué fue de ella?

–Cambié la hoja, señor Whalen –contestó Anthony.

–¿Por qué? –preguntó mi padre.

–Pensé que podría necesitar una nueva –dijo Anthony.

–No la necesito –replicó mi padre–. Tráigame la vieja.

Bajo la mirada escrutadora de mi padre, Anthony tuvo que admitir que la había tirado y que desde hacía algún tiempo cambiaba las hojas en días alternos. Cuando acabó de hablar, mi padre se volvió hacia él y

dijo con calma:

–Si eso es lo que usted piensa de nuestro acero, Anthony, ya no necesita seguir trabajando para mí. Mi secretario le preparará la cuenta y, cuando haya hecho su equipaje, el coche lo llevará a la estación.

Luego, sin decir una palabra más al hombre que le había servido durante años como un perro fiel, mi padre volvió a su afeitado.

Anthony me contó también importantes verdades que le había enseñado mi padre, quien en los buenos viejos tiempos acostumbraba conversar con él mientras se afeitaba. El día en que mi padre supo que la General Motors había empezado a fabricar el Corvette Sting Ray (un coche deportivo de fibra de vidrio, muy caro, de mercado limitado) rápidamente convocó una reunión de la junta directiva de la compañía. Les dijo que cada veinticuatro horas se añaden a nuestras carreteras diez mil nuevos conductores e igual número de nuevos coches; que el consumidor estadounidense gasta uno de cada cuatro dólares en el automóvil; que la producción de automóviles consume el veinte por ciento de nuestro acero. ¿Qué sucedería con nuestra industria del acero, columna vertebral de nuestra economía, preguntó, si todos los coches estadounidenses se hicieran de fibra de vidrio? A pesar de que Detroit solo tuviera en mente un pequeño mercado para su Sting Ray de dos asientos, su compañía no seguiría vendiendo a la General Motors acero en términos preferenciales. Poco después, al descubrir que la esposa de uno de los altos ejecutivos de la Chrysler conducía un coche pequeño de fabricación japonesa, mi padre telefoneó al marido para preguntarle por qué se lo consentía. Molesto, el ejecutivo replicó que su esposa era una ciudadana libre… libre de conducir cualquier maldito coche que le viniera en gana; e inmediatamente mi padre dejó de hacer negocios con la Chrysler. Eso significaba que solamente suministraba acero en términos preferenciales a Ford y a Studebaker. Unos años más tarde, no obstante, cuando Studebaker anunció la producción del Avanti, su sedán de cinco asientos, de fibra de vidrio y producido para un mercado masivo, mi padre estalló, dijo que aquella acción era un chantaje, retiró su producto y juró que Studebaker pagaría cara su traición a la industria del acero. De hecho, Studebaker se vio poco después enfrentado a serias dificultades financieras y, al borde de la bancarrota, dejó de producir coches en los Estados Unidos.

–¿Ya ha decidido qué es lo que va a hacer, Jonathan? –me preguntó

Anthony–. ¿Se va a dedicar a los negocios? Todavía es joven y sería una verdadera pena que malgastara la vida sin hacer nada… o haciendo lo que no debe.

Anthony parecía pensar que mi vida presente, al igual que los años en que me zafé del servicio militar, entregado a las drogas, no eran otra cosa que una evasión de la responsabilidad. Yo cambié de tema, charlé de mis viajes, le conté cuánto había aprendido en mi exilio. Anthony anotó que yo tenía suerte de ser tan libre… es decir, de tener dinero. Cuando intenté decirle que el dinero no podía comprar la libertad interna que siempre deseé, no mostró ningún interés. Cuando me dijo que me parecía mucho a mi padre, me enfadé. Quería decirle que eso era mentira, como él (un negro, el criado estadounidense arquetípico) debía saber mejor que nadie. Pero me contuve. En lugar de eso, comencé a hablar de algunas de las mujeres que poseí, preguntándole algunas cosas precisas sobre su vida sexual y contándole historias cada vez más descarnadas. Al principio se rio, pero en cuanto los episodios se hicieron más y más lujuriosos y violentos, empezó a sentirse incómodo y, agotado con la simple idea de que semejantes aventuras fueran posibles, se hundió en el asiento. No sé por qué pero, perversamente, seguí hablando hasta estar seguro de que él había comprendido que mi vida estaba más allá de sus experiencias.

* * *

La inquilina de uno de los áticos de mi hotel llamó a la policía por algo que había visto desde el balcón: un hombre, que intentaba atravesar East River Drive a pie en medio del tráfico de la hora punta, había sido atropellado por un coche que no se detuvo después del accidente. La policía tardó treinta minutos en llegar al lugar, y para entonces el cuerpo del muerto estaba completamente triturado. Coche tras coche le habían pasado por encima; ni uno siquiera había intentado aminorar la marcha o detenerse.

Me pregunto si a mi padre se le ocurrió alguna vez que, fueran los automóviles de acero o de fibra de vidrio, habían muerto más estadounidenses en accidentes de automóvil que en todas las guerras juntas en las que había intervenido Estados Unidos durante los dos últimos siglos. O que en cincuenta y tres ciudades de Estados Unidos las carreteras ocupan un tercio del terreno total; que la mitad del

suelo de Chicago, Detroit y Minneapolis está dedicado al tráfico y a los aparcamientos. Mi padre, hombre de negocios e industrial de ideas claras, debería haberse dado cuenta de que el coste social en pérdidas de vida y propiedad causado por los accidentes era diez veces más elevado que el causado por toda la violencia y los crímenes combinados. Y si se había dado cuenta y no se manifestó contra tal destrucción, entonces, ¿es que lo guiaba (o lo corrompía) la avidez de beneficios?

* * *

> Cuanto menos eres, menos puedes expresar en tu vida, cuanto más tienes, mayor es tu alienación y más almacenas en tu vida enajenada. Todo lo que los economistas políticos te quitan en cuanto a vida y humanidad, te lo devuelven en forma de dinero y fortuna, y todo lo que tú no puedes hacer, lo puede hacer por ti el dinero: puede comer, beber, bailar, ir al teatro, puede apoderarse del arte, de los conocimientos, de los hechos históricos, del poder político, puede viajar, todo eso es capaz de hacer por ti; puede comprarlo todo; es auténtica riqueza, auténtica habilidad. Pero, por ello, solo gusta de crearse a sí mismo, comprarse a sí mismo, porque en resumidas cuentas todo lo demás está a su servicio. Y cuando poseo al dueño poseo al sirviente, y no tengo ninguna necesidad del sirviente. Así que toda pasión y toda actividad terminan en avaricia.

Así dice Karl Marx.

¿He llegado a un punto muerto espiritual? ¿He sido repudiado por la vida? ¿Necesito trabajar, a pesar de mis rentas, al igual que las masas que toman diariamente el metro o conducen durante horas para ir y venir de un agobiante trabajo de ocho horas? ¿O tengo que entrar en competición con los capitanes de la industria, que siguen trabajando para aumentar su poder y su riqueza?

¿Por qué debería hacerlo? Mi capital, invertido y reinvertido por mis agentes de bolsa, se incrementa por sí solo tan de prisa que posiblemente nada de lo que yo pudiera emprender haría que aumentara de forma apreciable.

Y finalmente, ¿por qué habría de sentirme incómodo por disfrutar de la riqueza que me ha llegado legítimamente, que se originó en el duro trabajo de miles de hombres y que ahora beneficia a otros miles de personas que, gracias a él, tienen empleo y son productivas? ¿Por qué habría de llevar una vida de avaro con una renta de millonario?

Si hubiese tenido talento, este me habría definido como escritor, compositor, pintor o escultor, y me habría ganado un lugar en la sociedad. Pero el talento es un bien que ni siquiera yo puedo comprar. Mi único recurso, entonces, es encontrar una actividad natural y espontánea que me permita conocerme a mí mismo y a los demás… y no hacer daño a nadie.

Bien, la encontré.

> La inmediata, natural, necesaria relación de ser humano a ser humano es la relación de hombre a mujer… Por lo tan-to, esta relación es reveladora, en un sentido sensual, reducido a un hecho observable, de hasta qué punto la esencia humana se ha convertido para el hombre en naturaleza o la naturaleza se ha convertido en esencia humana.

Eso lo habría podido escribir yo, pero no lo hice. Lo escribió Karl Marx.

* * *

Karen habla con cariño de Ámsterdam y le encanta que la contraten para posar allí. Dice que es una ciudad esencialmente civilizada, donde no se ve obligada a adaptarse, donde casi todo el mundo habla inglés, y donde a nadie le importa si duerme con un hombre, con una mujer o con los dos al mismo tiempo. Verdaderos protestantes en el fondo de su corazón, los holandeses han relegado el sexo al reino de los deberes conyugales o al de las diversiones turísticas y lo miran solo como uno de los muchos aspectos de la vida; al hacerlo, alejan efectivamente toda la fuerza que pudiera tener como obsesión amenazante.

La respuesta de Karen a Susan se le parece mucho: Susan es familiar, fácil de contentar, cómoda, y –con Karen– actúa espontáneamente. Cada una responde a las necesidades de la otra, incluso cuando las necesidades son inconvenientes o llegan en un punto inconveniente. No obstante, sospecho que incluso con Susan, Karen no lo revela todo y, si a veces son amantes, sigue siendo sexualmente ambigua… y no se compromete.

* * *

A pesar de las poses libidinosas con que sorprende Karen en los anuncios y en las fotos de modas, su sexualidad obsesiva no encuentra

expresión en las cartas que me envía, ni siquiera en los poemas que de vez en cuanto escribe. A pesar de todos sus experimentos sexuales con hombres, mujeres y parejas, y de sus contorsiones en la cama, espontáneas o a menudo inducidas por la droga, sospecho que conmigo sigue siendo sexualmente muda, incapaz de dar voz a sus muchos instintos. Le sugerí que pensara en la posibilidad de escribirme cartas íntimas en tercera persona, como cuando hace de modelo y le piden a menudo que represente a otra mujer. Eso le daría libertad para atribuir a su protagonista sus deseos y pensamientos personales, por más extravagantes que fueran, libertad de la que han gozado durante siglos los novelistas y narradores de todo tipo. A ella esa idea no se le había ocurrido nunca.

* * *

Después de almorzar con dos de mis antiguos fideicomisarios, volví al hotel y empecé a llamar a algunos amigos cuyos nombres y números de teléfono encontré en mi vieja libreta de direcciones, pero no pude dar con ninguno de ellos. Todo el mundo debe de haber cambiado de domicilio mientras yo estuve fuera. Da lo mismo. Al contrario que Karen, a quien le encanta estar colgada del teléfono durante horas, yo lo odio. Hablar por teléfono es otro sustituto más de la verdadera intimidad; un poco como mirar la foto de alguien en lugar de estar con él o ella en persona. Cuando llamé a Karen, no obtuve contestación, así que después de tomar unas copas volví a llamar. Esa vez contestó. Parecía estar bebida, y podía oír la voz de Susan al fondo. Karen lanzaba risitas y parloteaba, y yo, imaginándomelas haciendo el amor, empecé a masturbarme, pero no pude terminar. Me tomé un somnífero, me adormilé y desperté en medio de la noche con deseos de estar con alguien… quien fuera. Pensé en invitar al portero del vestíbulo a tomar una copa, luego en llamar al 2001 para pedir una chica a domicilio, pero, todavía mareado, no estaba seguro de estar de humor ni para una cosa ni otra. Durante todo el tiempo, una voz inquisitiva me repetía: ¿y si eso fuera la locura? ¿Qué sucede después? ¿Qué pasaría si solo yo conociera mi estado, mientras los demás siguieran suponiendo que estoy sano, que soy normal? Si todo lo que pienso está distorsionado por mi enfermedad, ¿cómo puedo yo, enfermo mental, buscar ayuda?

Tomé algunos somníferos más, volví a caer dormido y soñé con mi

madre. La vi sola, en uno de sus ataques, recorriendo su dormitorio de un lado a otro, buscando, como un ladrón presa del pánico, las drogas que había ocultado a la enfermera. Miraba debajo del tapete de la mesita de noche, en la cama, entre las sábanas, entre los libros y las revistas. Antes de que apareciera la enfermera, mi madre se había tragado varias píldoras. Después, le dijo a la enfermera que quería ir a buscar un libro, bajó corriendo las escaleras hacia el bar que estaba junto a la biblioteca y vació una media botella de whisky. Volvió arriba a toda prisa, puso la televisión y se fue a la cama. Mientras el alcohol y las drogas apaciguaban su angustia, se fue quedando dormida bajo la vigilante mirada de la enfermera.

En el funeral de mi padre no hubo sensación alguna de la presencia de la muerte. En lugar de eso hubo discursos, toneladas de flores, largas colas de coches con las luces encendidas, fotógrafos, cámaras de televisión, multitudes esperando bajo la lluvia con los paraguas negros abiertos, y un helicóptero de la policía revoloteando discretamente sobre el cementerio. Eso fue todo. Nunca vi el cadáver de mi padre. Ahora quisiera resarcirme de esa sensación imaginando la muerte de mi madre.

* * *

Cuando estoy deprimido, las dudas invaden mis emociones y la desesperación corroe mi intelecto. Al revés de lo que ocurre con mis impulsos naturales hacia el sexo, el sueño y la comida, mi depresión nace de no lograr armarme moral, espiritual y filosóficamente contra esas dudas y esa desesperación. Ayer por la tarde me habría sido igualmente fácil hacer otra cosa, pero para embotar la mente elegí estar deprimido, es decir, volver a representar un viejo rito familiar. Volver a representar el rito me hace sentir como si controlara mi depresión en lugar de ser lo contrario: el ritual hace que la depresión parezca premeditada, y que esa disposición de ánimo, aunque dolorosa, parezca casi calculada y previsible.

* * *

Karen y yo fuimos al teatro Manhattan Transfer de Broadway para ver la reciente adaptación teatral de *El financiero*, de Theodore Dreiser. Durante el intermedio, muchos de los espectadores reconocieron a Karen. Se le acercaron hombres y mujeres, viejos y jóvenes, vestidos

de forma variopinta, desde trajes de noche hasta ropa de trabajo, camisa y vaqueros, felicitándola por «ser quien era», por «estar estupenda en ese anuncio de pantalones», o diciendo: «a usted la he visto en la televisión, ¿verdad?», «usted es famosa, ¿verdad?», «es usted la chica estadounidense más bonita que ha existido». Toda esa gente bien intencionada trató a Karen como si fuera una actriz del teatro o de la pantalla, como si su belleza fuera el resultado de un raro talento dramático desarrollado a costa de duro trabajo.

Como es de suponer, los más entusiastas fans de Karen eran hombres. Mirándola seductoramente a los ojos, vinieron uno tras otro a rendirle tributo, susurrando, gimiendo o murmurando cosas tan profundas como: «es usted todavía más bonita que en los anuncios de la televisión»; «es usted demasiado hermosa para ser real»; «¿quiere que mate a alguien por usted?»; «es usted el sueño de todos los hombres»; «después de verla a usted, odio a mi novia». Mientras Karen aceptaba sus tributos con encanto, elegancia y un «muchas gracias» a medida, ofrecido sinceramente, descubrí que me invadía la irritación y me ponía celoso. ¿Es que esos patanes de la seducción estadounidense, esos tenorios de charcutería, no se daban cuenta de que si realmente Karen fuera tan famosa como ellos pensaban ya habría elegido a su hombre? ¿O a varios hombres? ¿Y yo, qué? ¿Quién creían que era yo? ¿Qué creían que hacía yo, sentado allí junto a ella, con su mano en la mía?

Leí en el programa que en *Un libro acerca de mí*, Theodore Dreiser confesaba que se había instalado en Nueva York para hacerse rico y famoso. «En Nueva York –decía– todo estaba siempre en construcción: las fortunas, el arte, la vida social y comercial. Lo más impresionante de la ciudad eran los ricos, con sus casas, sus fábricas, sus clubs, sus edificios de oficinas, sus instituciones comerciales y de placer». Según los críticos y los eruditos, el personaje de Frank Cowperwood, protagonista de *El financiero*, estaba basado en la vida de Charles Yerkes, el rey de los tranvías norteamericanos, contemporáneo de Dreiser. Yerkes era fino, guapo, un hombre erudito y sibarita que coleccionaba arte y al mismo tiempo era el amante de algunas de las mujeres más estupendas de su época. Dreiser, que ambicionaba fama, bienestar y libertad personal, encontraba fascinante la imagen de Yerkes. Al igual que Yerkes, Dreiser era un aventurero sexual: una vez, hombre maduro ya, mantuvo relaciones con una chica de diecisiete años. Además, Dreiser se daba cuenta de

que tanto él como Yerkes eran innovadores sociales, que trazaban amplios esquemas para que otros los siguieran… Yerkes en las finanzas y en la industria, Dreiser en sus novelas.

En sus *Máximas de la felicidad*, Charles Yerkes tenía algunas cosas que decir acerca de la adquisición de riqueza; entre ellas: «la riqueza no compra la felicidad; compra el lujo» y «el amor a la riqueza que nunca se puede obtener es lo que hace a los hombres infelices y los lleva a menudo a cometer iniquidades. No todos podemos ser millonarios». Pero ni siquiera Charles Yerkes tenía consejo alguno que dar a aquellos que nacimos millonarios.

Al leer acerca de la vida de Dreiser y su fascinación por el dinero y el poder, y por Charles Yerkes, cuya vida utilizó como modelo para las tres novelas de su «trilogía del deseo», yo me preguntaba si, en el caso de que Theodore Dreiser se hubiera casado con mi madre viuda, habría sido capaz de presentar un retrato verdadero, convincente y dramático de un tal Jonathan James Whalen, su vástago millonario.

* * *

Más tarde Karen y yo fuimos a comer a Babbitt, el nuevo y lujoso club árabe, donde unos tipos melosos, embutidos en sus esmóquines, de modales extranjeros y oliendo a dinero, hicieron su numerito ante ella, sonrieron y susurraron cumplidos al pasar nosotros a su lado. Incluso cuando ya nos habíamos sentado a nuestra mesa, seguían con la vista fija en ella.

Uno de ellos era particularmente persistente. Era de una obesidad anormal: capas de grasa le hinchaban mejillas y barbilla, le rodeaban el cuello, le caían como un manto por los hombros y los brazos. Estaba sentado a la cabecera de una mesa donde cuatro o cinco parejas –lo adiviné por los brindis– celebraban su cumpleaños. No obstante, desde el momento mismo que aquel glotón vio a Karen, quedó casi tan hipnotizado por ella como lo estaba por la comida. Solo apartaba la vista de ella cuando la ocupaba en otro bocado de carne o de patatas, se servía ensalada, queso o un gran pedazo del pastel de cumpleaños... todo engullido con infinita voracidad.

Llamé al *maître* y, señalándole discretamente al glotón, pedí el pastel de chocolate más suculento del restaurante y solicité que lo enviaran a su mesa y lo anotara en mi cuenta. A los pocos minutos el *maître* entregaba el pastel, indicando que era un regalo de mi parte. Acostumbrada a mis bromas, a Karen aquello la divirtió.

El glotón estaba encantado. Mientras sus compañeros de mesa se volvían a mirarme, a mí, el benefactor anónimo, el glotón me dio las gracias agitando la mano. Feliz con aquella nueva oportunidad de atiborrarse, empezó a devorar grandes cantidades de pastel mientras sus amigos y Karen lo contemplaban.

Cuando terminó el último bocado, el glotón se levantó de su asiento y su enorme corpachón atravesó el comedor poniendo rumbo hacia nuestra mesa.

–Ha sido muy amable de su parte y de parte de su dulce damita –me dijo, sin quitar los ojos de Karen–. Una gran cortesía. –Y luego, volviéndose hacia Karen, ocultándomela casi con su enorme barriga, dijo–: ¡Y le aseguro que, igual que me he comido el pastel, podría comerme entera a esta dulce damita!

Yo le di unas palmadas en el hombro:

–Todavía no me ha preguntado por qué le he mandado el pastel –

dije, todo amabilidad.

El glotón se volvió hacia mí:

–¿Por qué lo hizo? –preguntó, perplejo.

–Un arrebato de locura –dije–. Sabía que uno no puede tener el pastel y a la vez comérselo. –Le sonreí dulcemente y añadí–: Además existía también la tentadora posibilidad de que diera otro bocado más y se cayera muerto… ¡ahí mismo, frente a mí y a mi dulce damita!

* * *

Cuando yo era niño, mi padre solía llevarme en coche a dar paseos por el campo, a las afueras de Pittsburgh. Me permitía sentarme a su lado y mientras él se ocupaba del embrague yo podía manejar la palanca de cambios. Una tarde pasamos junto a dos hombres con chaquetas de cuero y gorras de cazador que corrían por la carretera y llevaban sendos rifles. Al oír disparos, mi padre detuvo el coche y pronto aparecieron los cazadores arrastrando un ciervo muerto. Aunque a mí me tenía fascinado la idea de cazar un animal tan bien dotado, que podía ganar a la carrera a un hombre, mi padre estaba horrorizado por lo que veíamos. Al entregarse al bajo placer de matar criaturas mucho más débiles que ellos, dijo, los hombres se convierten en nazis espirituales, que al final pueden incluso perder el respeto por las vidas de los seres humanos a los que consideren inferiores.

* * *

Le conté a Karen que siempre que hago el amor con una mujer que tiene la menstruación, la vista de su sangre y el aroma natural y picante de su vagina me vuelven más activo sexualmente, casi agresivo, lo que podría ser una regresión atávica.

Una vez estuve en la cama con una chica que, a pesar de padecer una infección de hongos, no quería tratarse con productos farmacéuticos ni duchas desinfectantes porque creía que ello alteraría irrevocablemente las funciones naturales de su cuerpo. Estábamos desnudos los dos, besándonos y acariciándonos, pero su olor fétido me impedía excitarme. La chica empezó a preocuparse por mi incapacidad de lograr la erección, y yo, en vez de simular que tenía dolor de cabeza o algo semejante, le dije la verdad y le sugerí que se duchara o se introdujera un supositorio perfumado. Entonces, la chica me acusó de insensible y de tratarla como a una puta. Fueron inútiles

todos mis argumentos y nos separamos enemistados.

–Me gusta tener el período –afirmó Karen–. El flujo continuo de sangre hace que me sienta como donante de la naturaleza. Odio las píldoras anticonceptivas porque reducen mi flujo. Prefiero jugar a la ruleta vaticana: el método del calendario rítmico.

»Ningún ser saludable debería preferir el sabor y el olor de lo sintético (las duchas de fresa, jazmín, flor de azahar o champán) al olor agrio de las secreciones de su propio cuerpo. –Hizo una pausa mientras pasaba revista a sus argumentos, y luego continuó–: Nos obligan a tomar la píldora, a ponernos diafragmas, a ducharnos, a depilamos, a hacernos la manicura y la pedicura y a suprimir los olores que a ellos no les gustan. Puede que logren penetrar nuestros cerebros como penetran nuestras vaginas... pero nunca entenderán nuestra biología.

No dijo quiénes eran «ellos», pero logró recordarme que, como hombre, estoy incapacitado para comprender qué es lo que hace que una mujer sea una mujer.

* * *

Le mostré a Karen algunas revistas y folletos para hombres, llenas de anuncios de sexo en venta, la mayoría de los cuales llevaban fotografías de mujeres jóvenes y bien formadas, desnudas o semidesnudas, junto con los números de teléfono. Los anuncios decían: «Norma posee un toque de distinción. Disfruta de la distinción de tocarla». «El padre de Georgina la odia por lo que hace. Tú la amarás por eso mismo». «Rona, el juguete de su dueño: pégame, azótame, átame». «Tengo dieciocho años, soy alta, de garganta profunda, llena de tetas, culo y piernas para que tú juegues. Corre hacia mí y yo haré que te corras. Tuya, Bettina». «Yolanda, una belleza angélica de bestial lujuria. La pureza que a ti te gusta mancillar». «¿Pagas los gastos a tu amiguita cuando sales con ella? ¿Por qué no pagarme a mí, la muchacha de tus sueños, en la que puedes entrar?». «Soy Tara. Me has visto en lujosos anuncios de modas... hacer el amor conmigo es un lujo, cualquiera que sea la moda».

–Para un hombre, pedir y obtener el tipo de relación sexual que desea es mucho más fácil –dijo Karen en respuesta a esa exhibición de sexo en venta–. Puedes llamar a cualquiera de esas mujeres, tratarlas

como si fueran mujeres decentes, pagarles para que representen tus fantasías y después no sentir ningún remordimiento. Durante siglos, joder con una prostituta ha sido un derecho del hombre. Pero si yo fuera a alquilar por una noche a un gigoló, me sentiría como una drogadicta indefensa que entretiene a alguien que se ha escapado de la cárcel.

Empezó a evocar el pasado. Cuando tenía seis años, dijo, al jugar con los demás chiquillos empezó a buscar el placer sexual frotándose contra la columna de un tobogán o presionando su cuerpo contra la lona áspera de la hamaca del porche. Desde el principio, en ella la masturbación fue instintiva, nunca tuvo que enseñarle nadie cómo procurarse el placer, y al aumentar sus necesidades sexuales descubrió que mediante la prolongación de la autoestimulación podía conjurar imágenes de sí misma con otros y alcanzar finalmente un clímax que rompía la tensión y la calmaba.

–Cuando de jovencita hacía el amor contigo, Jonathan –dijo Karen–, ya había descubierto que si tú eras rápido y violento y penetrabas profundamente en mí, me corría solo una vez, tan de prisa como tú, dejándome sin aliento y desmelenada, pero siempre desde lo más profundo. Por mí misma, o con un hombre (o una mujer) inclinado a los besos y juegos preliminares, puedo llegar una y otra vez al clímax, durante horas y horas, pero nunca pierdo el control. –Hizo una pausa–. Estoy condicionada para sentir placer solo al dar placer a otros. Cuando un hombre me pregunta cómo puede darme satisfacción, qué quiero que me haga o cómo lo veo en mi fantasía, me da un calambre mental y no se lo puedo decir. Después de tantos años aún no tengo el valor ni me abandono lo suficiente como para utilizar a un hombre para mi placer personal, o incluso darme satisfacción mientras él me contempla… una de las cosas que en mi fantasía más me calientan. Para agradar al hombre, normalmente simulo el orgasmo y, aunque pueda repelerme mi propia cobardía, lo desprecio a él por inducirme a simular.

* * *

Hace poco, Susan estaba fuera de la ciudad y Karen se fue al cine con un matrimonio que conoció por casualidad. Después, los invitó a tomar una copa en su casa.

Al quedarse un momento a solas con Karen, la esposa, una mujer

tímida y flemática de figura cimbreante, confesó inocentemente a Karen que su matrimonio estaba en peligro: su marido le había contado que, durante sus viajes de negocios lejos de casa, dormía con otras mujeres y que a veces iba solo o con una mujer a uno de esos clubs en donde se hace el amor en grupo.

Mientras bebían, el marido, un hombre jovial y bien plantado, se insinuaba a las dos, a Karen y a su mujer. Luego preguntó a Karen si él y su mujer podían hacer el amor en uno de los dormitorios, y Karen les ofreció fríamente la habitación de Susan. Cuando Karen estaba a punto de dejarlos allí, la esposa la abrazó cariñosamente y le dijo:

–Quédate con nosotros. Somos gente liberal.

Karen vaciló.

–Sí, por favor, únete a nosotros –dijo el marido, secundando a su mujer–. No tendrás que hacer nada; a nosotros nos gusta que nos observen.

Intrigada por saber su propia reacción al estar en la cama con gente a la que apenas conocía, Karen consintió. Todos se desnudaron y se metieron, un poco incómodos, en la cama matrimonial de Susan. La pareja empezó a acariciarse y luego Karen se sintió excitada al ver cómo el marido tomaba enérgicamente a su esposa. Cuando, desde debajo del cuerpo de su marido, la esposa alargó la mano y buscó primero los senos de Karen y luego la deslizó hacia abajo, Karen se abandonó a su propia necesidad y besó en la boca a la mujer, y después le besó los pezones y el vientre, y luego se hizo sitio entre el marido y la mujer. Animado por la excitación de la esposa y de Karen, el marido comenzó a acariciar el muslo de Karen; luego, con el mudo consentimiento de ella, empezó a penetrarla suavemente y después fue alternando sus embestidas entre Karen y su mujer, mientras las dos mujeres permanecían absortas en él y la una en la otra. Durante toda la noche la iniciativa pareció partir de la esposa, y al final Karen cayó en la cuenta de que la mujer había urdido una trama matrimonial: al seducir a Karen, intentaba convertirse en la compañera imprescindible para las necesidades de su marido.

Mientras escuchaba de boca de Karen el relato clínico del incidente que –según admitió– era solo uno entre otros muchos incidentes semejantes, me preguntaba: ¿había sido elegido yo, como amante suyo, para ser el único con quien ella no tenía secretos, o era simplemente otro más?

* * *

Recibí una nota de Helen Howmet:

«Querido Jonathan: por si todavía no lo has visto, te adjunto un artículo que te puede interesar. Cariños, Helen».

El artículo era una historia ilustrada de un semanario «del corazón» con base en Manhattan, que aseguraba que Cyrus Rawleigh, «el joven tejano propietario de *Rawleigh Gas and Oil*» y Karen, «una de las modelos norteamericanas más cotizadas», se habían convertido en incesantes viajeros y disfrutabande su mutua compañía tanto en elegantes lugares de vacaciones como en islas remotas. Las fotografías que ilustraban el artículo mostraban a Karen y Cyrus Rawleigh bailando en Saint Tropez, tostándose al sol de las Bahamas en el yate de Rawleigh y descansando cómodamente en el patio del rancho que él tenía en San Antonio.

En una época en la que las páginas de chismes mencionan a las modelos y actrices solteras junto a las herederas y a las directoras de grandes empresas como las casaderas más codiciables, Karen era una de las que consistentemente iba a la cabeza en esa carrera matrimonial organizada por los periodistas de las revistas del corazón. Descrita a menudo como «belleza con certificado de garantía» y «la perfecta compañera para el hombre que ya lo tiene todo», aquel año había sido también seleccionada por todos los grandes columnistas de la chismografía como el miembro más reciente en la Lista de elegibles para el cuadro de honor de los famosos.

Cuando le preguntaron por qué su nombre iba casi siempre unido solo al de millonarios, supuestamente Karen contestó: «quizá porque ellos me inducen a seguir siendo independiente, dedicarme a mi carrera y ser sanamente egocéntrica». Ahora ya he aprendido a tomar toda esa basura verbal con grandes dosis de sal. No obstante, al contemplar las fotos de Karen con Rawleigh, su actitud me llenó de alarma: era la de una mujer enamorada.

Llamé a Karen y contestó Susan. Antes de llamar a Karen para que se pusiera al teléfono, Susan me advirtió que Karen acababa de regresar de unos trabajos en Alaska y Brasil, y que estaba cansada y tenía una infección en la garganta.

La voz de Karen sonó amistosa. Estaba ansiosa por verme, dijo, y pasar tiempo juntos. Ahogando toda emoción en mi voz, dije que me gustaría mucho y que esperaba poder conseguir que se sintiera tan

cómoda conmigo como parecía haberse sentido con Cyrus Rawleigh. Ella guardó silencio un momento; luego dijo con cierta brusquedad que Cyrus era un viejo amigo de confianza. Cierto que se sentía cómoda con él, dijo, porque para Cyrus ella lo era todo en este mundo y no solo un puente hacia él. Como si lo acabara de recordar, mencionó que más o menos una semana después, ella y Cyrus pensaban pasar unos días en los montes Laurentinos canadienses, donde el descanso y la altitud quizá le curaran la infección de la garganta. Habló despreocupadamente de su trabajo futuro, de la película que estaba haciendo y de una granja de cría de caballos de carreras en Maryland que estaba pensando en comprar, como inversión y como medio para pagar menos impuestos. Luego, sin volver a mencionar a Cyrus, prometió llamarme pronto y colgó.

Mi primera reacción fue de celos, que pronto dio paso a pensamientos contradictorios. ¿A qué me oponía yo? ¿A que se hubiera enamorado de otro hombre? Pero ella tenía derecho a enamorarse. ¿A que no me lo hubiera dicho? ¿Por qué tenía que hacerlo? ¿Acaso era yo su confesor-amante? Y, de cualquier forma, ¿qué esperaba de ella? ¿Que me enviara semanalmente cuenta de lo que pensaba? ¿Que me suscribiera a sus estados de humor? ¿Un teletipo de su vida sexual?

Decidido a serenarme, puse la televisión. Mientras pasaba de un canal a otro, vi el famoso anuncio de Karen para el champán nacional dos veces en una hora. Cuando a través de la pequeña pantalla -el paisaje pictórico típico estadounidense- su sonrisa y sus caderas relucían húmedas, pensaba en Cyrus Rawleigh. ¿Se creería el único propietario de la sonrisa y las caderas de Karen?

Después del anuncio de Karen entrevistaron a Louise Hunter, una joven actriz de Broadway a quien recordaba de *El financiero*, y le preguntaron qué perspectivas de arreglo había en la huelga de actores que duraba ya dos meses. Louise Hunter era de una belleza sin tacha, con un cuerpo delgado, suave y sinuoso. Al oírla decir que la huelga había puesto en peligro tanto su seguridad económica como la de su marido, también actor, caí en la cuenta de lo que debía hacer. Llamé por teléfono a una de las secretarias y le pedí que invitara a la Hunter a cenar conmigo para hablar de la posibilidad de un contrato para representar un papel.

La secretaria se ocupó de hacer los arreglos para que cenáramos a la noche siguiente en el American Mercury, el restaurante más caro

del país.

Mientras el *maître* acompañaba a Louise Hunter a mi mesa, noté que a ella le sorprendía mi aspecto.

–Por las referencias, señor Whalen, creí que sería usted algún viejo zorro capitalista que quería invertir en una obra… o en una actriz… por alguna razón especial.

Hablaba con la naturalidad y el encanto que da el talento profesional.

–Y estaba en lo cierto, señorita Hunter. Quiero invertir en una obra muy especial, y quiero que sea usted la estrella de la obra –dije mientras tomaba su mano suave y fina.

–Me halaga; cuénteme más detalles –dijo, sonriendo cortésmente.

Pedimos las bebidas y nos miramos con cierta timidez.

–Es la historia de un hombre –dije–. Un joven plutócrata norteamericano. Su amante, una famosa modelo estadounidense cortejada y admirada por muchos hombres poderosos y ricos, no corresponde enteramente a su amor.

»Un día, él contrata a una joven y bella actriz de Broadway para que lo acompañe a Londres durante una visita turística de tres días, durante la cual lo único que ella debe hacer es simular que acaban de enamorarse locamente uno del otro y que están en Londres para ocultar su amor al mundo… el mundo de su celoso marido y de la amante del plutócrata. Mientras el joven plutócrata y la actriz salen a cenar, bailan, visitan los lugares turísticos y disfrutan de su mutua compañía en el hotel, los siguen docenas de fotógrafos y escritores de chismes, contratados por el plutócrata. Cuando la historia de su aventura aparece en las páginas de sociedad de todos los periódicos del país, la amante del plutócrata se da cuenta de que no es el único amor de él y se pone celosa. Lo cual es un final feliz perfecto, puesto que el objetivo del viaje era provocar los celos de ella.

–Interesante –dijo Louise Hunter–. ¿Será una obra de teatro o una película?

–Ni una cosa ni otra –contesté.

El *maître*, el *sommelier* y los camareros se afanaban a nuestro alrededor, y pude percibir que su curiosidad iba en aumento.

–¿Qué será, entonces? –preguntó ella.

–Un *happening* –dije con calma–. Un psicodrama de la vida real, financiado por mí, en el cual yo seré el plutócrata y usted la actriz.

–Mire, soy tan estúpida que creí que hablaba en serio –dijo Louise

Hunter, visiblemente molesta.

–Estoy enamorado de una mujer, una modelo, que no se siente conmigo todo lo posesiva que debiera –dije–. Es muy importante para mí que usted provoque sus celos...

–Pero no lo es para mí –me interrumpió–. Es un papel de escaso atractivo –sus modales ahora eran fríos y desafiantes.

–Puede ser –asentí–. Pero trata del amor, y como dice Yeats: «alza el amor su mansión / en el lugar del excremento: / que lo que no fue arrendado no puede estar solo ni entero». De cualquier forma, si se decidiera a aceptar, por esos tres días en Londres cobraría probablemente tanto como por actuar tres meses en *El financiero*.

–Pero ¿por qué yo? –exclamó–. ¡Cuando hay tantas mujeres que ejercen de compañeras profesionales!

–Usted es muy conocida: hoy en día se ha de ser algo más que rico para salir en las columnas de chismes. Usted tiene talento; lo único que yo tengo es dinero.

Inclinándose hacia mí, me miró inquieta:

–Pero toda esa publicidad logrará que crean realmente que usted y yo hemos sido amantes. ¿Y luego qué? ¿Qué me dice de Frank, mi marido?

–Dígale que se va a ir conmigo a Londres para representar a una amante en un corto publicitario... ¡no para convertirse de verdad en eso! Ustedes dos son actores; la publicidad es lo más normal en sus vidas; ¡y ese viaje hará impacto en el público! ¿Por qué habría de oponerse él? Es la verdad.

Bajando la vista, Louise Hunter sopesó gravemente lo que le había dicho.

–Hay varias obras en Londres que me gustaría ver –dijo.

–Entonces las veremos juntos –dije, mientras el camarero servía más champán.

* * *

Para ahorrar energías y hacer más cómodo nuestro viaje a Londres, reservé seis asientos, tres en cada fila, para utilizarlos como camas durante el vuelo. Aprendí el truco de mi madre, quien además siempre viajaba con una cesta de comida preparada por nuestro *chef* francés. El avión iba repleto, y tanto los demás pasajeros como las azafatas nos echaban miradas claramente burlonas a Louise y a mí,

espatarrados en nuestras cunas privadas. En cierto momento, al pasar junto a mí por el pasillo, una mujer me preguntó sarcástica:

–¿Qué les hace a ustedes ser tan especiales?

–Una afortunada injusticia –contesté–. La belleza de mi amiga es su fortuna; la fortuna es mi belleza.

La empresa especializada en relaciones públicas que había contratado sugirió que fuera Louise Hunter y no yo el cebo para la prensa británica y norteamericana. Me aseguraron que, a través de ella, los medios de comunicación se fijarían al final en mí.

En el aeropuerto de Heathrow fotografiaron y entrevistaron a Louise para la televisión británica y para varios periódicos y revistas. En el hotel, donde ocupamos a propósito suites separadas pero contiguas, para mantener el pretexto del secreto, ella se negó a recibir a la prensa. No obstante, bien alertados ya entonces de nuestra presencia, durante todo el primer día en la ciudad los fotógrafos británicos siguieron a nuestro coche y dejamos que nos atraparan en varias ocasiones. La prensa disfrutó especialmente fotografiando a Louise durante nuestra cena en Baobab, y más tarde en el Cockpit, una discoteca de moda donde Louise se presentó con un vestido que mostraba más de lo que cubría.

Mientras bailábamos, la visión de sus pechos, de su boca junto al lóbulo de mi oreja, y el roce de sus caderas, me excitaba, y me acerqué a ella como si fuera mi amante. Inmediatamente su reacción me recordó que estaba pidiendo más de lo que habíamos convenido.

Durante todo el transcurso de nuestro psicodrama londinense, mientras nos tomábamos de la mano, nos abrazábamos, nos besábamos y nos mirábamos a los ojos en beneficio de los fotógrafos, la amistosa complicidad que Louise simulaba me ayudó a comportarme como si estuviera apasionadamente enamorado de ella.

Me contó que su marido se había mostrado más comprensivo acerca de la naturaleza de nuestro contrato de lo que ella esperaba, y que no creía que su actitud cambiara por más publicidad y chismes que hubiera sobre nosotros dos.

Las primeras menciones de nuestra escapada, acompañadas de fotografías, comenzaron a aparecer en los tabloides de Nueva York dos o tres días después de nuestro regreso. A ellas siguieron artículos más largos, e igualmente llenos de chismes, en los suplementos dominicales, y al final las secciones de «gente» de las revistas de difusión nacional recogieron la historia.

En la mayoría de los casos, a Louise la llamaban «la joven estrella de Broadway, la de *El financiero*»; a mí me describían de varias maneras, «uno de los socios del grupo de empresas de su padre», «heredero de la más importante fortuna de América en hierro y acero», «el Narciso de Whalenburg» y «el huérfano de oro del último magnate». Por fin comprendía por qué los de relaciones públicas solo habían garantizado la difusión de la historia, no la historia en sí, que los columnistas redactaban con la apariencia de un comentario social, aunque lo que de verdad revelaban en sus escritos era el maridaje adúltero entre el chismorreo como gran negocio y el periodismo estadounidense como medio de libre expresión.

Lo que yo esperaba anhelante ocurrió finalmente: Karen me telefoneó para hablarme de mi escapada a Londres:

–No sabía que te gustara la comedia ligera… ¿o habría que decir las actrices ligeras?

Simulé que no sabía de qué me estaba hablando:

–¿Qué comedia?

–Toda la ciudad habla de ello. No puedo abrir un periódico sin toparme con fotos en las que te cae la baba ante Louise Hunter.

Fingí despreocupación:

–Me gusta Louise y me gusta verla de vez en cuando –dije–. Sabe mucho de teatro.

–Desde luego, sabe componérselas para que escriban sobre ella –dijo Karen con acento de celos profesionales.

–Es una actriz de talento –dije–, y se merece la popularidad. No ha ahorrado ningún esfuerzo para ganársela.

–Desde luego, desde luego –dijo Karen–. Se ha esforzado más en eso que en su matrimonio.

–¿Qué quieres decir? La última vez que los vi, Frank y ella parecían muy unidos –alardeé.

–La última vez, desde luego. ¡Se han separado! –exclamó Karen–. Ayer Frank presentó demanda de divorcio. Dice que tú eres «el otro» en la vida de Louise. ¡A sus abogados seguro que les encanta ver esas fotos en las que tú, el señor Financiero en carne y hueso, abraza a la señora de Frank Hunter!

Petrificado, lepregunté:

–¿Dónde has oído eso?

–Para empezar, está en los periódicos. Además, tengo amigos que los conocen a ambos. –Hizo una pausa–. El agente de Louise también

está furioso. Los productores de la obra le han dicho que Louise, a causa de su conducta, ha destruido toda posibilidad de ser la estrella en la versión cinematográfica de la obra. Por cierto –añadió–, cuando tú y yo fuimos a ver *El financiero*, ¿por qué no me dijiste que habías follado con Louise Hunter?

–¿Para qué? –pregunté–. Todos tenemos nuestros Rawleighs. Como dice Gloucester en *El rey Lear*: «Mejor será que nos distraigamos: así mis pensamientos se alejarán de mis sufrimientos». Además –añadí–, aunque puede que tú lo seas todo para Rawleigh, Louise no representa para mí el mundo entero… sino solo otro puente hacia la distracción.

Con amargura, Karen contestó que, pese a que yo creía que ella dominaba su propia vida, siempre que intentaba hacerme comprender quién era realmente, se sentía como la última superviviente de una de las islas Hermit, la única que hablaba todavía la lengua de la tribu y que sabía que cuando ella muriera esa lengua moriría con ella. Después, todavía enfadada por el incidente con Louise Hunter, Karen se volvió contra mí:

–Para la mayoría de nosotros, liberarse supone solamente rechazar las responsabilidades, pero tú, Jonathan, tú no eres responsable ante nadie; solo con tu dinero de bolsillo podrías comprar el escenario entero en que transcurre mi vida: la agencia de modelos, los estudios de los fotógrafos, las revistas de modas, las compañías de cosméticos. Podrías producir una obra de teatro, una película o una serie de televisión, ser propietario de un diario, o invitar a la gente más interesante del mundo. Podrías viajar o vivir en cualquier parte del mundo. Podrías financiar una nueva religión, organizar una revolución, hacerte misionero o anarquista. Podrías entregarte a los sentidos, descubrir nuevos placeres, retrasar la vejez. Podrías ser lo que Ofelia imaginaba que era Hamlet: «Los ojos, la lengua y la espada del cortesano, del soldado y del letrado. El espejo de la moda, el molde de la elegancia, el blanco de todas las miradas». Cada día que tú vives podría ser equivalente a diez años de la vida de cualquier otro, Jonathan, porque realmente tú podrías retardar el paso del tiempo acelerando las experiencias. En lugar de eso, vives tu vida como si para ti significara menos una década que un solo día, y aun eso lo malgastas en las Louise Hunter de este mundo. ¿Por qué?

* * *

Es evidente que Karen ha examinado todos los diarios y las notas que escribí durante mi vida en el extranjero. Si alguna vez tuve dudas acerca de la posibilidad de que revelado en ellos como demasiado accesible, o no lo suficiente, ella las disipó al enviarme como regalo una placa de plata con la siguiente inscripción grabada:

DEPRAVACIÓN ABSOLUTA

> Los dones gratuitos, que pertenecen a la gracia, le fueron arrebatados al hombre por su caída; los dones naturales, que no pueden conducirle a la salud, han sido corrompidos y contaminados. La comprensión del hombre está tan completamente apartada de la justicia de Dios que no puede imaginar, concebir o comprender más que la maldad, la iniquidad y la corrupción. Igualmente, su corazón está tan envenenado por el pecado que solo puede producir perversidad.
>
> Nuestra naturaleza no solo carece de todo bien, sino que, además, es tan fértil en todo tipo de maldades que no puede permanecer inactiva. Porque todas las partes del hombre, desde el alma a la carne, desde el entendimiento a la voluntad, están manchadas y llenas enteramente de concupiscencia, o mejor, para resumir, el hombre no es más que corrupción.
>
> Entretanto, pues, vemos la carne, que desea toda clase de resquicios por los que piensa transferir a otra parte la culpa de sus vicios.
>
> JUAN CALVINO, de Ginebra

En la tarjeta adjunta, había escrito: «Para Jonathan, cuyas raíces son ahora ramas, de Karen».

* * *

–Nosotros no nos hemos conocido, señor Whalen, pero tuve la buena fortuna de conocer a su madre unos dos años después de la muerte de su padre. Poco antes de conocernos, se habían publicado en una revista popular varios artículos míos sobre la época bizantina y empezaba a ganarme cierta reputación como arqueólogo. A raíz de mi trabajo había conocido a un anticuario turco que había vendido a su madre una gran colección de objetos de arte, entre ellos algunos que hacía tiempo que su madre deseaba adquirir. En agradecimiento, aquella primavera su madre invitó al anticuario a pasar una semana en Nueva York como huésped suyo. Un día, él me invitó a almorzar para que conociera a su madre, y al cabo de poco su madre me invitó a mí a cenar. Después de la cena, me mostró orgullosa los objetos recién

adquiridos. Al día siguiente le envié algunos de mis libros, en los cuales había subrayado ciertos pasajes que podrían interesarle.

»Desde el momento en que la conocí, encontré a su madre muy atractiva, señor Whalen. La verdad es que quedé subyugado por ella. Quizá usted se pregunte: ¿me habría sentido tan cautivado si la señora Whalen hubiera sido una joven oficinista corriente? Pero, mire usted, ella no era corriente. Era Katherine Whalen, la viuda de Horace Whalen. Igual que no se puede disociar a una joven oficinista de su tediosa existencia, a su madre no se la podía disociar de su pasado, ni del esplendor bizantino de lo que la rodeaba… su casa, su guardarropa, sus joyas, sus colecciones.

»Así es como empezó. Desde entonces la veía dos o quizá tres veces por semana. Íbamos al teatro, a las galerías de arte y a las conferencias, y hablábamos de todo: de los mosaicos miniatura de san Juan Crisóstomo, de los íconos de los Cuarenta Mártires de Sebaste, de la colección de sellos bizantinos y de los tapices coptos, de mis proyectos literarios, de su matrimonio con Horace Whalen, incluso del misterioso paradero de usted. Nos reuníamos solo cuando su madre se encontraba en sus buenos momentos, libre para gozar de mi compañía como yo de la suya.

»No importará que le diga, señor Whalen, que durante un largo período no hubo intimidad física entre su madre y yo, y que siempre pagué yo la cuenta, tanto si había invitado yo como si no.

»No olvide que yo no soy un hombre rico, señor Whalen. Mi padre fue un corredor de seguros que no dejó bienes. Mantengo a mi madre, que vive en Florida. Cuando conocí a la señora Whalen, tenía unos setenta y cinco mil dólares invertidos en varias acciones y unos cincuenta mil en una libreta de ahorros. Eso es todo lo que había logrado ahorrar de los derechos de mis libros en los quince años más productivos de mi vida. Siempre he llevado una vida cuidadosamente planificada, pero siempre que la señora Whalen y yo salíamos, gastaba más en una noche de lo que habría gastado normalmente en diversiones todo un mes. Al final me vi obligado a decidir qué era más importante para mí: la seguridad económica o el placer de la compañía de una mujer como ninguna que había conocido o volvería a conocer nunca. Elegí a su madre.

»Cuando nos hicimos amantes, su madre insistió en que fuéramos discretos. No quería dar pie a chismes que pudieran hacerle daño a usted o ponerla en evidencia a ella, a sus amigos o a la compañía de la

familia. Como usted sabe, fiel a la memoria de su marido, su madre no pensaba volver a casarse. Para que nuestras relaciones fueran menos patentes, siempre que visitábamos algún lugar donde la conocían, su madre invitaba a alguna amiga mayor que ella a que nos acompañase.

»En razón de nuestros mutuos intereses, decidimos que debíamos viajar juntos a lugares que ninguno de los dos había visto nunca. En aquel momento su madre no sufría la enfermedad que la afectó más tarde. Le encantaba viajar, disfrutaba de la buena comida y era una compañera maravillosa.

»Como su madre se sentía obligada a viajar solo en primera clase, ella se encargaba de pagar los transportes y los hoteles. Solía pedir las mejores suites, una para ella y, por discreción, otra reservada a mi nombre; siempre pedía a la dirección del hotel que pusiera a su disposición personal adicional, y los gastos por toda aquella gente se incluían en la factura del hotel, que la sucursal local del banco de la familia pagaba directamente.

»Y no es que su madre no prestara atención al dinero; la bolsa le preocupaba mucho. Por ejemplo, una vez, cuando nos hallábamos en Venecia, oyó decir a sus agentes de bolsa que el mercado estaba muy difícil. Durante nuestro almuerzo en la terraza con vistas al Gran Canal, me contó que la recesión había empeorado, que el día antes su fortuna había perdido, por lo menos sobre el papel, cerca de sesenta y dos millones de dólares. Por la tarde pidió los diarios estadounidenses más recientes, y cuando uno de los directores del hotel se los entregó, bromeó diciendo que, dado el desalentador estado de la economía norteamericana, probablemente el *Pravda* soviético vaticinaría mejor que *The Wall Street Journal* lo que iba a ocurrir en Wall Street. Inmediatamente, el gerente del hotel se ofreció a llevarle a su madre la última edición de *Pravda*.

»Cuando ella le preguntó dónde podía obtener en Venecia el *Pravda*, contestó que estaba suscrito y que sería un placer para él traducirle cualquier artículo que le interesara particularmente. Sorprendida, su madre le preguntó por qué se había suscrito a semejante periódico. El gerente confesó que era comunista, que había estudiado en la Unión Soviética, que era incluso el secretario de la célula local del partido.

»Desconcertada (porque aquel hotel, que solo servía a la más selecta clientela, era uno de sus favoritos), la señora Whalen preguntó a aquel hombre qué pensaba de Estados Unidos. «Se ha convertido en

un país belicoso, señora –contestó él–. Y eso no augura nada bueno para el futuro de la humanidad». «¿Cómo es posible que diga usted eso? –dijo la señora Whalen–. ¿Y quién le ha metido tal cosa en la cabeza?». El gerente hizo una cortés reverencia: «Entre otros, un hombre a quien usted conoció muy bien». «No puedo creerlo –dijo su madre–, ¿quién era?». «El señor Horace Sumner Whalen, señora. El señor Whalen dijo eso en el discurso que pronunció durante su visita a la Unión Soviética, y *Pravda* publicó el texto completo, aunque según parece en los periódicos norteamericanos solo aparecieron breves fragmentos».

»Pero volviendo a lo que iba diciendo, como durante nuestros viajes los gastos de su madre los pagaba el banco, ella raramente llevaba dinero encima, y siempre que necesitaba dinero extra se lo prestaba el conserje del hotel, que luego lo incluía en la factura. Yo insistí en correr con las propinas, la única responsabilidad económica que podía permitirme asumir en nuestros viajes, y cuando había que dar propina yo era quien la daba. Al final, para estar siempre preparado, me acostumbré a llevar conmigo un maletín lleno de billetes de uno, cinco, diez y veinte dólares para usar en restaurantes, clubs nocturnos, taxis, garajes, barcos, trenes, aeropuertos, paradores, balnearios, clínicas… donde fuera.

»Según recuerdo, daba unos diez dólares a los porteros y a los *maîtres*, cinco al *sommelier*, veinticinco a cada uno de los camareros y contramaestres de barco, cinco a los botones de hotel, cinco a las doncellas y criados, cuarenta o cincuenta a los guías particulares para museos o visitas arqueológicas, cien a los gerentes de hotel, y veinticinco a los empleados encargados de la venta de localidades; las modistas que tomábamos a nuestro servicio recibían cuarenta, y las telefonistas de hotel, las secretarias, los chóferes, las masajistas, las *esteticiennes* y los peluqueros recibían veinticinco cada uno. Naturalmente, como sabían quién era su madre y lo cómodamente que le gustaba viajar y vivir, la mayoría de los que nos prestaban servicio (ya fueran empleados suizos de los coches cama o iraníes conductores de mulas) esperaban recibir sus buenas propinas. Aunque yo era quien se las daba, ellos creían que el dinero procedía de la señora Whalen, y le puedo asegurar que ninguno de ellos se sintió nunca defraudado. Fui de lo más generoso: al final del segundo año de mis relaciones con su madre, de mis ahorros me quedaban solamente dos mil dólares, y estaba bien lejos de terminar mi libro sobre las

consecuencias históricas del bautismo de Teodosio, hijo del emperador Mauricio, en el año 584.

»Nunca le mencioné a su madre el dilema que me había creado el asunto de las propinas. ¿Cómo podía hacerlo? Era la única obligación financiera que había asumido en mis relaciones con ella, y era lo menos que yo, un hombre maduro y un profesional, podía hacer. Mire, yo amaba a Katherine más de lo que nunca amé a nadie, y explicarle que con las propinas a los camareros me había quedado sin dinero habría sido admitir mi total dependencia económica a partir de entonces, lo cual habría desfigurado brutalmente la sincera necesidad de ella que yo sentía. Si no me lo podía permitir, peor para mí. Pero resolví no hablar nunca de ello.

»En lugar de eso le escribí diciendo que tenía que terminar rápidamente mi libro, y que no podría volver a verla hasta haberlo completado. Su madre tomó la carta como prueba de que yo ya no la quería, y a la semana siguiente había desaparecido.

* * *

Otra contribución a la historia oral de mi familia. Cuando acababa de asistir a los oficios de la iglesia presbiteriana de Madison Avenue, en un tiempo la favorita de mi madre, se me acercó cortésmente un viejo caballero elegantemente vestido.

–Señor, ¿es usted por casualidad Jonathan Whalen, hijo de la difunta señora Katherine Whalen? –preguntó en un inglés vacilante, con fuerte acento extranjero.

Cuando le dije que sí, se presentó como el señor Vladimir Borys, zapatero y propietario de un pequeño taller de zapatos a medida en el East Side. Mientras caminábamos en dirección a mi hotel, me contó que durante más de una década había hecho, y alguna vez había arreglado también, los zapatos de mis padres.

Según el señor Borys, aunque mi padre se contentaba con dos pares de zapatos nuevos cada dos o tres años, mi madre normalmente encargaba un par o dos pares al mes.

–La señora Whalen sufría de los pies –dijo el señor Borys–. La operaron varias veces, pero eso no pareció remediar nada y buscaba alivio al dolor en el calzado ajustado a la medida que yo le hacía. –El señor Borys reflexionó y luego continuó–: Me quedé horrorizado cuando encontré aquel transmisor en el tacón de uno de sus zapatos.

Lo cierto es que pensé que quizá yo había contribuido, inadvertidamente, a su depresión.

Como si estuviera familiarizado con el incidente, pregunté:

–¿Cómo descubrió usted el transmisor?

El señor Borys pareció angustiado:

–La señora Whalen había pasado un momento para probarse un nuevo par, y yo observé que uno de los tacones de los zapatos estaba un poco torcido. Me ofrecí a arreglárselo al instante, y al quitar el tacón descubrí en el interior un minúsculo objeto de metal… un transmisor en miniatura, sagazmente escondido. Naturalmente, se lo mostré a su madre, y en cuanto se dio cuenta de que alguien la estaba espiando se sintió muy trastornada.

–¿Qué sucedió después? –pregunté.

–Me ordenó que revisara todos sus zapatos. La mayoría contenían transmisores. Y como también arreglaba los bolsos de la señora Whalen de vez en cuando, los revisé igualmente. Como los zapatos, la mayoría llevaba transmisores escondidos.

El señor Borys y yo llegamos a mi esquina.

–La señora Whalen me confió más tarde –dijo, como si quisiera hacerme un último obsequio, regalándome sus recuerdos de mi madre antes de que nos despidiéramos– que un especialista en electrónica había extraído otros transmisores parecidos de sus coches, así como también de todos sus teléfonos.

–¿Le dijo quizá alguna vez quién había instalado aquellos aparatos de escucha, o por qué la tenían vigilada? –pregunté.

–Un día que vino a mi tienda, su madre parecía muy enferma… casi no era la misma –dijo el señor Borys, cambiando de tono–. Perdóneme, pero creo que quizá había estado bebiendo. Me dijo que aún la seguían vigilando y que había descubierto que las órdenes de espiarla habían salido de alguien que estaba muy arriba en la empresa de su padre… un hombre que además era el padrino de usted.

–¿Sabía por qué la espiaban?

–Su madre me dijo que estaba saliendo con un hombre al que apreciaba mucho… al que quizá quería. Era algo más joven que ella, un escritor, historiador y arqueólogo. Según parece, su padrino sospechaba que aquel escritor iba tras el dinero de su madre y por eso la vigilaba.

* * *

En la barra de un bar de Pittsburgh, Whalen pidió una bebida. Cerca de él, dos hombres continuaron hablando tras echarle una ojeada. Por encima del jaleo del tocadiscos y del televisor, le llegaron algunos fragmentos de su conversación. El barman lavó un vaso, lo llenó de licor y lo empujó hacia Whalen.

Whalen se volvió y contempló el bar.

Con el codo apoyado en la barra, una chica negra se sentó en un taburete; luego dejó que sus piernas se balanceasen y clavó sus ojos en Whalen. Estaba sola e iba de pesca. Su aspecto y modales lo excitaron; Whalen pidió otra bebida y se acercó a ella.

–Espero que no le moleste mi intromisión –dijo, poniendo la mano junto a la suya sobre la barra.

–No me molesta –contestó ella.

–Me pregunto si le gustaría venirse conmigo un par de días a dar una vuelta por ahí.

–¿Para hacer qué?

Él la miró de frente.

–Me gusta tu cara. Una chica como tú podría conseguir que yo hiciera cosas que ninguna mujer blanca conseguiría.

Ella sonrió:

–¿Es usted siempre así de directo?

–Solo cuando quiero que la chica me conteste también directamente.

–¿Qué más piensa usted hacer?

–Ver una casa. Está en Whalenburg, West Virginia. Un agradable paseo desde Pittsburgh –dijo Whalen.

La chica escuchaba mientras sorbía su bebida.

–¿Por qué habría yo de acompañar a alguien a quien ni siquiera conozco a ver una casa alejada? ¿Qué sacaría?

–Dinero... y además quizá te guste ver la casa. Es un lugar espléndido, con muchas habitaciones, muebles antiguos, pinturas.

Ella jugueteaba con el vaso.

–¿Vas a afanarte algo de allí?

–Tan solo mis recuerdos –dijo Whalen–. Sucede que de niño vivía en aquella casa. Ahora hace años que está cerrada, pero todavía hay en ella cantidad de cosas mías. Ocurre que no estoy de humor como para pasearme solo por aquellas habitaciones.

–Deja que me aclare. ¿Ahora, en medio de la noche, quieres visitar una casa embrujada en las afueras de Shitsburgh? –se echó a reír.

Whalen sonrió:

–También mi madre llamaba así a esta ciudad.

–¿Qué es lo que quieres que haga yo allí? –preguntó la chica, mirándolo con desconfianza.

–Nada que no hayas hecho ya, nada que no sepas hacer –dijo Whalen–. Y nada que pueda hacerte daño al hacerlo –hizo una pausa–: y además no será tiempo perdido para ti. ¿Tienes algo mejor que hacer?

–No –dijo, terminando su bebida–. En mi familia no tenemos casas embrujadas. Y siempre necesito dinero. ¿Sabes cómo se va a Whalenburg?

–Es lo único que sé –dijo Whalen–. Vamos.

* * *

Los negros de este país me recuerdan a ciertos pájaros que vi en África. Elevándose y descendiendo con las corrientes de aire, vuelan durante horas sin esfuerzo, pero al tocar tierra se inclinan hacia adelante, resbalando sobre sus fuertes patas y oponiendo resistencia para contrarrestar el choque. Incapaces de aminorar la velocidad, tratan de hincarse en la arena con el vientre, cuello y pico, y así, absortos en eso, chocan con cualquier cosa que les salga al paso. Es frecuente ver a esos pájaros romperse las alas, las patas, el pico, o el espinazo. Incapaces de volar, esas criaturas heridas se esfuerzan en recorrer el suelo de aquí para allá, hasta alcanzar su nido en la espesura. Cuando observabaa esas bestezuelas mutiladas, siempre me preguntaba si envidiarían la libertad de sus parientes del aire, o si se alegraban de estar varadas, sin otro medio y refugio que la tierra, una vez eliminada toda posibilidad de poder elevarse nunca más.

* * *

Las paredes de la casa, tanto las pintadas con delicados dibujos como las cubiertas por tapices, retratos o desvaídos paisajes, estaban descoloridas, todas en tonos pastel. Las alfombras olían a humedad, los suelos de madera hacía tiempo que no se habían encerado. Whalen levantó las fundas contra el polvo para mirar las sillas; tenía todavía vivas en la memoria sus patas delicadas y la intrincada talla de los brazos. Las mesitas seguían aún en los lugares familiares, cerca de los repechos de las ventanas y de los canapés, a la espera de ser utilizadas

de nuevo, negándose a perder su propósito después de perder el brillo.

* * *

En el cuarto de baño de su madre encontró rápidamente el camino hacia el armarito secreto de las medicinas, construido bajo el lavabo. Unos pocos frascos de medicinas, algunas de ellas simples muestras comerciales, estaban esparcidos por los estantes. Al recordar con qué facilidad el médico de la familia le había suministrado esas drogas, Whalen cogió dos ejemplares de muestra y se leyó de cabo a rabo las instrucciones, indicaciones y contraindicaciones: «para aliviar los síntomas de la depresión»; «para cambiar los patrones de conducta psicótica»; «para controlar la abierta hostilidad asociada con las enfermedades cerebrales orgánicas»; «recomendado solo para pacientes bajo estrecha vigilancia médica»; «para aliviar la apatía, la agitación y el retraso psicomotor severos»; «se recomienda extrema prudencia al administrarlos a pacientes con historial de adicción al alcohol»; «una sobredosis podría producir histeria, estupor, coma, shock, depresión respiratoria y la muerte».

* * *

La chica apagó la luz del techo de la habitación de su madre y prendió otra más pequeña que había en el armario empotrado. Dejó la puerta del armario abierta, se bajó las medias, se desabrochó el sostén y lo colgó en el pomo de la puerta, y se sacó los pantalones. Sin decir palabra, se acercó a Whalen, se inclinó, le tomó la mano y la llevó hacia su pecho, y luego la hizo descender y la apretó contra su sexo seco y caliente. Echó la cabeza hacia atrás y se sentó en la cama junto a él, a la espera

A la pálida luz que salía del armario, Whalen estudió sus pómulos salientes, sus ojos achinados, su boca de labios llenos y el contraste entre los fuertes rasgos de la cabeza y los suaves contornos del cuerpo.

Pensó en ella como su presa, una muchacha africana a quien él, un cazador blanco del otro lado del mar, podría haber echado el ojo en Mombasa. Para él, la vida de ella en los barrios bajos de Pittsburgh era la jungla, y para ella él estaba tan fuera de su alcance como lo estaba ahora para él su infancia en aquella casa. Por eso, con ella, él podía entregarse a sus instintos y abandonarse a lo que de otro modo solo se

habría atrevido con la imaginación. Si impusiera a la chica sus deseos, quizá lograse someterse a ella, y sometiéndose a ella quizá lograse incorporarla a su esquema mental. Allí, entre las reliquias de su pasado, quizá pudiera escapar del pasado con aquella muchacha negra, quien, por sí sola, nunca habría podido entrar en aquella casa mientras hubo vida en ella.

Cazador a punto de ser liberado por su presa, la besó en el cuello, se deslizó debajo de ella en la cama, y la besó en el pubis. Ella alzó el muslo por encima de su cabeza, y poniéndose a horcajadas sobre su rostro, forzó su cuerpo hasta restregarle los labios con el sexo, envolviéndolo de tal forma que, mientras procuraba hacerla disfrutar, él se quedó casi sin aliento, luchando en busca del aire que solo ella podía ahora darle. Se le aceleró el pulso. Una vez, haciendo pesca submarina en África, había topado con una serpiente de mar, el amo indiscutible de las profundidades, que estaba enroscada en un denso coral. Aterrado él se había apartado, pero la serpiente había ido tras él sin ningún esfuerzo hasta que tranquilamente se irguió a su lado en espiral, observándolo con sus ojos sin párpados. Recordaba cuán rápido se había sentido fatigado y cuán derrotado, y cómo había odiado a aquella criatura que, equipada por la naturaleza con un único pulmón ligero, podía respirar con más eficacia que él, por más que llevara a la espalda dos grandes tanques de oxígeno. Excitado por la chica y sin poderse controlar, envidiaba la habilidad de la serpiente, que podía retardar el ritmo y controlar los latidos del corazón aun en el momento culminante de su excitación.

* * *

Se acercó a la cama y se quedó allí quieto. Ella dormía, con la cabeza en la almohada, al nivel de las rodillas de él. Contempló los restos de su maquillaje, resquebrajado por arruguitas bajo los ojos, y desvaído por el sudor en la base de la nariz. Al apoyar la mano en la sábana, se le ocurrió que ella solo simulaba dormir, que en realidad esperaba que la tocara. Retiró la mano.

* * *

Whalen abrió una carpeta que contenía varias cartas. Algunas las había recibido en el pasado. La primera estaba escrita en el papel con membrete comercial de su padre.

Querido Jonathan:

El 27 de julio devolví al campamento de verano un formulario indicando que regreses a casa en tren y adjunté el cheque por 53,61$. Los del campamento te comprarán el billete del tren y te darán 15$ para el viaje, para pagar la comida y demás imprevistos. Para que vayas cómodo, te hemos reservado un asiento en el salón del Pullman. Te servirán el almuerzo y la cena en el mismo vagón, y el empleado te dirá cuándo has de bajar. Puedes darle un dólar de propina por el viaje hasta Pittsburgh, y lo mismo al camarero. Tu horario es el siguiente: el día 18 de agosto a las diez de la mañana se cierra el campamento. Los del campamento te llevarán a coger el tren en Plymouth, Indiana. Tu tren se llama Fort Pitt. Sale a las 10:56 de la mañana y llega a Pittsburg a las 7:45 de la tarde. Dile al empleado que yo estaré esperándote. Estoy seguro de que sabe quién soy. Disfruta del resto de tu estancia en el campamento, y vuelve lleno de energía y vigor. Que tengas buen viaje.

Cordialmente,

TU PADRE

Cogió otra carta limpiamente mecanografiada en papel de la compañía.

Mi querido hijo:

He recibido dos cartas tuyas y me han dado mucha alegría porque, como sabes, te echo mucho de menos y espero estar contigo de nuevo dentro de ocho o nueve días. Tu madre y yo hablamos de ti a diario. Como ella está más en contacto con la escuela que yo, sabe lo bien que te desenvuelves como ya me esperaba, naturalmente. Me alegro de que donde estás haga buen tiempo, porque aquí no es precisamente bueno, llueve y está muy desagradable. Supongo que jugarás al tenis e irás a nadar todos los días, lo cual es bueno para tu salud. Sigue portándote bien y cuídate. Esperamos verte pronto.

Con mucho cariño,

PADRE

En el ángulo inferior izquierdo de la carta había huellas de una frase mecanografiada y luego borrada por la secretaria de su padre: «dictada, pero no leída». Otra vieja carta, esa de la oficina del alcalde de Pittsburgh, estaba dirigida a Jonathan James Whalen, Esq.

Querido Jonathan:

Ninguna palabra mía puede borrar el dolor por la muerte de tu padre, pero quiero que sepas que mis pensamientos están contigo. Nosotros, mortales, poco más podemos hacer que recordar a tu padre

en nuestras oraciones.

Con mis más cálidos sentimientos,

John Lee Overholt
Alcalde

La carta siguiente, del decano de su escuela en la Universidad de Yale, Jonathan la recordaba bien: la había recibido poco antes de marcharse al extranjero.

La comisión ha vuelto a examinar su expediente del curso de primavera. como usted sabe, suspendió inglés, ciencias políticas, historia y antropología. tampoco logró mejorar el índice de las notas hasta alcanzar el mínimo requerido. como su expediente hasta la fecha no da prueba sustancial de que sea usted capaz de alcanzar disciplina y aprovechamiento académicos, la comisión ha decidido recomendar su expulsión de la escuela. después de la debida consideración, he aceptado la recomendación y he dado instrucciones al registro de matrículas para que no le permitan inscribirse el próximo semestre. Lamento que esta acción haya sido necesaria y le deseo toda clase de éxitos en el futuro.

En el mismo cajón encontró una carta dirigida a su padre, escrita a mano en papel con membrete de la Casa Blanca y firmada por el presidente.

Mi queridísimo amigo:

Al lanzarme a la campaña en la que debo comprometerme en beneficio de nuestro país, uno de mis mayores consuelos es saber que nuestro partido no carecerá de los fondos necesarios para llevar el mensaje de mi cruzada electoral a todos nuestros compatriotas norteamericanos. No sé cómo darle las gracias por su donación (la más generosa en la historia de nuestro partido), pero quiero hacerle presente mi más profunda gratitud; como amigo y como republicano, ha hecho usted una buena labor.

Con mis mejores deseos para usted, Katherine y Jonathan…

Junto a la carta del presidente, encontró una mención honorifica de doctor en Leyes por la Universidad de Yale.

Horace Sumner Whalen, líder de la industria y fundador de una ciudad, su carrera ha sido un ejemplo vivo del sueño americano. Combinando los recursos de West Virginia con los de otros lugares, ha logrado que en la ribera de un río haya florecido la rica ciudad industrial que lleva su

> nombre. Ha contribuido significativamente al potencial industrial de su país, factor importante para el mantenimiento de nuestra presente inestable paz, y la base para un nivel de vida cada vez más alto. Sensible al peligroso estado de las relaciones exteriores, se ha dedicado al estudio de las causas de las presentes tensiones del mundo y ha llamado la atención de sus conciudadanos en la necesidad de una acción inteligente para evitar la tragedia de otra guerra mundial.
>
> En reconocimiento de sus notables aportaciones como industrial, filántropo, ciudadano y estudioso de los asuntos internacionales; en virtud de la autoridad que me confiere la presidencia de la universidad, y con la aprobación de la junta de gobierno, le confiero el grado de doctor en leyes con todos sus derechos, honores y privilegios.

Whalen cogió una carpeta de recortes de periódico y ojeó los titulares de cinco centímetros de altura de los periódicos de Nueva York y de Pittsburgh. HORACE WHALEN AHOGADO. FORJADOR DE UN IMPERIO INDUSTRIAL. VÍCTIMA DEL MAR. PERSONALIDADES CÍVICAS EN EL ENTIERRO DE WHALEN. HA MUERTO HORACE SUMNER WHALEN.

Otros recortes publicaban fragmentos de la biografía de su padre: «Durante su vida ejemplar, Horace Sumner Whalen convirtió un simple taller de laminado en un imperio multimillonario en dólares situado inicialmente en Whalenburg, ciudad de West Virginia fundada por Whalen y a la que más tarde dio su nombre. Apodado por sus enemigos "el lobo solitario de la industria estadounidense" y "señor feudal de Whalenburg", Whalen se enfrentó con los adversarios más poderosos: con presidentes de la nación, el Congreso, la burocracia federal, los sindicatos obreros, e incluso con la industria pesada». «Nacido en una familia calvinista de la región minera de Mesabi, en Minnesota, Horace Whalen nunca terminó los estudios primarios». «A la edad de trece años obtuvo su primer empleo de ayudante en una compañía mineral local dedicada a la extracción de hierro. Avanzó rápidamente a posiciones cada vez de mayor responsabilidad y, a los veinte años, el señor Whalen se convirtió en director de la planta. Dos años más tarde fundó una compañía propia, que nunca ha presentado pérdidas». «La muerte de Horace Sumner Whalen cierra el capítulo final de la saga de la creación de la industria pesada norteamericana, y de los individuos ejemplares que fueron sus líderes. Andrew Carnegie, Henry Clay Frick, Charles Schwab, F. F. Jones, Henry Phipps Jr., Ernest Tenet Weir y Horace Whalen son los héroes de esa historia. Fueron hombres duros, dedicados a un negocio duro. Y ayudaron a hacer de esta una nación dura». «Devoto

cristiano fundamentalista, hace muchos años contó a los periodistas que empezaba cada día con la misma oración, que leía a Dickens, Thoreau, Walt Whitman y Robinson Jeffers para que le inspiraran, y que por lo menos una vez a la semana escuchaba la tocata y fuga en re menor de Bach». «Una vez Whalen dijo que si era un apasionado de la Constitución estadounidense y de su defensa del reparto del poder, no porque creyera que todos los hombres merecen por igual ejercer el poder, sino porque confirma la noción de Calvino de que el hombre es por naturaleza corrupto, tal como se expresa en sus *Instituciones*: "por lo tanto, el vicio y la imperfección de los hombres hace que sea más seguro y más tolerable que el gobierno esté en manos de muchos... y que si alguno se arroga para sí más de lo que es justo, los más puedan actuar como censores y maestros para reprimir su ambición"».

Jonathan cogió un programa de la cena anual del Instituto Americano de la Industria Pesada. Aquel año la cena se había dado en honor de su padre, que había sido presidente del instituto. En el centro de la portada del programa aparecía un medallón grabado de papel de aluminio con el toro embistiendo, símbolo del instituto, y las palabras inscritas «Un gran país en marcha». Además de las palabras de apertura de Horace Whalen, el plato fuerte de la noche era un discurso, «seato: fuerza para la paz», por el general Thomas B. F. Gertner, comandante supremo aliado estadounidense en el Sudeste Asiático. El menú consistía en *bisque* de langosta con jerez, pan tostado, filete de res *á la mode, fleurons* dorados, ensalada, *souflé* de Alaska helado, *jubilee* de cerezas flambeado, *petits fours* y *demitasse*. Jonathan intentó imaginar cómo su padre desdoblaba la servilleta, saboreaba su comida y aplaudía cortésmente al final de los discursos.

El contenido de otros artículos de periódico y las transcripciones de ciertos discursos públicos indicaban que quizá Horace Whalen estuvo mejor dispuesto a tener un hijo que se convirtiera en desertor del servicio militar que a aplaudir al general Gertner, el principal orador de la noche. Solo unos pocos días antes de aquella cena, Horace Whalen había sido invitado al programa de televisión *Face the Nation*. Presentado como defensor de un punto de vista altamente antimilitarista, fue interrogado por los mejores periodistas del país, y en la transcripción del programa televisivo se citaban sus siguientes palabras: «La mitad de cada uno de nuestros dólares y más del ochenta por ciento del presupuesto de energía va a las fuerzas armadas. A pesar de que con nuestros actuales recursos atómicos

podríamos volar cincuenta veces todas las grandes ciudades soviéticas, producimos diariamente dos bombas nucleares adicionales, cada una de las cuales tiene un megatonelaje mayor que todas las bombas lanzadas por ambos bandos durante la Segunda Guerra Mundial juntas. La mitad de los ingenieros y científicos de esta generación han estado trabajando para el Ministerio de Defensa, han ensayado más de dos mil proyectos de armas futuras… desde proyectiles autodirigidos y antimisiles hasta rayos letales y láseres capaces de fundir tanques, aviones y satélites. Mientras tanto, ¡el coste de un solo avión de combate estadounidense representa el doble de lo que en nuestro presupuesto nacional se ha asignado para potabilizar el agua que bebemos! Nos hemos ido parapetando y acostumbrando tanto a una economía de guerra y a la producción bélica, que la mayoría de los norteamericanos creen que solo una nueva guerra, o los gastos militares que llevan a ella, puede proporcionarnos pleno empleo y producción. Y, sin embargo, como nos enseña la historia, nuestra economía de guerra solo puede convertirnos en un país entregado a la inflación galopante, por no mencionar el despilfarro industrial y humano, de proporciones gigantescas».

En un álbum aparte, montados en fundas de plástico, Jonathan encontró recortes sobre su madre: «La señora Katherine Furston Peck Whalen, una de las mujeres más ricas de Estados Unidos de América, murió anoche. La señora Whalen llevaba con gracia y naturalidad el manto de gran dama de la industria norteamericana. Era señora de una mansión de cuarenta habitaciones en Whalenburg, y después de la muerte de su marido continuó manteniendo casa en Nueva York, Southampton, y Palm Springs, y también su yate favorito en el Mediterráneo. También era dueña de la formidable colección de arte bizantino de la familia, y había fundado el Centro Katherine Whalen para el estudio de Bizancio, en Whalenburg, la ciudad que era sede de las industrias Whalen. Mencionada a menudo en la lista de las diez mujeres mejor vestidas del mundo, la señora Whalen poseía joyas cuyo valor se estimaba en millones de dólares». «Con la muerte de Horace Sumner Whalen, la señora Whalen heredó más de doscientos cincuenta millones de dólares solo en bonos de la deuda municipal, libres de impuestos». «Se dice que la señora Whalen lloró durante años la muerte de su marido, a pesar del consuelo aportado por su único hijo, Jonathan». «Siguiendo las instrucciones de su difunto

esposo, la señora Whalen ha dejado toda su fortuna a Jonathan James Whalen, su hijo». «Jonathan James Whalen, único hijo de Horace y Katherine Whalen, vive en el extranjero, donde combina el estudio con los viajes».

* * *

Jonathan dio con una carpeta de recortes de periódicos etiquetada «Falsedades» de puño y letra de su madre. Contenía artículos de diarios y revistas que ponían en duda la declaración oficial de la familia que atribuía la causa de la muerte de su padre a un ataque al corazón, sufrido después de nadar un rato frente a la casa de verano de la familia en Rhode Island. El artículo mencionaba a la señora Jean Roberts como «la otra mujer» en la vida de su padre. La señora Roberts era vicepresidenta de una de las compañías subsidiarias de su padre. Algunos reporteros observaban que mientras la señora Whalen se limitaba a utilizar las casas de Whalenburg, Southampton, Nueva York y Palm Springs, Horace Whalen usaba a menudo la casa de Rhode Island para asuntos de negocios. Según otros reporteros, la señora Roberts poseía otra casa vecina en Rhode Island, pagada con la ayuda de un préstamo sustancioso otorgado por una de las compañías de Horace Whalen.

Después de poner en duda la versión dada por la familia acerca de la muerte de Horace Whalen, el artículo presentaba los hechos a su modo: que cuando la ambulancia llegó a la escena del accidente, la señora Roberts vestía traje de noche; que Horace Whalen, cubierto solo con un bañador, fue hallado muerto en la playa ante la casa de la señora Roberts; que a finales de octubre, después de la puesta de sol, no era tiempo a propósito para nadar en el mar; que las ropas de Horace Whalen fueron halladas esparcidas por el dormitorio de la señora Roberts; que la autopsia posterior reveló alcohol en la sangre y en el estómago de Whalen. Otro periódico citaba a uno de los enfermeros, sugería que había tenido que pasar bastante tiempo entre el ataque de Whalen y la llegada de la ambulancia, tiempo durante el cual la señora Roberts habría muy bien podido vestirse, poner el bañador a su amante agonizante, y arreglárselas para que se arrastrara hasta la playa, donde cayó muerto. Se especulaba con que si la señora Roberts hubiese llamado a la ambulancia en cuanto Horace Whalen sufrió el ataque, los enfermeros habrían podido salvarle la vida,

aunque quizá no su imagen pública: la de un hombre orgulloso que nunca se había dejado tentar por placeres ociosos.

* * *

Al principio los artículos sorprendieron a Jonathan. Y no porque le chocara la presencia de la señora Roberts en la vida de su padre. En las fotografías parecía una mujer extraña, ligeramente rolliza; lo que le asombraba era su edad. La señora Roberts era quince años mayor que Katherine Whalen.

Fue entonces cuando la imagen de la muerte de su padre inundó los pensamientos de Jonathan. Podía verlo haciendo el amor con la señora Roberts. De pronto, su padre se asfixiaba, luchaba por respirar, se agarraba el pecho, sudaba, temblaba y se levantaba sobre ella para volver a caerle encima. La señora Roberts gritaba; luego, presa de pánico, se zafaba de debajo de su peso; y después, poniéndolo boca arriba, empezaba a derramarle champán en la cabeza y le salpicaba el pecho con agua helada, pidiéndole que no se muriera. Farfullando, tosiendo y gimiendo, su padre señalaba la playa. La señora Roberts parecía entender. Con grandes esfuerzos le ponía un bañador y le ayudaba a ponerse en pie; pero su padre, incapaz de aguantar su propio peso, caía al suelo. La señora Roberts lo ayudaba a volver a la cama, y le rogaba encarecidamente que descansara mientras ella se vestía, porque no debían encontrarla desnuda. Luego la ayudaba a levantarse, y pasaba el brazo de él sobre sus hombros, lo arrastraba a través del dormitorio, la sala, la veranda encristalada, la terraza; le hacía bajar las escaleras de madera y luego seguían por el estrecho sendero bordeado de dunas donde crecía la hierba, hasta la playa. Y todo el tiempo su padre resollaba, sufría arcadas, boqueaba pidiendo aire y se echaba sobre la señora Roberts en busca de apoyo, abriendo con los pies surcos en la arena. Y llegaron al océano, con el agua hasta los tobillos y la cara bañada por la llovizna. Allí, su padre tropezaba por última vez y caía. Jonathan pudo ver la espuma derramándose sobre él.

* * *

Otra carpeta contenía varias láminas de sellos sin usar que llevaban impreso el retrato de su padre. Junto a una de las láminas había una carta firmada por el director general de Correos.

Querida señora Whalen:

Tenemos el gusto de ofrecerle como obsequio la primera lámina oficial de los nuevos sellos conmemorativos de la labor de su marido como pionero de la industria norteamericana. Los miembros de su familia, los directores y altos empleados de la compañía y demás allegados a quien usted pudiera designar, tendrán a su disposición otras láminas como ésta.

Jonathan no podía recordar que su madre le hubiera hablado de aquella edición conmemorativa. Ni podía recordar haber recibido de ella ninguna carta franqueada con el sello Whalen. Se preguntaba si a ella le habría molestado que el tributo de la nación a Horace Sumner Whalen se hubiera pagado con un sello de tan bajo valor. Después de años de inflación de dos cifras, ni siquiera se podría enviar con ellos una postal.

* * *

Los recuerdos no le despertaban ninguna emoción. Jonathan se acordaba de la vuelta a casa desde el campamento de verano. En la estación de Pittsburgh lo esperaba un coche de la compañía. Se sentó al lado del chófer, y al pasar iba leyendo los letreros –Sweetheart Brands, Forge and Pipe Works, Half-Moon Island, Moon Run Road, Moontour Run–, y pensó en cuán extraños le sonaban aquellos nombres familiares. Podía escuchar al chófer que le contaba reverentemente que el alto horno Peter Tarr produjo balas de cañón utilizadas por Oliver Hazard Perry en la guerra de 1812; que su padre, Horace Sumner Whalen, era el único propietario de todos los terrenos que rodeaban el horno en kilómetros a la redonda: y que un día él, Jonathan Whalen, sería el propietario de todas aquellas tierras.

* * *

En otro cajón encontró un anuario del colegio para señoritas H. L. Mencken, y repasó las páginas hasta que dio con el retrato de su madre. Tenía un aspecto aniñado y frágil y llevaba el pelo más largo de lo acostumbrado.

Unas cortas líneas junto a la foto señalaban que Katherine Furston Peck era una estudiante de matrícula de honor, que había ganado el primer premio en el concurso de poesía de la asociación Alpha Omega, de la que era miembro *cum laude*, que era también miembro

del consejo estudiantil y de la redacción del anuario. Por votación había sido designada como la chica con más posibilidades de tener éxito en la vida, la más ingeniosa y la más atractiva. Practicaba un gran número de deportes y era presidenta del club de antigüedades bizantinas, vicepresidenta del club de debates, presidenta honoraria de la comisión «fin de semana familiar», y representante de la sociedad de viajes al extranjero. Había entusiastas elogios de sus amigas en letra cursiva: «el estupendo sentido del humor de Kitty hace que sea una de las chicas más populares de la clase. ¡No es extraño que los chicos se vengan desde Pittsburgh en manadas para descubrir qué hay detrás de esa sonrisa radiante!». «Siempre va impecable, y jugando al backgammon es una maravilla, y siempre la recordaremos cantando, acompañándose ella misma a la guitarra, en la que es experta». «Es muy buena amazona y gran jugadora de tenis; y domina el alemán y el francés». «El descapotable de su familia ha sido vehículo de numerosas y alegres excursiones».

Jonathan encontró dentro del anuario un ensayo de Katherine Peck. «Al buscar un escenario donde presentar el espectáculo de los hombres libres dedicados a la libre empresa –escribía–, la industria norteamericana ha desarrollado una arquitectura única en la historia de la humanidad: los rascacielos, esas grandiosas torres de acero y de cristal, que son el alma misma del *Homo americanus*. No obstante, una vez el hombre ha erigido tales estructuras, sigue perseverando, sin sentirse nunca satisfecho, sin dejar nunca de disfrutar de los frutos de su labor. Esas colosales creaciones son la mayor contribución estadounidense al arte, y la industria del acero es nuestro monumento nacional a la incansable energía norteamericana».

Jonathan pasó de prisa las páginas del anuario. En las páginas finales encontró un anuncio con una fotografía de su padre, muy juvenil, en la parte superior. «Dólares... dólares... dólares: al graduaros necesitaréis fondos. Ahorrad con la misma regularidad que coméis u os convertiréis, económicamente, en unas desnutridas. No esperéis más. Abrid ahora mismo una cuenta y una libreta de ahorros en una de las numerosas sucursales del Banco Whalen de Comercio y Ahorros». Se preguntaba si la joven Katherine Peck había estudiado aquella fotografía de Horace Whalen antes de conocerlo; quizá fue realmente aquella fotografía del anuario lo que, en primer lugar, la llevó a buscar empleo en el rascacielos de acero y cristal de la compañía Whalen en Pittsburgh.

* * *

Jonathan cogió un tomo encuadernado en piel de *David Copperfield* y lo abrió por unas páginas que tenían una esquina doblada. Alguien, quizá su padre, había subrayado un corto fragmento en el cual David, a la vista de la casa de Steerforth, se sume en «una larga serie de meditaciones… mezcladas con recuerdos infantiles y fantasías posteriores, fantasmas de esperanzas a medio formar, sombras rotas de desengaños vistos y comprendidos apenas, mezcla de experiencia e imaginación…».

Buscó un tomo de poemas de Robinson Jeffers y lo abrió por la página indicada por un marcapáginas. En un poema titulado «República brillante y agonizante», estaba subrayado lo siguiente:

> Pero en cuanto a mis hijos, quisiera que guardaran sus distancias del
> centro enmarañado; la corrupción nunca ha sido obligatoria, cuando
> las ciudades yacen a los pies del monstruo, siempre quedan las
> montañas.

En una página que tenía una esquina doblada, en el poema «Querido Judas», alguien había subrayado lo que dice Lázaro a María acerca de Jesús:

> Tu hijo ha hecho lo que los hombres no pueden hacer: Elegir y labrarse
> el propio destino.

Al pie de la página, Horace Whalen había garrapateado: «Robinson Jeffers escribió también “A Su Padre”, un soneto que empieza así:

> Cristo ha sido tu señor y tu capitán toda la vida.
> Con el mundo ha fracasado, pero contigo no.
> Te ha conducido intacto a través de todas las formas
> del dolor y de la lucha,
> A ti, hombre bien pertrechado…

el padre de Jeffers, un calvinista, fue profesor de literatura bíblica en el seminario presbiteriano de Teología del Oeste, en Pittsburgh».

* * *

Whalen oyó pasos en la escalera, y al volverse hacia la puerta vio entrar por ella a un guardia alto, pistola en mano. Whalen se levantó

de un salto.

–No te muevas, amigo. Levanta las manos –dijo el oficial, señalándole con la pistola. Whalen levantó los brazos. –Encontré a la otra mitad, sheriff –gritó el guardia a alguien que estaba en el exterior.

–¡Ya voy! –contestó un hombre.

–No intentes hacer ninguna tontería –dijo el guardia, apuntando con la pistola a Whalen.

–No pensaba hacerlo –dijo Whalen.

Un sheriff robusto introdujo a la chica negra en la habitación. Ella llevaba las manos esposadas a la espalda y parecía haber sido maltratada. Cuando vio a Whalen con las manos en alto, intentó sonreír.

–Cachéalo –dijo el sheriff, y el guardia volvió a meter la pistola en la funda y se dirigió a Whalen. Whalen bajó los brazos.

–Te dije que no te movieras, coño –chilló el guardia, que dio un paso al frente y le pegó un puñetazo en la cara a Whalen. Sorprendido por el golpe, Whalen trastabilló. Con la rodilla clavada en su espalda, el oficial empujó a Whalen contra la pared, y después lo esposó rápidamente. Le volvió del revés los bolsillos del pantalón, buscando drogas.

–Afuera –ordenó el sheriff, moviendo la pistola hacia la puerta.

Los cuatro bajaron lentamente las escaleras. Al llegar a la puerta de entrada, el guardia apagó las luces. Fuera, el sheriff señaló el coche de Whalen.

–¿Es un coche robado? –preguntó.

–Alquilado –contestó Whalen.

–Sea robado o alquilado, dejaste las llaves en el contacto. Eso va contra la ley –dijo el sheriff.

–Mi coche está en una carretera particular. Eso no va contra la ley.

–Escucha, listillo, no me repliques –bufó el sheriff–. Me llevo a estos dos a la comisaría –dijo al guardia–. Tú me sigues con el coche robado.

El sheriff ordenó a Whalen y a la chica que se metieran en el asiento de atrás del coche, y levantó el receptor de una radio de onda corta:

–Voy a regresar con los sospechosos de robo. Son dos. Un varón blanco, una mujer negra.

Luego puso el coche en marcha y enfiló la larga avenida.

–¿Estamos bajo arresto? –preguntó Whalen.

–¿A ti que te parece? –dijo el sheriff.

–Pero ¿por qué?

–Todavía estamos en domingo, y como en domingo no detenemos, tendréis que esperar a mañana para saberlo. Hasta entonces, tú y tu amiguita seréis huéspedes de nuestra recién renovada cárcel.

Cruzaron el centro de Whalenburg. Las calles estaban vacías, los restaurantes y los bares cerrados. Whalen recordaba haber pasado con su padre en coche por aquellas calles. «Una ciudad orgullosa para gente orgullosa», había dicho su padre, señalando las filas de casas de dos pisos, nuevas, construidas para los obreros de la compañía.

El guardia aparcó el coche de Whalen detrás de ellos, justo frente a la estación de policía. Dentro, les quitó las esposas.

–¿Puedo hablar con usted un momento a solas? –preguntó Whalen al sheriff.

–No soy un confesor. Habla conmigo aquí –dijo el sheriff.

El guardia y los tres policías de la comisaría rieron en voz baja.

–Puede que a usted le convenga saber lo que tengo que decirle –dijo Whalen con calma.

–Muy bien –consintió el sheriff–, pero nada de trucos, ¿entendido?

Se dirigieron a un cuartucho adyacente.

–Bien, ¿de qué se trata? –dijo el sheriff impaciente.

–Nos encontramos en Whalenburg, ¿verdad?

–Claro que sí.

–¿Miró usted mi nombre en el permiso de conducir? Soy Jonathan Whalen.

El sheriff se quedó helado. Luego dijo:

–En este país hay muchos Whalen.

–Pero en Walenburgh solo uno. Mi padre, Horace Sumner Whalen; fundó esta ciudad. Ahora yo soy propietario de gran parte de ella.

El sheriff buscó un cigarrillo en el bolsillo de la camisa.

–¿Que usted es nuestro Whalen? –preguntó incómodo–. ¿Y cómo sé yo que no está mintiendo?

–El retrato de mi familia cuelga de la pared del frente del vestíbulo principal de la Municipalidad. Yo soy Jonathan, el chico de Katherine y Horace Whalen. Ahora soy mayor, pero no he cambiado tanto.

El sheriff apagó el cigarrillo. Disipadas ya las dudas, fijó la mirada en Whalen, nervioso:

–Si usted es el hijo de Whalen, ¿por qué no me lo dijo?

–No me dio usted ocasión –dijo Whalen–. Solo mire esto –y señaló su mandíbula hinchada.

El sheriff empezó a pasearse por la habitación.

–Llamaré al alcalde desde aquí –dijo Whalen–. Quiero comunicarle que he vuelto… y lo bien que me han recibido.

El sheriff se detuvo ante él.

–Sé que está usted enfadado, señor Whalen –dijo–. Y tiene muy buenas razones para estarlo. Mire, realmente siento mucho que haya pasado todo esto. Me gustaría… pedirle disculpas.

–¿Pedir disculpas? No me siento ofendido: siento dolor –dijo Whalen tocándose la barbilla.

–Lo llevaremos al hospital de la compañía.

–No hay necesidad. Pero puede usted hacer otra cosa.

El sheriff se animó:

–Lo que sea, señor Whalen, le aseguro que quisiera compensarle la molestia.

–Bien. Quiero que le devuelva a su ayudante lo que él me han dado. Quiero que le pegue con la misma fuerza que él me pegó a mí.

–Si hago eso –dijo el sheriff retrocediendo–, va a presentar demanda contra mí.

–Pues si no lo hace, yo la presentaré contra usted. Déjeme que llame al alcalde –dijo.

Sin decir palabra, el sheriff le condujo a la habitación principal.

–¡Eh, Bob!, ¿quieres venir un momento aquí, por favor? –dijo, sin despegar la vista del suelo.

El guardia se acercó y se detuvo frente a él. El sheriff vaciló y luego lanzó el puño derecho contra la cara del guardia. Este retrocedió, tambaleándose; la sangre le manaba del labio inferior. El policía del mostrador corrió hacia él para sostenerlo. Los demás policías se quedaron de piedra.

El sheriff se frotó el puño.

–Ya está. ¡Se acabaron los problemas! Usted y su amiga son ahora libres de irse, señor Whalen. ¡Lamento este desaguisado!

* * *

Hoy he recibido una larga carta de Walter Howmet. Como padrino, está claro que espera que busque en él un padre sustituto. Decidí que los consejos que me daba se dirigían más a defender los intereses de la

compañía que los míos, de modo que en lugar de escribirle o llamarle personalmente, cité a la señorita Berger, su secretaria ejecutiva, a quien había dictado él la carta, y le pedí que tomara nota de lo que iba a decir. La señorita Berger, una solterona de pelo gris, bien vestida y de voz suave, se sentía fuera de lugar en la suite de mi hotel, y tan incómoda en mi presencia que cuando no estaba tomando notas apenas podía mirarme a los ojos.

–En su carta el señor Howmet tiene la amabilidad de sugerirme varias cosas –dije–. Cree que yo debería buscar una residencia más permanente que la suite de un hotel, quizá un hotelito lo bastante grande para poder dar fiestas en él, o, en caso de que me casara, una finca en el campo lo suficientemente grande para formar una familia en ella. Me sugiere vender las distintas casas que he heredado, pero al objeto de estrechar mis lazos con la compañía, me aconseja conservar la casa de Whalenburg. También me aconseja que me desprenda del yate y las villas de mi madre en Italia, Suiza y Francia. Supone que quizá consideraría pasar algún tiempo en las oficinas de la compañía, bien en Pittsburgh o en Nueva York, para interiorizar como él dice, el trabajo de la compañía, o que quizá desee matricularme de nuevo en Yale.

–Sí, señor Whalen, estoy al corriente de esas recomendaciones –dijo la señorita Berger.

–Estupendo. Ahora quiero que informe al señor Howmet de mis deseos. Primero, no tengo intención de trabajar para la compañía. Posiblemente nadie sea capaz de dar una explicación sensata de todas las operaciones, de modo que, empezara por donde empezase, lo más probable es que nunca llegara a dominar nada que colmara las preocupaciones más inmediatas de un solo departamento. Más aún, el señor Howmet no sabe o no recuerda que, como resultado de mi fracaso en cumplimentar los requisitos académicos de Yale, me pidieron que me fuera de allí.

–Creo que el señor Howmet supone que a usted le gustaría reparar pasados errores de juicio –dijo la señorita Berger.

–Soy demasiado mayor para querer reparar lo que otros consideran mis fracasos. Otra cosa: si los fideicomisarios a cargo de mi fortuna se hubieran preocupado verdaderamente de mi situación financiera, hace tiempo que habrían vendido todas esas casas y villas y colecciones y barcos y Dios sabe qué más; esas propiedades inútiles y cargadas de impuestos que he heredado de mis padres. Tengo la

intención de venderlas ahora, inmediatamente, aunque ello signifique una pérdida económica, y vivir en Manhattan, sobre el East River, en un hotelito pequeño con ventanas y terrazas que dan al río y a las Naciones Unidas. Sin embargo, hasta que los actuales ocupantes de la casa no la dejen, y sea renovada y amueblada, permaneceré en mi suite de este hotel. Y otra cosa más: puede decirle también al señor Howmet que desde la casa tendré acceso directo a mi barco.

–¿Su barco, señor Whalen? –preguntó la señorita Berger.

–Sí. He comprado un barquito. Con capacidad para dos personas.

–¿Hay puerto delante de su hotelito?

–No. Pero el edificio está cerca del muelle, de modo que me será fácil bajar hasta el barco por medio de una escalera de mano.

–¿No es contrario a la ley embarcar o desembarcar pasajeros en un lugar no autorizado del East River?

–Mala suerte. Entonces tendré que quebrantar la ley. El barco estará amarrado en el puerto del centro, y cada vez que yo quiera, el capitán me lo entregará en el muelle frente a mi casa.

–¿Me permite preguntarle el porqué de tan perentoria necesidad de acceso a un barco?

–¿Le parece extraño? Manhattan está rodeado de islas y de algunas de las playas más hermosas del mundo –dije–. Y también me gusta hacer largos viajes en coche, de modo que me conseguí también un coche y un garaje subterráneo. El señor Howmet solo compra mercancía norteamericana: le encantará saber que he comprado un Ford.

–El señor Howmet también se preocupaba por los criados.

–Doncellas, un cocinero, un guarda y otras dos personas –o quizá tres– vivirán conmigo en la casa.

La señorita Berger comprobó las notas.

–Al señor Howmet le encantó su buen criterio comercial al adquirir Executive Heliways –dijo, esforzándose en sonreír–. Debe saber que el precio de las acciones de esa compañía ha aumentado un treinta por ciento desde que las compró.

–Compré Executive Heliways por razones sentimentales, señorita Berger. Fueron los primeros con quienes hice una transacción económica cuando regresé a América. Y también porque me gusta volar en helicóptero.

* * *

A veces, cuando sé que Karen está con Susan, siento que soy innecesario, pero hoy las llevé a cenar a las dos, y ahora, unas pocas horas más tarde, estoy absolutamente tranquilo, a pesar de que la cena en sí fue en todo momento muy deprimente. Susan y Karen hablaron durante una hora, mientras yo comía sin decir nada. No obstante, me siento como si finalmente hubiera hecho frente a algo que había evitado durante semanas.

Hablaban del sexo como si nunca hubieran discutido de ello antes. Susan dijo que le parece que muy pocos tienen conciencia de su sexualidad. Incluso cuando van de conquista y esperan alguna respuesta, dijo, incluso cuando escuchan lo que les dices, cuando te hablan y expresan cuidadosamente sus pensamientos, lo más frecuente es que sean demasiado egoístas como para darse cuenta de cómo y hacia dónde miras tú mientras ellos hablan y escuchan. No observan tu postura ni tu expresión, o los movimientos de tus labios y tus manos, todo lo cual es el indicio cómo respondes sexualmente a ellos.

En mi beneficio, Susan se lanzó a dar una conferencia sobre Karen. Dijo que la sexualidad de Karen es mucho más fuerte que la suya, y que Karen recoge instantáneamente la respuesta sexual de los demás. La gente, por lo general, crea fantasías sexuales sobre los demás solamente cuando no tienen a esas personas directamente a su disposición, mientras que Karen, siempre que conoce a algún hombre, mujer o pareja, espontáneamente se imagina a sí misma con ellos en la cama. Susan supone que lo que atrae a los hombres y a las mujeres hacia Karen es su esquivez, lo que incrementa aún más la curiosidad de la gente por la desatada sexualidad que intuyen detrás de su fría apariencia.

–Karen resultaría una lesbiana ideal –dijo Susan– porque ella siempre se ha sentido meramente intrigada por la sexualidad de los hombres, sin sentirse atraída por ellos. Además, al adorarse a sí misma como mujer perfecta, en el proceso se ha sentido fascinada por la feminidad… por lo que hace que una mujer sea perfecta. Aunque posiblemente esté dispuesta a aceptar amor de un hombre, lo más probable es que Karen solo pueda devolver amor a una mujer.

A lo largo de la conferencia, Karen se comportaba como si no estuviera con nosotros… o como si hubiera encontrado en Susan un eco de sus ideas.

En una ocurrencia tardía, Susan observó que muchos de los

enamoramientos de Karen le parecían incomprensibles; todos son incompletos, carentes de energía espiritual o sexual. Es triste, siguió, que Karen nunca haya encontrado un amante tan atrevido y osado como ella, un hombre o una mujer a través del cual, finalmente, pueda descubrirse a sí misma.

* * *

Susan cree que el erotismo imprevisible de Karen es sinónimo de atrevimiento; lo ve como una señal de complejidad, de obsesión sexual. La verdad es que Karen es meramente impulsiva.

Yo envidio a Karen su temperamento, aunque ese temperamento me asuste. Ella nunca es indiferente, raras veces está ausente, y siempre está dispuesta a cambiar de humor. He sido testigo de tantas de sus explosiones, y de los remordimientos subsiguientes, que cuando jura que no volverá a suceder no puedo creerla. Ella critica mi reserva, asegura que mis emociones han sido programadas por las reglas requeridas por la adicción y la desintoxicación, y lo dice con la cara muy seria, incapaz de darse cuenta de cuántas cosas en su vida se apoyan en reglas autoimpuestas arbitrariamente. ¿Es que no se da cuenta de que se siente insegura si no está bien tostada por el sol? ¿De que cuando hace el amor, conmigo y según parece con otros, para acelerar su excitación y potenciar sus orgasmos cada vez depende más y más de inhalar *popper*, un derivado del nitrato de amilo, alquilo y butilo, muy peligroso, de fabricación ilegal y de que, indiferente a su amante y en medio del acto carnal, es capaz de aspirarlo ávidamente, directamente de una ampolla que rompe bajo sus mismas narices? ¿De que, según ella misma admite, cada vez es más frecuente que, en busca de fácil diversión sexual, se una con parejas y triángulos conocidos por casualidad? ¿De que en las reuniones sociales ya no puede prescindir de varios vodkas con hielo, lo que la hace farfullar? ¿Y de fumar cigarrillo tras cigarrillo? Las relaciones sexuales conmigo son probablemente el último reducto donde todavía las reglas no dominan; después de tantos días y noches pasados juntos hablando, haciendo el amor, mirándonos uno al otro y durmiendo uno en brazos del otro, todavía no sé qué la impulsa a necesitarme. En todas las mujeres a las que he hecho el amor, la sexualidad ha sido un canal hacia su misterio, pero Karen me esconde su sexualidad.

La última vez que la vi, se estaba recuperando de un virus y de los

efectos secundarios de los antibióticos. Deambulaba desnuda por el piso, regaba las plantas ya saturadas, fumaba un cigarrillo tras otro, lavaba un plato o una cucharilla en cuanto acababa de usarlas, y de vez en cuando me echaba una mirada. Acababa de descubrir, dijo, que la tintorería había perdido la faja de su nuevo modelo Oscar de la Renta. Luego dijo:

–¡Hace tanto tiempo que no tengo sexo que no veo el momento de empezar a corretear por ahí de nuevo!

Sentí como si hubiera aspirado una bocanada de aire frío. ¿Había de ser yo su pareja en ese «corretear por ahí»? ¿O simplemente pensaba que yo debía saber que correteaba por ahí con otros, puesto que para ella hacer el amor con otros era realmente corretear… a mi alrededor? Al recordar su necesidad de otros amantes, me sentí vencido, como si supiera de antemano que cada uno de ellos se me la llevaría por un sendero que yo no conocía. Más tarde Karen se dio un baño, pero yo, inmovilizado por su serenidad e incapaz de dominar su estado de ánimo, permanecí vestido, con la vista fija en su delgadez bajo la espuma. Cada vez que ella cerraba los ojos me imaginaba que estaba lejos, haciendo ya el amor mentalmente con su nuevo amante.

* * *

He estado en cama tres días, incapaz de moverme, de leer o de pensar. Ahora ha desaparecido la fiebre alta, pero todavía tengo los ojos cansados y me duele el cuerpo. Los camareros y camareras del hotel van y vienen en silencio, me alimentan, limpian mi espacio y realizan todos los trabajos que normalmente hacen para un enfermo los miembros de la familia o los criados de confianza.

Ya he tenido esos síntomas antes: una vez, cuando estaba a punto de irme del país, y otra vez en Rangún, después de que los detectives de mi madre me encontraran. En aquellos días, solía entrarme el pánico cuando sentía que los síntomas se acercaban, pero ahora me niego a entregarme a ellos. El miércoles fue el peor día. El médico me envió dos enfermeras del Medical Center para que me cuidaran, pero lo que yo necesitaba (tiernos cuidados e interés humano) no me lo podían dar ellas; lo único que hicieron fue pasar todo el día sentadas en la sala lanzando risitas, mirar la televisión y escuchar música. Mientras tanto yo, solo en el dormitorio, luchaba contra el miedo a una muerte repentina. El corazón me latía de prisa y apenas podía

sentir mi pulso. Luego pareció que la presión de la sangre disminuía y me resultaba difícil respirar. Sin embargo, incluso entonces una parte de mí se negaba a sentirse involucrada en aquello, de modo que, por lo menos en parte pude seguir sintiéndome fascinado por mi propio terror. Momentos después, me tranquilicé, y ya ni siquiera sentí la necesidad del médico.

Pensé en la chica negra que había ido conmigo a Whalenburg. En cuanto supo quién era yo, se negó a tener nada más que ver conmigo. Yo había disfrutado con la intensidad de nuestra relación sexual (la búsqueda de la fuente de las sensaciones, el simple derribo de las barreras que mente y cuerpo erigen tan fácilmente) y quería conservarla a mi lado. Incluso se lo rogué, le prometí llevarla al extranjero, insinué que la haría rica. Ella no quiso escucharme. Ya lo había decidido. Para ella, yo significaba problemas, dijo, porque no importaba cuánto la deseara; pronto me habría hartado del sexo y luego le diría: «vete a casa, pajarraco negro, en mi jaula blanca ya no hay sitio para ti». El miedo a ser utilizada y desechada por un hombre blanco era en ella más fuerte que su deseo de las nuevas experiencias que yo pudiera ofrecerle… fuera cual fuera el precio.

Quería llamar a Karen, pero me sentía agotado. Y lo que es más, sabía que ella tenía mejores cosas que hacer que cuidar a un hombre enfermo.

Nunca olvidaré el día en que la hallé con la cara cubierta con una máscara de barro natural resquebrajada y el cuerpo envuelto en toallas empapadas en su propia orina. Como saben la mayoría de los dermatólogos y las *esteticiennes*, me dijo, la orina es el humectante ideal, el mejor remedio para la piel seca y resquebrajada, y ha sido utilizada, desde los tiempos de Babilonia, por hombres y mujeres preocupados por su belleza. Todos los mejores hidratantes producidos comercialmente contienen algo de urea, pero Karen me aseguró que el fluido natural es más efectivo. Ella ha de saberlo. Dijo que lo usa desde hace años y que, a pesar de tomar tanto el sol y de los focos de los estudios, su piel sigue siendo tan fina y lustrosa como cuando era niña.

* * *

Cuando yo era niño a veces no veía a mi padre durante meses, y solía alimentar una fantasía en la que lo veía visitar a cientos de obreros de

Whalenburg uno tras otro, y cenar en sus casas. Me decía a mí mismo que yo era muy afortunado al tener un padre tan importante como para dar empleo, dinero y felicidad a tanta gente y a tantos otros niños, aunque ello significara que no tuviese nunca tiempo para mí. Nunca imaginé que a mi padre en el fondo no le importaba yo; sencillamente sabía que yo no era más que un niño, y que él tenía que sentirse responsable de la suerte de todas y cada una de las humeantes chimeneas de Whalenburg.

Si estuviera hoy vivo, mi padre no tendría ni idea de quién soy yo. Dudo que pudiera contestar el más simple cuestionario sobre mi estatura, peso o enfermedades infantiles. Seguro que no sabría nada de mis gustos, amigos o estado mental. Y ¿qué habría de decir él, un hombre que se negaba incluso a viajar como no fuera por negocios, de los años de ociosidad que pasé en el extranjero?

* * *

En Nepal viví entre muchos refugiados tibetanos. Para un tibetano, la muerte es una transición, bien a un estado de encarnación (una forma corporal poseída en el pasado o una enteramente nueva), bien a un estado descarnado (una forma de existencia incorpórea, inmaterial). El modo en que la persona ha vivido la vida es lo que determina si se reencarnará o no. Solo un lama, maestro en la topografía de la descarnación y la encarnación, puede realizar los ritos que liberan al espíritu del ciclo de muerte y renacimiento, y solo él tiene la presciencia de lo que es la muerte.

Los ritos que deben realizarse cuando se acerca la muerte están codificados en el *Libro tibetano de la muerte*. Si uno sigue con gran cuidado sus instrucciones, después de la muerte podrá seguir oyendo la voz del lama y obrar según sus preceptos.

Al escuchar a mis amigos tibetanos, tuve la inquietante sensación de que había oído la voz del lama antes, como en una vida anterior. Antes de marchar al extranjero, me habían mostrado mi depósito vitalicio, un acuerdo entre mi padre y los fideicomisarios que me legaba gran parte de la fortuna de mi padre en un depósito irrevocable. Se daban instrucciones a los fideicomisarios sobre el modo de administrar el capital y los intereses de la fortuna de mi padre durante su vida hasta que yo fuera mayor de edad, y también se establecía lo que había que hacer con el depósito en caso de que

(circunstancia entonces impensable) él muriera. A diferencia del último testamento de mi padre, que él podía cambiar de vez en cuando, el depósito vitalicio era una entrega final y absoluta de su riqueza, y a causa de los sustanciales ahorros que la exención de impuestos procuraba, una vez creado la ley requería que su creador delegara todos los poderes de supervisión a un grupo de fideicomisarios.

De modo que durante su corta vida, que cubrió un período de grandes cambios sociales y económicos, Horace Sumner Whalen, un lama protestante de Whalenburg, creó el depósito vitalicio, su personal *Libro de los muertos*, para ayudarme a mí, su hijo no iniciado, en el transcurso de mi vida futura.

* * *

–Además de las industrias de acero, cristal, aluminio, petróleo y herramientas que él y su compañía poseían, su padre era un perspicaz inversor en terrenos y vivienda, señor Whalen.

»Poco antes de su prematura muerte, su padre se dio cuenta del riesgo que comportaba ser propietario de casas en los suburbios, donde vivían muchos negros, latinos, judíos y diversas clases de eslavos. Cada mes, muchos de ellos se negaban a pagar el alquiler, o simplemente no podían, y los barrios pronto se convirtieron en una carga económica para la compañía de su padre. Ahora bien, según la ley, la ciudad debe expropiar cualquier inmueble que deje de pagar la contribución durante cuatro años consecutivos. Esa es la razón de que, siguiendo en todo momento los excelentes consejos de Walter Howmet, su padre se desprendiera de algunos de esos edificios de los suburbios a los pocos años de haberlos adquirido; es decir, dejó que se los apropiara la ciudad, con una pérdida sustancial para la empresa, aunque totalmente deducible de las contribuciones, lo cual, en vista de los extraordinarios beneficios de la compañía, siempre en aumento, resultó ser una buena tapadera para evadir impuestos.

»Luego la ciudad tuvo que deshacerse de aquellos edificios no rentables. Trató de sacarlos en pública subasta, pero había pocos compradores; la mayor parte de las propiedades quedaron invendidas. La consecuencia fue que la ciudad se vio obligada a ofrecer a la compañía de su padre una suma considerable para que administrara aquellos barrios y los mantuviera para los inquilinos… los cuales, sea

dicho de paso, pagan el alquiler con el dinero que reciben de la ciudad en concepto de seguridad social. ¡Ahí tiene usted un perfecto ejemplo dialéctico de cómo convertir los fondos públicos en beneficio privado!

»Su padre incluso halló la forma de esquivar la responsabilidad por los edificios absolutamente abominables que la compañía poseía en el Bowery. Por ejemplo, conseguía que traspasaran las licencias municipales a otros consorcios o corporaciones, los cuales a su vez las ofrecían mediante contrato a propietarios privados que, desgraciadamente, a menudo no son demasiado escrupulosos. Sea como fuere, su padre no supervisaba personalmente los edificios. Y era muy injusto que a veces la llamada prensa liberal lo mencionara como otro de los «propietarios invisibles de los barrios bajos». Difícilmente se podría decir que lo fuera. Y usted, como heredero de su padre, no es más responsable de esos barrios de lo que lo era él.

* * *

Whalen bajó la capota y las ventanillas del descapotable. Soplaba un viento cortante, y sintió en la cara, las manos y el cuello las gotitas de neblina. Como un enorme yate de arena sin velas, el coche se balanceaba a derecha e izquierda, al compás de los cimbreantes abedules, que formaban un elevado arco sobre la cinta de asfalto. Frente a él, la carretera y la avenida bordeada de árboles parecían desaparecer a lo lejos. Whalen detuvo el coche. Saltó de él, se ciñó el abrigo al cuerpo y se dirigió hacia los densos bosques.

En lo alto, por encima de su cabeza, el viento seguía azotando las cimas de los árboles, pero al abrigo de los bosques el suelo era arenoso y estaba seco; cerca, entre la maleza, cantó un saltamontes. Aquel sonido, la voz de la tierra, lo reconfortó, y por un momento se sintió en paz.

* * *

–Me acuerdo de cuando usted, señor Whalen, era todavía un chiquillo y viajaba con su padre en aquel coche negro de la compañía que solía pararse a repostar aquí. En este país, en la tierra del acero, se diría que la gente es tan patriota como lo fue su padre; no les gustan los productos extranjeros. Está muy bien eso de que usted se haya comprado un estupendo coche estadounidense, señor Whalen. Aquí se le ponen las cosas difíciles a cualquiera que llegue en uno de esos

pequeños coches de importación, japoneses o alemanes; puede que el empleado de la estación de servicio deje caer un par de terrones de azúcar en el tanque de la gasolina, obsequio de Detroit, digamos. Tan pronto como se tragan ese azúcar, esos pequeños extranjeros se ponen terriblemente enfermos: tosen, escupen, bufan. ¡Y ya no los puede reparar nadie! ¡No, señor!

»Lo que quiero decir, señor Whalen, es que puesto que Detroit ya no fabrica más descapotables, fue usted listo cuando le decapitaron uno de sus Fords, como si se lo hiciera a medida. Y fue todavía más listo al esconder debajo de esa estupenda carrocería estadounidense un superpotente Ferrari de veinte cilindros, un traga gasolina. ¡Sí, señor! ¡Su padre se habría sentido tremendamente orgulloso de su chico!

* * *

Fui con Karen al baile benéfico de la Sociedad Americana contra el Cáncer. Mientras contemplábamos el desfile de gala de los últimos caprichos de la moda, las extravagancias lanzadas por los mejores modistos del país y exhibidas por una despampanante modelo tras otra, Karen me presentó a un hombre de mediana edad muy bien parecido. Era un antiguo conocido suyo, dijo; habían fumado y aspirado juntos la mejor cocaína de la ciudad. El hombre me contó que se dedicaba a «inversiones especiales» y dijo que por Karen se había enterado de muchas cosas sobre mí. Al principio, como si me permitiera entrar en un secreto muy bien guardado, habló de las ventajas de fumar (más que aspirar) cocaína en su forma más potente: base libre. Desde los tiempos de Pizarro, este había sido uno de los placeres favoritos de los indígenas de Hispanoamérica. La base libre es considerablemente más cara que la cocaína normal, porque le han extraído cierta sal que en la cocaína normal representa por lo menos una quinta parte de su peso. Debido a que los pulmones están cerca del corazón, la base libre, que se fuma, es absorbida rápidamente por la corriente sanguínea, y la euforia que produce dura varias horas y es varias veces más intensa que la ocasionada aspirando cocaína normal.

Cuando empezaba a explicarme el modo de aumentar la potencia de la base libre mediante formas especiales de fumar, lo interrumpí. Dije que difícilmente podía haber algo sobre la cocaína que yo no supiera de pasadas experiencias. Le dije que mis médicos de Rangún

habían sido muy escrupulosos en obtener solo cocaína de la mejor (mientras yo pagara por ella) para mi tratamiento, porque sigue siendo el desintoxicante más efectivo contra el opio que la ciencia conoce. Dije también que había leído casi todo lo que se ha publicado sobre el opio y la cocaína, empezando por Freud, que durante años había padecido de depresión, apatía y ansiedad, y se refería a la cocaína como la droga ideal, muy apreciada por él. Los enemigos de Freud argüían que al sobrevalorar de esta manera la eficacia de la droga en sus escritos, la había convertido en el tercer azote de la humanidad, después del alcohol y el opio.

Finalmente, dije que ya no tenía interés en tomar drogas, y entonces el hombre cambió de tema. Empezó a hablar de sus inversiones especiales: tráfico de drogas a gran escala en las naciones subdesarrolladas, para las cuales cultivar amapolas y refinar opio y convertirlo en morfina y heroína era lo que es para las naciones árabes la producción de petróleo. Después de este, dijo, las drogas ilegales son la mayor fuente de riqueza internacional; solamente las ventas en Estados Unidos generan tres veces más dinero que toda la industria del acero en su conjunto. Dada su magnitud, el negocio de las drogas ilegales es una empresa asombrosamente centralizada, solvente y bien llevada; controla la producción, suministro, calidad y precio de los narcóticos con la misma eficiencia que los negocios legales controlan cualquier otra mercancía internacional. Una docena de grandes bancos actúan de aduanas y canales de entrada del negocio de la droga. El hombre afirmó que sus contactos cubrían los principales países productores de opio del «Cuadrado Dorado»: Birmania, Laos, Tailandia y la China roja, que era el país que más cultivaba y transportaba. Con la facilidad y el entusiasmo de un empresario discutiendo sobre mineral de hierro, textiles o electrónica, aquel hombre me contó que setecientos kilos de heroína pura y sin mezcla, la mitad del peso de un sedán estadounidense, le costaban, a través de sus contactos, cerca de ocho millones de dólares. Pocas semanas después de la compra, gracias al soborno de diplomáticos, autoridades locales y comandantes de aviación y de las bases navales, la mercancía llega a los agentes de distribución de Nueva York, Miami o Los Ángeles, donde su valor está por encima de los trescientos millones. El hombre señaló que la nuestra es una época de inflación; producir una película en Hollywood cuesta muchos millones de dólares… y sin embargo nadie puede garantizar su éxito. Ocho millones de dólares

son mucho dinero para invertirlo en una operación anual, pero por lo menos los beneficios están garantizados... ¡y qué beneficios! No debían ser desdeñados ni siquiera por alguien tan rico como yo –dijo el hombre con una nota invitadora en la voz.

Mientras hablaba, me di cuenta de que estaba orgulloso de su lucrativo negocio. Con la disposición del clásico empresario estadounidense, era el verdadero descendiente de aquellos mercaderes de la Nueva Inglaterra del siglo xviii que fomentaron el cultivo de las amapolas en China con el objeto de beneficiarse del comercio del «arroz negro», como entonces se llamaba al opio. De hecho, los estadounidenses fueron tan diligentes en esta aventura, que tanto los británicos como los franceses los acusaron de ser imprudentes y temerarios en sus negocios del opio, y de causar con ello la propagación del hábito en toda China.

–Hoy –dijo el hombre– me dan pena los hombres de negocios estadounidenses «de decencia acreditada», que tienen que dejarse las pestañas trabajando para sacar el pequeño beneficio que les queda después de los excesivos impuestos.

Dijo que, en términos de dinero contante, hacía él más dinero en la prosecución de una fácil felicidad (al preparar grandes operaciones mientras asistía a fiestas, cortejaba a hermosas mujeres y viajaba por todo el mundo) del que hizo mi padre en toda una vida de esfuerzos, sin alegrías, a la manera de los buenos protestantes.

–Habrá visto en los periódicos de hoy que la policía está muy orgullosa de haber descubierto un coche abandonado con cien kilos de heroína en la maleta. Aseguran que, en la calle, la mercancía valdría cerca de cuarenta millones de dólares. Desde luego, la policía acostumbra a exagerar. Seamos conservadores y digamos que valdría solo quince millones. ¡Piense en eso! ¡Un maletín que vale quince millones de dólares escondido en un Ford! Para ganar una cantidad así, señor Whalen, su padre necesitaba poseer minas y fábricas, ferrocarriles y carreteras, toda una ciudad de la compañía; tenía que emplear a cientos de miles de obreros; tenía que tratar con los sindicatos, con políticos entrometidos, ser amable con los que estaban en el poder. Podemos decir que todo lo que yo necesito es la amistad y cooperación a corto plazo de unos pocos diplomáticos extranjeros, algún sargento de vuelo estadounidense, algunos hombres de la guarda costera de aduanas, y uno o dos detectives inteligentes bien situados en Narcóticos.

»Pero me doy cuenta de que usted está pensando que todo eso es un negocio sucio y depravado, señor Whalen –dijo–. Permítame que le recuerde que también usted está metido en una empresa corrupta, aunque sea indirectamente. ¿Sabe usted que el pescado atrapado cerca de los desagües de algunas de las fábricas Whalen no es apto para la alimentación porque los ríos y los lagos están contaminados por el níquel? ¿Que ese mismo níquel ha dañado el hígado de los obreros de la compañía Whalen en las factorías de laminado, en las minas y fundiciones? ¿Que como resultado del envenenamiento esos hombres y mujeres mueren a menudo jóvenes, de alta presión de la sangre, endurecimiento de las arterias y artritis? Es verdad. Así que, ¿por qué no echar también todas esas estupideces humanitarias a los peces contaminados, para poder hablar un minuto de negocios?

»Cuando el gobierno admite que el año pasado los norteamericanos gastaron más en narcóticos que en la importación de petróleo, no me siento responsable de los cientos de miles, quizá millones, de fumadores de marihuana, masticadores de pipa y locos de discoteca que utilizan cucharas, papel de aluminio y agujas hipodérmicas para drogarse. Usted fue en un tiempo adicto, señor Whalen: usted sabe que yo no les obligo a hacerlo. Ese hombre de la capa negra que reparte gratis muestras a los niños de nuestro país para que se habitúen a la marihuana es un asqueroso mito de Madison Avenue. Nunca existió y nunca existirá. ¿Por qué habría de regalar muestras gratis, cuando puede vender todas las bolsitas que obtenga?

* * *

Mientras Whalen esperaba que cambiaran las luces del semáforo de la esquina de la calle, un hombre regordete con un periódico cuidadosamente doblado bajo el brazo daba golpecitos en el pavimiento con su paraguas negro. Cerca de él, una mujer que llevaba un abrigo de algodón y calcetines dejó en el suelo sus bolsas de papel y empezó a rebuscar en el bolso hasta que sacó un pañuelo y un capuchón impermeable de plástico plegado en acordeón.

El semáforo pasó al verde. Los tres cruzaron la calle, se metieron en el metro en fila india, compraron sus fichas, y atravesaron los tornos. Whalen se mantuvo pegado a la mujer. Abriéndose paso por el andén, ésta se acercó a la máquina de los chicles y metió en ella una moneda, pero no salió ningún chicle. Metió otra moneda. Igual, nada.

Entonces la mujer vio el espejo que había en lo alto de la máquina, y se puso de puntillas para verse toda la cara en él. Se sonrió a sí misma, volvió a poner en su sitio algunas mechas sueltas de su peinado, luego se dirigió a uno de los bancos adosado a la pared, se sentó, arregló las bolsas y se restregó los ojos. El tren retumbó, se acercaba. La gente del andén se quedó inmóvil, descansando el peso del cuerpo alternativamente en uno u otro pie. El tren provocó una corriente de aire, y luego se detuvo. Whalen entró en el vagón más próximo y se apresuró a sentarse. El hombre regordete del periódico bajo el brazo estaba detrás de él al entrar. Cuando el tren arrancó, Whalen se arrellanó y miró a su alrededor. Los demás pasajeros parecían inmersos en pequeños detalles; se abrochaban o desabrochaban el abrigo, se alisaban el pelo, miraban sus relojes, juntaban los paquetes, oprimían junto a sí los paraguas. Los ademanes, la ropa y el aspecto de todos ellos traicionaban una abrumadora sensación de estar ocupados, de tener un objetivo inmediato. Excepto por el hecho de encontrarse con ellos en el mismo vagón, Whalen se dio cuenta con una punzada de dolor que él nada tenía en común con aquella gente. Sintió frío y un vacío en el estómago, y le pareció que le apretaban el corazón con un torniquete. Conteniendo la respiración y preparándose anticipadamente para contrarrestar el traqueteo del tren, contaba impaciente las paradas y se prometía no volver a tomar el metro nunca más.

* * *

Whalen atravesó a toda prisa el vestíbulo de su hotel, con la ropa empapada goteando sobre la alfombra y el suelo del ascensor. En cuanto entró en su suite, se cambió la ropa, pero todavía seguía temblando de frío. Se echó al coleto una copa de coñac, y entonces, como no tenía nada mejor que hacer, decidió bajar al vestíbulo. Quizá pudiera sentir lo que Karen llamó una vez «el latir del vestíbulo de hotel».

Era tarde. Las únicas personas que había en el vestíbulo eran un hombre en la ventanilla del cajero, una anciana que hablaba por teléfono y un hombre regordete que leía un periódico. Whalen estaba a punto de ir hacia el bar, cuando se acordó de que había visto a aquel mismo hombre en la esquina de la calle y en el metro. Al volver a mirarlo Whalen, el hombre ocultó su cara tras el periódico.

Whalen decidió averiguar si le seguían. Salió del vestíbulo como si caminara sin rumbo fijo. El portero le llamó en seguida un taxi, y cuando este llegó, se metió en él y se volvió a mirar hacia atrás tan pronto el coche se apartó del bordillo. Dos coches sedán que estaban aparcados cerca del hotel se pusieron en marcha inmediatamente. Whalen pidió al taxista que diera una vuelta a la manzana. Cuando el taxi dobló la esquina, los dos coches fueron tras él. Whalen dijo al taxista que tomara la primera a la derecha y la siguiente a la izquierda. Los coches seguían detrás de ellos. Cuando pidió al taxista que diera una vuelta a la manzana, el hombre empezó a sospechar. Whalen le explicó que había apostado con unos amigos que sería capaz de despistarlos entre el tráfico de la ciudad. Pidió al taxista que lo dejara en el centro de Times Square, y en cuanto el taxi se detuvo, Whalen pagó al taxista y saltó del coche. Se parapetó detrás de un quiosco de periódicos. Seguía lloviendo. Los dos sedanes se detuvieron junto al bordillo y de cada uno salieron dos hombres que se dispersaron entre la muchedumbre. Al pasar uno de ellos cerca del quiosco, Whalen pudo oír el crepitar de la estática de su interfono; se mezcló un rato con la muchedumbre, pero pronto quedó empapado, y se dirigió a una cafetería.

Sentado a una mesa alejada de la ventana, de espaldas a la calle, se preguntaba quién sería el que pagaba para que lo siguieran tan cuidadosamente: el hombre regordete, dos coches, los cuatro hombres con interfonos. ¿Era la policía? A pesar de sus antecedentes de adicto, seguro que habían de saber que ya no compraba ni ocultaba estupefacientes. ¿Los de la droga? ¿Para qué? No les debía nada. ¿La mafia? Recordó haber leído historias de gente que secuestraba a los ricos, pero desechó esa idea. Los del crimen organizado trabajaban sutil y eficientemente; si hubieran querido, habrían podido secuestrarlo ya más de diez veces. Entonces, ¿quiénes eran sus seguidores?

El café era flojo; se sintió pesado. Pensó en llamar a Karen, pero decidió no hacerlo. Últimamente, cuando hablaban, esta parecía distante, probablemente porque había otro hombre en su vida, que quizá en aquel mismo momento estuviera en la cama con ella. Ya era bastante malo estar atrapado en Times Square por la lluvia y por unos perseguidores anónimos, para encima recordar que también estaba atrapado por Karen.

* * *

Karen asegura que cuando yo parezco reservarme sexualmente, aun cuando mi resistencia la excita, responde con frialdad... a pesar del riesgo de que yo me retire. Eso la hace sentirse victoriana, pasiva, sin vida alguna, que está allí solo para aceptar cualquier cosa que yo, sexualmente, quiera darle.

Le dije que, incluso en la relación carnal, siempre trataba de esconder las dos facetas de mi personalidad: el adulto manipulador y malévolo, que engaña y destruye, y el niño que siente hambre de amor y quiere ser aceptado. Ahora sé que he tratado en realidad de esconder al niño a expensas del adulto. Mientras durante toda mi vida mi preocupación dominante ha sido no admitir que necesito algo, no pedir nada, no derrochar el dinero, el peor de mis terrores ha sido siempre parecer indefenso, y que al parecer indefenso o infantil se me pudiera juzgar de nuevo en relación a mis padres. Esa es la razón de que incluso al hacer el amor procure reprimirme, sin permitirme ningún extremo en el placer o la felicidad. Recientemente, Karen hizo la observación de que debía de haber perdido las pasiones en alguna parte mientras estaba en el extranjero. Me pregunto si cree que volví a encontrarlas alguna vez antes de regresar a casa.

Para Karen, el sexo y la furia están inextricablemente relacionados. Más aún, su furia a menudo la conduce a hacer el amor de la forma más violenta, y la descarga pasional está entonces en clara proporción a la rabia que la ha precedido.

Una vez recordaba ella las violentas discusiones de sus padres. Una de ellas la terminó su padre gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «¡cualquier puta de Pittsburgh es mejor en la cama que tú!». A lo cual su madre replicó: «Me alegro de que se te levante las putas de Pittsburgh». En la observación de Karen se escondía una lección: evidentemente supone que las putas me liberan de todas las inhibiciones que siento todavía con ella.

* * *

Para aquellos que pueden pagar, Nueva York parece haber sido proyectada como una farmacia perfecta, con medicinas disponibles a todas horas, para todos los sufrimientos humanos. Todos, excepto la angustia. A medianoche, llamé por teléfono a una librería del barrio y

pedí al empleado que contestó a la llamada que me seleccionara veinticinco libros de poesía y me los mandara al hotel. Poco después de que llegaran los libros, Karen llamó para decir que se sentía indispuesta. Añadió que probablemente estaba deprimida porque Susan acababa de irse a California a visitar a su madre enferma. Comprendí que Karen me necesitaba, pero en lugar de invitarla a que viniera o ir yo a verla, le dije que, si quería, podía intentar consolarla o distraerla leyéndole fragmentos de algunos famosos poetas estadounidenses. Le dije que acababa de recibir dos bolsas repletas de ellos. Colgó antes de que pudiera comenzar a leer.

Eso me dejó libre. ¿Para embarcarme una vez más en otro viaje como el de 2001 Odisea del Amor? En lugar de eso, decidí salir de cacería por mi cuenta. Fui a un bar de solteros, y empecé a hablar con una chica que estaba de pie a mi lado. Era bonita y estaba sola, y mientras ella me observaba pude ver sus pechos a través de la delgada tela de su vestido. Tenía unos pezones desacostumbradamente erectos. Pedí un jarro de sangría, nos trasladarnos a una mesita y nos sentamos muy juntos. La chica parecía segura de sí y vigilaba mis ademanes y el modo en que los pantalones me ceñían los muslos. Podía ver que estaba calibrando mi cuerpo. Empecé a pensar en mí como objeto de deseo y cuanto más me concentraba en su imagen de mí, más la deseaba. Intenté imaginarme a mí mismo en su lugar, y me pregunté si tendría idea de que lo estaba haciendo. Finalmente, le pregunté cómo se sentía al jugar con la idea de estar con un hombre que apenas conocía. Me contestó que la familiaridad, combinada con el recuerdo de pasados placeres, era para ella el más poderoso afrodisíaco; sin embargo, dijo, podía mirar a un hombre desde el otro extremo de una habitación y sentir que ya lo conocía íntimamente.

Me preguntó qué hacía, y yo le dije que vivía de una pareja de Pittsburgh mayor que yo. De entrada quedó horrorizada, temiendo que yo fuera algún gigoló bisexual, una hiena humana que se alimentaba de los viejos, pero disipé rápidamente sus temores invitándola a dar un paseo en mi nuevo descapotable… que, aun cuando ella supusiera que lo había comprado con los ingresos obtenidos en mi morbosa profesión, ya no estaba dispuesta a perderse. Con la capota plegada, música pop resonando en la radio y los neumáticos rechinando, corrimos por las desiertas calles del distrito financiero, con la vista fija en los rascacielos de Wall Street. En el camino de regreso me detuve en el puerto deportivo. El capitán de

mi barco –a quién había llamado desde el bar– me esperaba, un poco adormilado pero sonriente, con el barco ya preparado, los motores zumbando quedamente y las luces encendidas. Subimos a bordo, y mientras el capitán pilotaba el barco río abajo, la chica y yo tomamos unas copas en la cubierta de popa. Para entonces ya no le preocupaba mi modo de obtener el dinero. Como si fuera el decorado de un escenario acuático con Manhattan de telón de fondo, el barco se deslizaba lentamente y casi sin ruido más allá del Battery.

En la boca del Hudson pasamos entre dos barcos. Desde arriba, las tripulaciones contemplaban a aquellas tres personas (un hombre, una mujer y un capitán de uniforme) que alzaban la mirada hacia ellos desde un lujoso mini-*Titanic*.

Pedí al capitán que anclara cerca de la Estatua de la Libertad, y mientras él, sentado en aquel puente de mando de opereta, miraba la televisión, la chica y yo, desnudos los dos, yacíamos en la cama del camarote, dejando que el suave balanceo del barco nos arrullara y nos lanzara uno en brazos del otro. En un momento dado, estaba yo sobre ella, acariciándole el cabello y pensando. De inmediato se la metí. Pero algo me recordó a Karen. Joder con esa chica habría sido meramente otra anécdota para diversión de Karen. Sudado y agotado, me di la vuelta y me aparté.

* * *

El empleado de recepción llamó por teléfono para decirme que *monsieur* Bernardot estaba abajo.

–Dice que está citado con usted, señor Whalen.

–Hágalo subir –dijo Whalen.

Entró en la habitación un hombre cincuentón, calvo y ligeramente cargado de espaldas.

–Quiero que sea usted mi cocinero –dijo Whalen, estrechándole la mano.

El hombre lo miró reverentemente y luego dijo con fuerte acento francés:

–Mi anterior patrona, la señora Allcott, admiraba muchísimo a sus padres, señor. Fue mientras estaba al servicio de ella cuando en varias ocasiones cociné varias cenas para sus padres. Eso fue poco antes de que usted naciera, señor Whalen. En cierto modo –dijo, sonriendo ante la idea– me agrada pensar que la comida que preparé para

aquellas veladas haya podido contribuir a que sea usted el hombre apuesto que es.

–Mis padres murieron ambos –dijo Whalen.

–Sí, señor, lo sé. Lo siento. –Hizo una pausa–. ¿Le gustaría ver mis credenciales y las cartas de recomendación?

–Puede dejar las cartas a mi secretaria. Pero dígame en pocas palabras dónde ha trabajado hasta ahora.

El hombre sonrió:

–A lo largo de más de treinta años he trabajado en muchos sitios. Asistí al Hotel escuela de Lyon, donde estudié cocina, servicio y gerencia de restaurante. Pasé tres años trabajando a las órdenes de Paul Bocuse, posiblemente el mejor cocinero que nunca ha habido, y después trabajé en el Beau Rivage de Lausana y en el Hotel de l'Etrier de Crans-Montana. Más tarde, pasé a ser *chef* de *cuisine* en el Prince Royal Hotel de Bourg-Leopold y luego *chef* de *garde* en el Ritz de París. Después tuve algunos problemas familiares en Francia y emigré a los Estados Unidos. En Nueva York trabajé primero para el famoso Romeo Salta, luego para David Wolf, el famoso *restauranteur* estadounidense.

–Muy bien –dijo Whalen, aburrido pero cortés.

El hombre continuó:

–En los últimos tres años he trabajado para la señora Mary Hayward Weir. Tengo una carta de recomendación suya. Y antes de eso estuve empleado con la señora Charlotte Cobb-McKay y antes…

–Estupendo –lo interrumpió Whalen–. ¿Algo más?

–Bueno, señor… –el acento francés del hombre se hizo más evidente–. No hay nada en el campo de la alta cocina que yo no pueda hacer. Pero naturalmente –hizo una pausa–, naturalmente, usted no puede comparar lo que yo pueda prepararle, digamos, en París, Florencia, o en Crans-Montana, a lo que pueda prepararle en Nueva York o Pittsburgh. Aquí, los métodos de congelación matan el sabor…

–Usted es soltero, ¿verdad? –cortó Whalen.

–Estoy divorciado. Mis hijos, todos mayores, viven en Francia.

–Muy bien –dijo Whalen–. Bien, como ya establecieron con su agencia mis abogados, estoy dispuesto a pagarle el doble de su salario anterior. Pero tendrá tiempo libre solo cuando yo cene fuera o no esté en la ciudad. De lo contrario, tendrá que estar siempre preparado para cocinar para mí y mis amigos.

–Sí, señor –dijo el hombre–. ¿Viviré en la casa?

–Sí, desde luego –dijo Whalen–. Mi casa estará lista dentro de un

mes, más o menos. Ya he contratado a dos expertas camareras y habrá numeroso personal de limpieza disponible. Eso es todo.

–Muchas gracias, señor –dijo el hombre, y antes de irse hizo una reverencia.

* * *

–Jonathan, nos has pedido que te presentemos los resultados del examen que hicimos a los solicitantes a los puestos ejecutivos que de vez en cuando la compañía ofrece. Estos resultados se obtuvieron mediante el uso cuidadosamente programado de los detectores de mentiras electrónicos *Tensavoz*, de sofisticadas pruebas científicas y de análisis de personalidad multidimensionales, así como mediante información sobre la familia, los antecedentes profesionales y el historial médico, e incluso sobre los hábitos y aficiones de cada solicitante... informes todos obtenidos a través de nuestras fuentes confidenciales, muy bien situadas. El ochenta por ciento de los entrevistados padecía algún desorden de las vías urinarias, y admitía tener problemas sexuales que iban desde una erección inadecuada a la impotencia completa. Más del cuarenta por ciento se quejaba de palpitaciones, tensión, dificultades respiratorias o dolores de cabeza. Establecimos que cerca del noventa por ciento de esos hombres de negocios, por tantos motivos notables, se habían quejado habitualmente de ansiedad, insomnio, depresión, falta de memoria, sudoración, úlceras. Su padre siempre estuvo a favor de estas selecciones preventivas. Las llamaba política antiúlcera. Se anticipaba a su tiempo, Jonathan.

–Para anticiparse a su tiempo, mi padre habría tenido que preparar indios peruanos para ejecutivos –dije–. Según el *Corporate Scientific*, los indios peruanos nunca padecen úlceras.

–¿Por qué?

–Porque son famosos fumadores de opio y cocaína que carecen de ambición, se niegan a competir y no les gusta hacer planes. Sin tensión, sin ansiedad, viven solo en el presente... y por eso no tienen úlceras.

–¿Sabes, Jonathan, que aquí mismo, en este país, tenemos millones y millones de negros y latinoamericanos, exactamente con esa misma actitud? A ellos les resulta muy bonito que los mantengamos mediante la seguridad social y así puedan gozar de su

libertad… de la libertad de no trabajar y también de la de no tener úlceras.

* * *

En el espejo retrovisor, Whalen vio el coche que lo seguía y reconoció a sus perseguidores. Al comprobar que en la carretera no había nadie más que ellos, pisó el acelerador y su coche salió disparado. Con una maniobra que le recordó las carreras de sus tiempos del instituto con Karen y sus amigos, giró de golpe el volante hacia la izquierda. Cuando el coche se ladeó, tiró del freno de mano, inmovilizó las ruedas de atrás y el coche saltó hacia la izquierda como levantado por una grúa gigante, patinó y se ladeó. Giró el volante a la derecha, soltó el freno de mano mientras aflojaba el acelerador. La parte delantera del coche se bamboleó y luego se estabilizó. Corrió entonces en dirección opuesta, se cruzó con el coche de sus perseguidores, y observó por el espejo retrovisor que aquél se paraba de golpe. Pudo oír el rechinar de los neumáticos. Whalen le dio al acelerador durante casi dos kilómetros. Cuando perdió de vista a sus perseguidores, aminoró la marcha, estacionó el coche en el arcén y paró el motor. Oyó a lo lejos el débil sonido de la sirena de un coche de la policía.

* * *

Whalen se paseaba por la habitación y contemplaba las pinturas modernas. Se detuvo junto a la ventana. Como una maqueta de arquitecto, Manhattan se extendía debajo de él.

–En la oficina de mi padre podía abrir la ventana.

–Ah, sí –dijo Peter Macauley–. Aquellas encantadoras ventanas antiguas. Las nuestras están todas permanentemente selladas. Aquí, en el piso ciento seis, el viento no es ninguna broma. –Se acercó y se quedó junto a Whalen–. La oficina de tu padre estaba en el piso veinte de aquel viejo y querido Coinage Building, ¿verdad?

–El veinticinco –dijo Whalen.

Al regresar Macauley a su escritorio, observó que Whalen contemplaba el panel repleto de pantallas, botones, tiradores y luces.

–De reciente instalación –dijo Macauley, acariciando el escritorio cariñosamente–. Construido en nogal pulido a mano. Todo empotrado. Esto es un televisor de circuito cerrado que está conectado con un videófono, de modo que puedo ver a quienes están

hablando por teléfono conmigo, si trabajan en esta compañía. Incluso puedo inmovilizar una imagen y tener una fotografía al instante de cualquiera de ellos, incluso de mí mismo –se rio–, y esto –dijo, señalando a la derecha– es un teléfono para conferencias, con un micrófono inalámbrico y un marcador al tacto, electrónico… también conectado con una pantalla que me permite enfocar a cualquier participante en cualquiera de las conferencias que puedan producirse en el edificio… y todo desde detrás de mi escritorio. Muy útil. Aquí, a la derecha, tenemos una calculadora de doce dígitos, conectada con el banco central de datos de nuestra corporación. Podemos obtener en una fracción de segundo cualquier cifra importante de los negocios de nuestra compañía durante los últimos veinticinco años. Y aquí, debajo, unos indicadores especiales computan el tiempo de trabajo y el desgaste de todas las piezas esenciales de la maquinaria pesada que nosotros, o nuestras subsidiarias, poseemos. ¿No crees, Jonathan, que a tu padre le habría gustado? –cuando Whalen asintió, Macauley continuó–: en solo cuarenta y cinco segundos, esta telecopiadora transmite (por teléfono, radio y comunicación por satélite) a cualquier parte del mundo un facsímil de cualquier documento o fotografía. Aquí, al otro lado, mi teletipo personal facilita las cotizaciones de nuestras acciones y las de nuestros afiliados. En el centro están el intercom, los dictáfonos y los sistemas de recuperación de datos.

–¿Por qué no habrá una maquinaria como esa para averiguar las ideas y las emociones conflictivas de una persona? –preguntó Whalen.

–Bueno, casi existe –exclamó Macauley–. Apretando este botoncito –dijo, señalando hacia el costado del escritorio– se activa el último polígrafo (lo hemos apodado la máquina del «Nada más que la verdad»), un modelo desarrollado por una de nuestras subsidiarias. Como muchos otros adelantos tecnológicos, «Nada más que la verdad» ha surgido gracias a las investigaciones de contraespionaje militar, basadas en los interrogatorios de prisioneros y espías. Analizando electrónicamente las tensiones inconscientes e involuntarias que afectan a los músculos que controlan las cuerdas vocales y ocasionan microtemblores en la voz de una persona, este polígrafo puede decir cuándo una persona dice la verdad y cuándo no. Además, me advierte de la presencia de cintas magnetofónicas, escuchas en el teléfono o micrófonos, bien instalados en mi despacho

o traídos por algún visitante.

–¿Es eso ético?

–Lo que no es ético es mentir y engañar, Jonathan, no los disuasores.

»Cuando tu padre dirigía la compañía, siempre fue partidario de introducir los sistemas más modernos para aumentar nuestra eficiencia. Hoy, esta compañía es un vasto consorcio, uno de los mayores del mundo, con más de setenta subsidiarias nacionales e internacionales diseminadas en casi otros tantos países. Todos los años nuestros ingresos son superiores al producto nacional bruto de, digamos, Suecia o España, por no mencionar otros países menos adelantados. Nuestra fuerza laboral, aquí y en el extranjero, supera el millón y medio de hombres y mujeres de distintos colores, que hablan docenas de lenguas diferentes. Los metales, en tiempos de tu padre el interés principal, ocupan ahora solamente el noveno lugar en importancia. Me satisface decir que estamos entre el puñado de grandes corporaciones que, mediante sus inversiones, controlan por lo menos el quince por ciento de las acciones de los cuarenta mayores consorcios. Nosotros y las compañías que poseemos tenemos intereses en industrias aeroespaciales, farmacéuticas, de ordenadores, de alimentación, minería del carbón, cadenas hoteleras, turbinas a gas, petroleros transoceánicos, perforación submarina, televisión, semiconductores, seguros, urbanística, editoriales y otras varias... que elaboran desde glándulas y próstatas hasta casas prefabricadas –tranquilizado por el silencio de Whalen, continuó–. Además nuestra política ha cambiado desde los tiempos de tu padre. Aunque él se oponía a que los extranjeros pudiesen adquirir nuestras acciones, nosotros nos hemos embarcado en muy diferente dirección. Inversores de Alemania Federal, igual que árabes de Kuwait y de los Emiratos, poseen algo más del cuatro por ciento de nuestros valores. Sin embargo, como la Comisión americana de cambio y bolsa exige solo declarar la propiedad cuando un solo inversor posee el cinco por ciento o más de las acciones de una compañía, estamos en nuestro derecho si ocultamos la identidad de nuestros inversores extranjeros... de la misma manera que si protegemos del gobierno y del público el verdadero tamaño y naturaleza de nuestra formidable cartera. Podría añadir que todos nuestros inversores extranjeros están orgullosos de saber que quizá los astronautas norteamericanos no habrían puesto nunca el pie en la luna sin algunos de los productos

fabricados por nuestras compañías.

–Adiós al mito de que millones de pequeños inversores y accionistas son los propietarios, y controlan, los Estados Unidos capitalista –dijo Whalen–, un mito que, en tiempos, mi padre hizo correr entre los trabajadores de Whalenburg.

–Bueno, tú eres el mayor accionista privado de este vasto imperio... y la evidencia viva de la falacia de ese mito, Jonathan. El subcomité de banca del senado para asuntos de finanzas interiores establece que poseer del cinco al diez por ciento de las acciones de una corporación significa «control real» de esa corporación; que la sola posesión de un mero uno o dos por ciento ya concede «tremenda influencia» al accionista. Bien, a la luz de esos números, piensa en tu paquete.

–Ya lo hago –dijo Whalen–, y estoy impresionado.

–Pero siéntate, por favor, Jonathan –dijo Macauley–. Dime, ¿qué te ha traído hasta aquí?

–Whalen se sentó y fijó la vista en Macauley, que seguía de pie, apoyado en su escritorio.

–A dondequiera que vaya –dijo Whalen despacio–, a todas las horas del día, me siguen varios hombres. Llevan consigo los últimos modelos de interfonos y conducen grandes automóviles.

La expresión de Macauley no se alteró.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó.

–Los he visto. He logrado esquivados una o dos veces. Pero siempre vuelven; probablemente, están abajo esperándome.

–¿Por qué me lo dices a mí?

–Porque cualquier cosa que a mí me ocurra podría afectar de alguna manera a la compañía –hizo una pausa–: también podría, aunque remotamente, afectar a su posición, señor Macauley.

–Pete, Jonathan, Pete.

–Bien, Pete, ¿sabrías, por casualidad, por qué me siguen?

Macauley lo miró.

–Seré franco contigo, Jonathan. Te han estado siguiendo (debería decir protegiendo) desde que regresaste al país, porque Walter Howmet, presidente de la junta de accionistas, lo creyó necesario.

–¿El que yo posea un montón de acciones da al señor Howmet el derecho de hacerme seguir... por las razones que sean?

–Eres el heredero del vasto paquete de tu familia en esta compañía...

–Yo no pedí que se me protegiera –le interrumpió Whalen.

–Walter Howmet es también tu antiguo fideicomisario, y tu padrino.

–El fideicomiso del señor Howmet ha terminado; y no es ni mi dios ni mi padre. ¿Por qué no me lo preguntaron? ¿Por qué nadie me lo dijo?

–Una buena pregunta. De eso me hago responsable. Temíamos que si lo sabías te asustaras. Antes de tu llegada no sabíamos gran cosa de ti, y tanto Walter como otros fideicomisarios habían creído siempre que tu conducta era, digamos, imprevisible. Según parece, estuviste muy cerca de la muerte cuando estabas en el extranjero.

–Mi padre se ahogó, por decirlo de alguna manera, haciendo el amor. Mi madre quizá se suicidó. La muerte ha invertido en los Whalen... ¿o debería decirlo al revés?

–No seas sarcástico, Jonathan. Estuviste tanto tiempo en el extranjero, que supusimos que tanto en Nueva York como en Pittsburgh te sentirías casi extranjero. Fíjate en lo que te pasó en Whalenburg. Aunque nunca se haya hecho público el montante de tu herencia siempre existe el peligro de que alguien quiera hacerte daño. Tenemos muy buenas razones para temer por tu seguridad personal. Puedes creerlo, la compañía se ha hecho cargo y seguirá haciéndose cargo de esta protección.

–Estáis malgastando el dinero de la compañía –dijo Whalen–. ¿También estás grabando esta conversación? ¿Seguís por video a mis amiguitas? ¿Me tratáis con el método «Nada más que la verdad»?

Macauley se rio estentóreamente.

–Hoy en día, incluso los tabloides de Nueva York publican tus aventuras con tus amiguitas... y te felicito por tu gusto pero, Jonathan, lo único que hacemos es preocuparnos por ti.

Macauley abrió el armarito que tenía detrás, poniendo al descubierto una hilera de botellas de licor de cristal, con tapones de oro.

–¿Una copa? –ofreció. Whalen denegó con la cabeza, y Maucaley se sirvió un generoso whisky–. Si a ti te ocurre algo, y podría ocurrirte si no tuvieras protección, nos afectaría a todos nosotros. A esta compañía no le gusta correr esos riesgos –bebió unos sorbos de su vaso–. No todas las guerras, los terroristas y la violencia están en otros países –dijo Macauley–. América ya no es un país seguro. Allá abajo –Macauley señaló hacia las ventanas– hay delincuentes dispuestos a

matar a golpes a un hombre por una pequeña cantidad. Hay mujeres sin escrúpulos capaces de chantajearte y montar un escándalo. Por ser quien eres, Jonathan, constituyes la presa perfecta.

–No quiero ya vuestra protección. Contrataré a mi propio guardaespaldas, para que me proteja contra cualquiera que viole mis derechos.

Macauley se puso a la defensiva:

–Como quieras, Jonathan. Pero si yo, o esta compañía, pudiera serte de alguna ayuda, por favor dímelo.

–Gracias, lo haré –Whalen se levantó.

Macauley lo acompañó hasta la puerta.

–Los Howmet tienen muchas ganas de verte, Jonathan –dijo, al estrechar la mano de Whalen–. ¿Han logrado ponerse en contacto contigo?

–Sí, los veré mañana –dijo Whalen.

En la oficina exterior, se le acercó una mujer. Joven y bien formada bajo un vestido de escote en punta hasta la cintura, seguramente habría sacado buenas propinas por una sesión con los de 2001 Odisea del Amor. Lo miró con la adulación que normalmente se reserva para los ídolos de la televisión:

–¿Señor Whalen? Soy Claudia Parker, la secretaria del señor Macauley –respiró–. Me han encargado que lo acompañe. ¿Qué le parece si empezáramos haciendo un recorrido informativo por nuestras oficinas?

* * *

–Para todos nosotros, para cuantos la conocíamos y amábamos, la inesperada muerte de tu madre fue un golpe terrible. Aunque Walter y yo no teníamos la dicha de contarnos entre sus amigos íntimos (no tenía muchos, ya sabes), siempre recordaremos –la señora Howmet hizo una pausa– su mirada chispeante, su risa silenciosa, su refinamiento. Tu madre, Jonathan, era tan profunda… ¡tan sincera! En todas las ocasiones que estuve con ella, me enseñó a apreciar las cosas más refinadas de la vida –la señora Howmet tomó un sorbo de té y llamó a un criado–. Pero hablemos de los vivos: ¿sigues todavía con aquella hermosa modelo? –preguntó, inclinándose hacia él.

–Karen –dijo Whalen, sirviéndose más té–. Sí, sigo con ella. Bueno, de vez en cuando.

La señora Howmet no pareció tener en cuenta la observación.

–Walter y yo vemos siempre sus fotos en las revistas… una chica maravillosa… pero, Jonathan, ¿no te incomoda la profesión de Karen? casi no hay día en que no aparezca alguna noticia sobre modelos que mueren por abusar de la droga, que resultan cómplices de asesinatos o chantajes a un amante rico. Mira, ayer una modelo fue muerta a tiros por su agente celoso, que después se suicidó. Y esa otra amiga tuya… la que se fue contigo a Londres, ¿no es actriz? Modelos, actrices… profesiones muy inestables.

–Señora Howmet…

–Helen –dijo radiante–. Te tuve en mis brazos cuando eras un bebé. Solo Helen.

–Helen, las actrices y las modelos de modas no son menos estables que los ejecutivos de las grandes empresas, la mayoría de los cuales, como tú sabes, beben demasiado y padecen de ansiedad, insomnio, tensión, hemorroides, úlceras e impotencia sexual.

Disimulando su incomodidad, la señora Howmet lo miró inexpresiva. Luego estudió su cara y le rogó:

–Pero espero que no tengas la intención de casarte con Karen… por lo menos aún no.

–No quiero hablar de mis intenciones –dijo Whalen con brusquedad–. ¿Ha estado usted alguna vez en el Bowery? –preguntó.

–¿El Bowery? ¿Dónde está?

–En la parte baja de Manhattan. No muy lejos de Wall Street.

–No, Jonathan, los barrios residenciales de las afueras tienen sus ventajas, y ahora pocas veces voy a la ciudad en coche.

–Bien, miles de desgraciados viven en los tugurios del Bowery. Pensé que nuestra compañía, que posee la mayor parte de los edificios del Bowery, podría prestarles ayuda… quizá darles un lugar decente donde vivir o construirles un hospital, o un centro de rehabilitación para drogadictos.

Una doncella sirvió el té recién hecho. La señora Howmet escuchaba atentamente a Whalen.

–Sigue, Jonathan.

–Al fin y al cabo –dijo Whalen–, esos vagos, esos drogadictos, son parte de nuestra vida. Podríamos convertir el Bowery en un lugar medio decente donde pudieran vivir seres humanos.

–Pero, Jonathan, la compañía no puede interferir arbitrariamente en la vida de los demás –dijo la señora Howmet–. Su objetivo nunca

ha sido forzar a otros a hacer lo que no desean.

–Esos desgraciados del Bowery no saben qué hacer –dijo Whalen–. Se mueren de hambre. Están enfermos. Sus heridas ya no se curan. En la Edad Media se les habría dado cobijo. Hoy, se pudren día y noche por las calles y comen lo que encuentran en los cubos de basura; mueren atropellados por los coches o a manos de los gamberros.

–¿Nunca has pensado en ayudarlos por tu cuenta? –dijo la señora Howmet.

–Sí, pero eso solo sería otra acción individual de caridad, cuando en este mismo momento, mientras nosotros estamos aquí sentados hablando, la fundación filantrópica particular de la compañía se gasta millones de dólares en patrocinar la Asociación americana del alma; una pandilla de manipuladores psíquicos que creen que pueden presentar pruebas científicas de la existencia del alma humana… ¡que incluso pueden filmarla o fotografiarla cuando abandona el cuerpo… y la habitación… de una persona agonizante!

La señora Howmet volvió a inclinarse hacia él y le rozó suavemente la mano:

–Te he perdido de vista durante muchos años, Jonathan, pero siempre tuve la sensación de que tú eras el hijo que Walter y yo nunca tuvimos, así que creo que puedo ser franca contigo. Has viajado mucho, y como consecuencia de tu doloroso pasado, eres fácilmente influenciable. La compañía que tu padre fundó pertenece ahora a un gran número de accionistas, hombres y mujeres decentes que han trabajado toda su vida. Todos somos conscientes de las miserias humanas y la política de la compañía ha sido siempre, igual que en tiempos de tu padre, ayudar a los que quieren ayudarse a sí mismos. Presentar la prueba indiscutible (como la de fotografías o películas) de la inmortalidad del alma del hombre puede ser de vital interés para toda la humanidad. Dar dinero a un grupo de holgazanes sin remedio no beneficia a nadie, ni siquiera a los propios holgazanes. Con o sin dinero, seguirán satisfaciendo sus apetitos morbosos: beber, tomar drogas y robar.

–Pero muchos de esos holgazanes quieren trabajar, ser útiles –insistió Whalen–. Cada vez que en el Bowery un coche se detiene ante una luz roja, se lanzan a limpiar los parabrisas o el espejo retrovisor lateral... Si Walter y yo pudiéramos convencer a la junta de que la compañía, al ser propietaria de muchos de los edificios del Bowery, es también responsable de lo que allí ocurre…

–Estás hablando como un personaje de comedia musical, Jonathan. ¿Qué habría dicho tu padre de todo eso? –su voz se hizo más sombría–. No lo discutas siquiera con Walter; él dice que la seguridad social ha sido nuestro mal, la maldición de nuestro país, que la mayor parte del presupuesto federal va a haraganes, y vividores, y madres solteras...

–Walter está equivocado –interrumpió Jonathan–. El cuarenta por ciento del presupuesto va a gastos militares y solo un dos por ciento a la seguridad social. De los que viven de la seguridad social, más de la mitad son niños, la cuarta parte son viejos, y una quinta parte son madres, por no mencionar los ciegos y los inválidos.

La señora Howmet le miró con atención:

–¿Y no crees que la compañía se habría hecho cargo de esos desgraciados, si fuera eso lo justo? Pero hacerse cargo de ellos sería premiar el vicio, subvencionar la ruina moral y la corrupción. ¡Eso no está bien, Jonathan, no está bien!

Whalen se levantó, y Helen Howmet, apoyándole la mano en el brazo, lo acompañó a través de la habitación. Su voz era casi un susurro:

–Walter quiere hablar contigo, para proponerte que entres en la orden masónica a la que él pertenece. Tu padre también pertenecía a ella. Walter te contará todo lo que necesitas saber. Yo lo único que quiero decir es que para ti es muy importante que entres... importante para la Orden, para ti, para todos nosotros –hizo una pausa, y sonrió–. Oh, sí, un pequeño detalle. Creo que deberías hacerte un buen corte de pelo y algunos buenos trajes a medida. Al fin y al cabo, ahora ya has sentado cabeza –se detuvo al oír un ruido procedente de fuera–. Ese debe de ser Walter. Está ansioso por hablar contigo.

* * *

Después de la sesión de prueba, mi sastre empezó a hablar de las estrellas de cine y de televisión a quienes vestía. Los empleados se habían ido a casa y estábamos solos en la tienda. Me enseñó algunas muestras más y luego sugirió que viéramos juntos una película pornográfica solo para hombres. Acepté. Por alguna razón, la película estaba al revés, y él dijo que no se atrevía a rebobinada por miedo a estropearla, así que nos sentamos allí, viendo una película porno cabeza abajo. Luego me hizo proposiciones. Yo las rechacé, no solo

porque sabía que era un embaucador, que probablemente se desviviría haciendo contorsiones y luego mentiría al contar a sus clientes lo bueno que era yo en la cama, sino porque lo que más me molesta de los maricones es su afectación, su exagerada preocupación por el aspecto y los modales, o el hecho de que su necesidad de amor se limite al acto sexual elemental, camuflando con teatralidad el hecho de que no sea completo. Farfullé algo sobre otro compromiso, dije que tenía que irme. El sastre no discutió, y mientras acababa de anotar mis medidas bromeó y chismeó sobre sus aventuras en la cama con algunos de los más prominentes hombres de negocios de la ciudad.

* * *

–Me alegro de conocerlo, señor Whalen, porque he oído hablar mucho de su familia. Como puede ver usted en mi solicitud de empleo, he sido guardaespaldas profesional quince años; desde el momento en que, a los veinte años, dejé *Dobles sin límites* de Hollywood, he trabajado para hombres de negocios, estrellas de cine, gente de la televisión, políticos y líderes extranjeros que vivían exiliados aquí. Lo que mi solicitud no dice, señor Whalen, es que he salvado la vida de varios de mis clientes, y muchos me han dado por ello las gracias por escrito. Pero, a decir verdad, en dos ocasiones fracasé. A uno de mis clientes le dieron una droga mortal mediante una rápida inyección a través de la ropa, con una fina aguja, mientras nos abríamos paso entre una muchedumbre de etiqueta para asistir al estreno de una obra en Londres. Resbaló al suelo, haciendo muecas, preso de espasmos, y cuando unas pocas horas después expiró, todos, incluso yo, pensamos que había sido un ataque al corazón. La autopsia reveló la verdadera causa de la muerte… pero seguimos sin saber quién le inyectó el veneno.

»El otro cliente del que le hablé y yo nos dirigíamos desde su oficina de Houston al coche, que estaba aparcado junto al bordillo frente al edificio. Cuando vi que la sangre le manaba del pecho y que caía muerto, supuse que el asesino había disparado con un rifle telescópico de gran potencia desde una de las ventanas o desde el tejado del edificio al otro lado de la calle, y allí fue donde pedí a la policía que buscara huellas. Al ver que no hallaban nada, empecé a sospechar que los había orientado mal. El asesino era un buen tirador, no había duda, pero ahora estoy seguro de que utilizó un rifle

corriente (quizá incluso sin mira telescópica), y disparó desde muy cerca. ¿Dónde estaba? Lo he descubierto. Cuando mi cliente y yo estábamos a punto de salir del edificio de oficinas, salí primero y eché una mirada en derredor. Al ver que no había nadie en la acera cerca de nosotros, y que el tráfico se movía rápida y tranquilamente, indiqué por señas a mi cliente que todo iba bien. Los dos echamos a correr hacia el coche, pero él fue derribado. Ahora bien, el único modo de alcanzar a mi cliente era que el asesino estuviera dentro del maletero, que apuntara y disparara a través de un agujero justo del tamaño necesario para introducir el cañón del rifle con su silenciador.

»En este negocio, señor Whalen, no se puede confiar en nadie, ni siquiera en uno mismo. Permítame que le ponga un ejemplo: mi propio caso. Hace poco estaba sin trabajo y libre para darme un gusto, sin tener que pensar en nadie más. Una tarde, vi a una chica estupenda y la seguí desde Tiffany's al Carnegie Hall. Me presenté cortésmente, y le dije que me sentía solo y sin nadie que me quisiera. Cuando le ofrecí invitarla a tomar algo, a cenar, a un espectáculo o a las tres cosas, aceptó. Tenía unos veinte años, era persa, estaba aquí para estudiar idiomas. Pasamos una buena velada en la ciudad. Lista como una centella, era un placer contemplarla y escucharla. Le digo, señor Whalen, que me habría enamorado fácilmente de ella.

»Al día siguiente vino a cenar a mi casa; después, había planeado llevarla en coche a la cabaña de Long Island que tenía alquilada, donde podríamos pasar el fin de semana. Estábamos a mitad de la cena cuando me llamó por teléfono un antiguo cliente que quería hablar conmigo de un asunto pendiente. Tuve que dejar a la chica, pero le pedí que me esperara allí… que leyera, mirara la televisión, que hiciera lo que le apeteciera.

»Dos horas más tarde, corrí a casa, y ella se había ido; me dejó una desagradable nota acusándome de haberla abandonado para una rápida sesión con otra mujer. Enfadado, tomé el coche y me fui de todos modos a la playa, jurándome no volver a llamarla nunca más.

»Pero me gustaba, así que cambié de parecer, y como si no hubiera pasado nada entre nosotros, la llamé. Pareció cordial, como si hubiera olvidado el incidente, y aceptó volver a cenar conmigo.

»Llegó a la hora y estaba espléndida, arreglada para la velada. Esta vez, para tener más tiempo de ocuparme de ella, encargué que uno de los mejores restaurantes me sirviera en casa una lujosa cena. Durante la comida, después de unas copas de buen vino, ella estaba un poco

achispada y al contemplarla también yo me sobreexcité un poco. Cuando después de la cena se levantó, perfecta en su bien ceñido vestido, ya no pude aguantarme más y le puse las manos en el culo. Bueno, eso le devolvió la sobriedad. Me dio una bofetada y me apartó de un empujón… demasiado fuerte para mi gusto, todo hay que decirlo. Yo me rehíce, no dije nada y cogí una gruesa *Guía carnal*, un listín con fotografías en poses provocativas de modelos masculinos y femeninas, de acompañantes de club nocturno, masajistas de ambos sexos, y simples prostitutas de cualquier sexo… todos disponibles a precios convenidos. Siempre que alguno de mis clientes me pedía que le facilitara un chico o una chica para salir, utilizaba la *Guía carnal*… lo que podríamos llamar el directorio de las parejas sexuales. Y como casi siempre yo tenía que acompañar al cliente durante su salida, a menudo me he tomado la molestia de recomendarle a alguien que ya conocía. En cualquier caso, le tiré el libro a la cara a mi emperatriz, luego la agarré por el cuello y la obligué a meter las narices en las fotos de todas aquellas putas.

»–¿Qué te hace pensar, agujero de mierda, que eres mejor que cualquiera de esos gatos de callejón lameculos? –le pregunté. Estuve a punto de hacérselas pasar moradas, quizá incluso de golpearla, pero, como le he dicho, me gustaba aquella chiquilla, así que no hice nada.

»Después de revisar el álbum y dejarlo a un lado tranquilamente, se levantó y se fue al cuarto de baño. Yo puse la televisión mientras esperaba a que volviera, dispuesto a disculparme. Pero parecía que se tomaba mucho tiempo, así que fui a la puerta del cuarto de baño y pegué la oreja. No se oía ningún ruido. La llamé por su nombre: no hubo respuesta. Intenté entrar, pero aquella cabrona había cerrado la puerta por dentro y cuando le ordené que la abriera no pasó nada. La volví a llamar; inútil. Cuando forcé la cerradura con un destornillador y entré, allí estaba mi gata persa, desnuda y despatarrada por el suelo, con los brazos colgando del borde de la bañera, y ésta llena de humeante agua caliente roja de sangre. Mi hoja de afeitar yacía en el suelo, a su lado.

»La aparté de la bañera y la dejé en el suelo. Las muñecas aún goteaban y de los labios de las heridas la sangre se deslizaba sobre su blanca piel.

»Entonces entré en pánico.

»Yo solía salir con una estudiante de medicina que estaba de interna en un hospital del Bronx, así que la llamé, pidiendo a Dios que

siguiera trabajando allí. Bien, estaba. «Norma –le dije–, tengo en el piso a una chiquilla desnuda que se ha cortado las venas de las muñecas y ha perdido mucha sangre. ¿Qué hago?». «¿Respira aún?», preguntó Norma. «Sí». «Véndale fuertemente las muñecas para que deje de sangrar, envuélvela en una manta y tráela aquí tan pronto como puedas». «¿Y qué pasará si la chica se me muere durante el camino?», pregunté. «Entonces, quédatela», dijo Norma. «No la traigas aquí. Esto es un hospital, no el depósito de cadáveres».

»Empecé a vestir a la chica, que tenía el cuerpo desmadejado como el de un niño enfermo. Yo no hacía más que preguntarme qué iba a hacer si se me moría. ¿Llamar a una ambulancia? Eso significaba también la policía y la prensa. ¿Y qué les podría decir? ¿Que después de cenar conmigo agradablemente, mi invitada se desnudó y luego, para divertirse, se fue al cuarto de baño y se mató? ¡Menuda historia! La ley no se lo pensaría dos veces antes de acusarme de haberla asesinado. ¿Podía arriesgarme a sacar el cuerpo en un baúl y echarlo al río? ¿O debía desmembrarlo y quemar los miembros uno a uno, en mi horno microondas automático? ¡Aquello era una lección de anatomía femenina que no me hacía ninguna falta!

»Bajé a la chica hasta el coche (el guarda del garaje me guiñó el ojo e hizo cierto comentario sobre mi afición a joder con borrachas) y atravesé en coche la ciudad, rezando todo el tiempo. En el hospital ya me esperaba Norma, con un interno coreano al que había elegido porque no sabía nada de lo que establecen nuestras leyes en casos de intento de suicidio. La chica estaba aún viva, y mientras el interno le cosía las muñecas y le hacía una transfusión, Norma se aseguraba de que todo se hiciera con la mayor discreción. Al cabo de uno o dos días, mi gata persa salía del hospital. Cuando le pregunté por qué se había abierto las muñecas, dijo simplemente que lo hizo para castigarme.

»Ahora dígame, señor Whalen, ¿qué pasaría si un día su chica decidiera castigarlo de igual manera? Si ocurre, roguemos que me tenga usted al lado. Mire, como guardaespaldas tengo la obligación de conocer toda clase de personas que puedan ser de ayuda caso de necesitarlas usted. En lo que a mí se refiere, no tengo siquiera inconveniente en encenderle los cigarrillos o hacerle un buen corte de pelo.

»Naturalmente, para protegerle bien he de estar con usted a todas horas. Y en cuento empezara a trabajar para usted, sabría mucho sobre usted y sobre su vida. Por esta razón, es comprensible pensar

que yo pudiera ser la persona más a propósito para venderlo. Si se lo digo no es porque quiera que me pague bien el trabajo, sino porque de todas formas, más pronto o más tarde se le iba a ocurrir.

* * *

Mi madre se encontró con Karen varias veces. Después del primer encuentro, todo lo que se le ocurrió decir a mi madre fue:

–¡Qué chica tan bonita! ¡Con mirarla basta!

Otra vez mi madre olió el perfume de Karen en mi habitación y dijo:

–Dile a tu amiguita que no compita con las mofetas.

El perfume se lo había regalado yo.

Una vez, después de una larga conversación entre Karen y mi madre, le pregunté a mi madre qué le había dicho Karen.

–¿Decir? –exclamó mi madre–. ¡Seguro que estarás de acuerdo conmigo, Jonathan, cuando digo que a Karen no se la escucha; lo único que se hace es disfrutar de su vista!

Cuando mostré a mi madre una fotografía de Karen apoyada en mí en el patio de Yale, mi madre la miró cuidadosamente y luego por todo comentario dijo que yo había quedado muy bien, aunque los setos necesitaban un buen recorte.

* * *

Una postdata inesperada para mi psicodrama londinense; en una fiesta, cuando me abría camino entre la muchedumbre en busca de los lavabos, sentí la mano de una mujer sobre mi brazo. Me di vuelta y me encontré cara a cara con Louise Hunter. Estaba tan atractiva como yo la recordaba, pero en cierto modo menos radiante.

–Nunca me hiciste saber si nuestro viaje logró que tu chica se sintiera celosa –dijo, con una sonrisa que era una invitación fácil.

–No quise molestarte –dije, sin encontrar las palabras–. Oí... me dijeron que tú y Frank...

–Oh, sí, nos divorciamos –dijo ella–. Frank utilizó mi aventura en Londres contigo como prueba de adulterio.

–Pero los dos hablasteis del viaje a Londres mucho antes de que fuéramos –dije–. ¡Tú me dijiste que Frank sabía la verdad!

–A Frank no le importaba la verdad –frunció el ceño–, lo que le importaba era divorciarse. Y lo que es más, toda esa publicidad sobre

nosotros no causó buen efecto a mis productores, de modo que no me dieron el papel en la versión cinematográfica de *El financiero*.

–Lo siento, Louise –dije, otra vez perdido–. Me gustaría poder ayudarte.

Ella sacó un cigarrillo de su bolso y, al ofrecerle yo fuego, su mano tocó la mía.

–Puedes serme de ayuda, Jonathan. Estoy sin trabajo. Me encantaría hacer cualquier papel que se te ocurra. En la vida o en el escenario.

–Yo he terminado con el psicodrama… y con la simulación –dije.

–También yo. Por eso ahora lamento no haber dejado que durmieras conmigo en Londres. ¿Qué te parece si volviéramos a dar celos a tu amiga? –dijo, pasando su brazo por el mío–. Solo que esta vez de verdad.

* * *

Los espectadores callaron. Las luces se oscurecieron. El público, solo hombres, permaneció inmóvil, con la vista fija en el brillante foco que seguía al frágil anciano mientras este avanzaba lentamente hacia el podio de mármol. Nadie se movió. Whalen estaba agudamente consciente de que se había dejado atrapar en un proceso irreversible.

El secretario de la Orden tropezó en uno de los escalones que conducían al podio, pero recobró rápidamente el equilibrio. Contuvo el aliento y luego, con voz temblorosa, entonó la siguiente declaración:

–Toda asociación humana se fija objetivos que sus miembros esperan alcanzar mediante la fuerza de su cooperación mutua. Declaramos que los fines de esta Orden son los siguientes: fomentar los ideales de una personalidad y unas realizaciones viriles, perfeccionar nuestro carácter mediante empresas intelectuales y unirnos entre nosotros en amistad y lealtad duraderas.

»Pero en nuestra lucha no debemos olvidar que el individuo es lo primero, junto con sus virtudes: ambición honorable, lenguaje limpio, pensamientos puros y acciones rectas.

»Tú, Jonathan James Whalen, vas a ser iniciado en esta Orden, cuyos fines acabo de declarar. Te hemos recibido en nuestra hermandad porque los hermanos te han creído merecedor de nuestra confianza. Te invitamos a compartir nuestros privilegios, te ofrecemos

nuestra amistad y nuestra leal ayuda en todas tus empresas. Creemos que simpatizas con los fines de la hermandad y estás preparado para hacerlos tuyos. Si nos hemos equivocado, y si tú encontrases que algo en nuestros fines resulta incompatible con tus más altos ideales, es tu obligación declararlo aquí y ahora.

El foco abandonó el escenario y se posó sobre Whalen. Todos los asistentes se volvieron hacia él. Atrapado por sus miradas, rígido y mudo, evocóel funeral de Barbara en Rangún y ciertas palabras del sacerdote: «de entre todas las criaturas vivas, solo el hombre lleva en sí la amenaza definitiva a su existencia vital: la libertad de decir sí o no, de reafirmar o trascender las fronteras que el mundo indiferente ha levantado para nosotros».

Al permanecer Whalen en silencio, el secretario prosiguió:

–Jonathan James Whalen, por favor levántese ahora, vuélvase de cara a los hermanos, y declare su solemne asentimiento a nuestros objetivos.

Las luces de la habitación brillaron de nuevo. Whalen se levantó y oyó cómo su voz recitaba:

–Prometo y me comprometo con los hermanos de esta Orden, presentes y ausentes, a obedecer la constitución, tradiciones y reglamentos de esta Orden, y llevar adelante por todos los medios a mi alcance los objetivos para los que fue creada. Con la ayuda de Dios.

* * *

Poco después de aquello, Whalen tuvo la seguridad de que había llegado para él el momento de establecer su compromiso personal. Hasta entonces, había sentido la necesidad de pertenecer a un lugar que le había sido asignado por la naturaleza y la sociedad desde el nacimiento. De pronto, el lugar le pertenecía. Y donde antes había tenido que confiar en el saber y el juicio de otros, ahora ya se sintió maduro, era consciente de quién era él y tenía un juicio claro y personal de lo que tenía que hacer.

* * *

Querido Walter, querida Helen:

En calidad de padrinos, por ser las personas más unidas a mis recuerdos del pasado, habéis sido generosos al asumir el lugar de guardianes morales que mis padres dejaron vacío. Para mostraros mi

agradecimiento por vuestro papel en mi vida, me gustaría invitaros a ser mis huéspedes en un viaje por el extranjero. Tal viaje me permitirá, posiblemente por primera vez, descubrir quién soy.

Será un viaje de placer. He alquilado un chárter para que nos lleve a los tres al África Oriental, una región que en otro tiempo me impresionó enormemente, y he arreglado las cosas para que podamos vivir en una villa sobre el océano Índico.

En esta época del año, el clima de la región es muy manejable. Podríamos partir cualquier día que resulte conveniente para vosotros. Espero de verdad que aceptéis.

Pienso mucho en vosotros. Con cariño,

JONATHAN

* * *

Nos sirvieron el desayuno en la terraza que daba al océano. Whalen pasó los prismáticos a Walter Howmet.

–Y aquél es un baobab –dijo, señalando al árbol más grande del jardín–. Baobab significa «de mil años», y muchos africanos creen que el árbol fue la raíz de la vida y testigo del nacimiento del primer hombre. Los nativos llaman al baobab «el árbol del diablo» porque aseguran que una vez el diablo se enredó entre sus ramas y castigó al árbol poniéndolo boca abajo. Para los nativos, las raíces son ahora las ramas, y las ramas son las raíces. Para asegurarse de que no habría más baobabs, el diablo destruyó todos los ejemplares jóvenes. Y por esa razón, dicen los nativos, solo han quedado baobabs ya crecidos.

Whalen se volvió hacia el océano.

–Fíjate en el arrecife –dijo–. Se extiende kilómetros y kilómetros y es una barrera natural que protege a los bajíos de los tiburones. El arrecife está lleno de cuevas... y cada cueva es un acuario que contiene algunas de las criaturas más exóticas de la naturaleza.

–Fue muy considerado por tu parte, Jonathan, traernos a África –dijo Howmet, dando suaves golpecitos en la cáscara del huevo con el cuchillo–. A nuestra edad, ni Helen ni yo hubiéramos emprendido semejante viaje por nuestra cuenta; habríamos muerto sin ver jamás este paraíso natural, ¿verdad, Helen?

La señora Howmet estaba animada:

–¡No puedo creerlo! ¡Solo hace un día que estábamos en Woodbury, Connecticut! ¡Y fíjate dónde estamos ahora! –cogió a su esposo los prismáticos y examinó los bajíos centelleantes que quedaban justo enfrente de ellos.

–Estuve una vez aquí antes –dijo Whalen– para ver correr los yates de arena del Aga Khan en Bahati Beach. Aquí aprendí a navegar sobre arena.

Después del desayuno, Whalen dijo a los sirvientes que iba a pasar el día explorando los bajíos y que él y sus invitados almorzarían en uno de los bancos de arena cercanos al arrecife. Ordenó a los sirvientes que prepararan el bote de caucho, el equipo de pesca submarina, y bocadillos, bebidas y fruta.

Comprobó en la tabla de mareas la hora en que la marea creciente rebasaría el arrecife e inundaría los bajíos, y desde el balcón de su habitación vio a los Howmet que paseaban por los exóticos jardines de la villa, camino de la playa. Bajó rápidamente y los alcanzó justo en el momento en que se aprestaban a subir al bote. Mientras el criado negro y Walter sostenían la pequeña embarcación, Whalen ayudó a Helen a subir. Whalen y Walter saltaron a ella y Whalen puso en marcha el pequeño motor. Cuando el criado se retiró y la embarcación empezó a deslizarse por las aguas transparentes, los Howmet atisbaron el lecho del mar a través del fondo de plástico de la embarcación, lanzando apreciativas exclamaciones cada vez que veían un pez. Whalen dirigió el bote en diagonal hacia el arrecife y a los pocos minutos el cielo, la playa y la jungla se fundían en el horizonte tras ellos.

Howmet puso en marcha su cámara cinematográfica y la probó filmando a su mujer, que blandía su sombrero de paja hacia él mientras se inclinaba sobre el agua.

–Mi madre me dijo una vez –dijo Whalen– que a los tipos que habían trabajado con él mi padre los clasificaba en húmedos y secos. Él solo confiaba en los húmedos (la gente que sudaba), porque creía que no le podían mentir sin que su sudor los traicionara. Nunca se fiaba de los secos. Y sin embargo tú, Walter, eras el socio más íntimo de mi padre y aun con este calor no parece que transpires en absoluto. Sé que confiaba en ti, desde luego. Mi madre también confiaba en ti.

* * *

Estaban ya lejos de tierra firme, y podían oír el rumor de las olas al golpear el otro lado del arrecife. Whalen eligió un pequeño encalladero, llevó la embarcación hacia la arena y ayudó a sus pasajeros a desembarcar. Él y Walter sacaron las provisiones de la

embarcación y extendieron una manta de playa sobre la arena. Mientras tanto, Helen filmaba las pintorescas estrellas de mar esparcidas por la arena, al borde del agua.

–¡Qué islita tan encantadora es esta! Un paraíso en medio del océano, a millas de la costa, de otras islas… ¡de todo! –exclamó la señora Howmet, extasiada–. Solo estas pocas estrellas de mar. Y la arena que parece recién lavada –dijo maravillada.

Whalen tomó su equipo de pesca submarina. Con ayuda de los prismáticos rastreó el océano sin ver señales de ninguna embarcación, y examinó la playa lejana en busca de algún bote nativo. Nada. El mundo estaba vacío.

–Supongo que, en realidad, el océano debe lavar esta isla de vez en cuando, sobre todo durante las tormentas –dijo Whalen, distraído. Estaba atento al oleaje que crecía detrás del arrecife.

Helen filmó a su marido mientras este ayudaba a Whalen a sujetarse los tanques de aire. Cuando todo estuvo preparado, Whalen se metió en el agua. Se zambulló, se dirigió al lecho de coral y buceó siguiendo el fondo arenoso, asustando a los bancos de peces que zigzagueaban a su alrededor. En una de las grietas del coral vio un pez erizo azul. Dispuesto a defenderse, el pez se hinchó, y Whalen lo acorraló y lo atrapó, apresándolo entre sus manos. Emergió en el encalladero, sorprendiendo a los Howmet, que estaban descansando sobre la manta con los tobillos cruzados y sus pálidos rostros protegidos bajo los sombreros. Mientras Helen filmaba el pez erizo, su marido le tomó algunas fotos filmando el pez.

–Voy a dejaros otra vez –dijo Whalen–. Quiero cazar serpientes de mar.

Walter sonrió y Helen lo saludó con la mano. Luego ambos se tumbaron y se colocaron los sombreros sobre la cara para echarse una siesta al sol. Cuando Whalen pasó junto al bote, devolvió el pez erizo al mar y, como al descuido, echó por la borda el cabo de remolque de la lancha. Se zambulló en el agua, y desde el fondo agarró el cabo y tiró de él, separando poco a poco la lancha de la arena. Una vez apartada del encalladero, la lancha, empujada por el viento y la marea, se alejaría sin rumbo, a la deriva. Whalen empezó a nadar, iniciando el largo camino de regreso a la villa.

* * *

Al volverse a mirar a los Howmet, ahora dos insignificantes puntitos en la franja de arena, Whalen de pronto sintió que había cortado del todo con su pasado. Cuando los Howmet desaparecieron en la lejanía, sintió como si, finalmente, ya pudiera mirar hacia adelante, levantarse y anclarse en su propio encalladero.

Vio una serpiente de mar, que lo seguía en posición de ataque y, sin perder de vista a aquella criatura, se sumergió y siguió nadando hasta que la serpiente de mar lo dejó por otro objetivo. Emergió a la superficie y miró hacia atrás. Al cubrir la marea creciente el arrecife, el encalladero se desvanecía bajo las aguas encrespadas; como un esquiador acuático separado del cabo remolcador.

Whalen emergió en la playa de Ukanda. La jungla estaba silenciosa, el cielo sin nubes, el mar en calma. El mundo estaba en orden.

Al llegar a la villa, reunió a los criados y les dio instrucciones para que sacaran la lancha a motor y empezaran a buscar a los huéspedes desaparecidos. Explicó que, mientras él buceaba, los Howmet debían de haber salido en el bote a explorar. Pero le preocupaba, dijo, que estuvieran solos en el bote, a merced de la subida de la marea.

* * *

Los cuerpos de Helen y Walter Howmet nunca aparecieron, y Whalen, al igual que un hombre muerto de hambre que de pronto se nutre de una fuente desconocida, sintió que nuevas energías lo embargaban. Pero a menudo había también momentos en que lo embargaban la fatiga y la sensación de futilidad, cuando tenía la sensación de vivir en la parte más alejada de los pensamientos y sentimientos comunicables. Luchaba contra aquellos momentos, intentando romper la membrana que parecía encerrar su mente e inhibir su voluntad. Pero estaba indefenso, más allá del autodominio.

Se encaró consigo mismo. Podía seguir siendo libre, establecer las reglas de sus propios actos y determinar el valor de sus consecuencias, teniendo a Karen como intermediaria a través de la cual descubrirse a sí mismo. O podía intentar percibirse a sí mismo sin Karen, como hombre que se conoce solo a través de los principios que el mundo ha establecido para él.

Entonces pensó en la lección sobre el Yo que le había enseñado el indio Panchadasi: «¿Cómo puedo captarlo? No lo captes. Lo que

queda cuando ya no hay captación, eso es el Yo».

* * *

Queridísimo Jonathan:

Me acuerdo de una vez que, en tu habitación de Yale, leíamos en voz alta un fragmento de Rilke y nos reconocíamos en él: «Descubrimos que, en realidad, desconocemos quiénes somos; buscamos un espejo; queremos quitarnos la pintura, sacar todo lo que es artificial, y ser reales. Pero, de algún modo, todavía se nos quedan pegados fragmentos de la máscara que nos forjamos. En nuestras cejas quedan residuos de exageración; no nos damos cuenta de que torcemos las comisuras de los labios. Y así andamos por ahí, grotescos, simples cosas a medio hacer: ni seres reales ni actores». Pero ahora, contigo, yo no soy grotesca, algo a medio hacer. Soy tan real como lo son mis emociones, y de toda la gente que conozco y que aprecio, tú eres quien está más cerca de mí.

Cuando era niña pensaba que amar era algo mágico... algo mágico que hacía que tu amante fuera libre, feliz, fructífero, colmado. He ligado todos mis deseos a ti porque tú eres mi placer, mi libertad, la causa de mi alegría. El atarme a ti me ha proporcionado una nueva gravedad... la fuerza de nuestro amor, en la que se puede confiar. Ahora, libre para hacer cualquier cosa, ir a cualquier parte, estar con quien quiera, me siento segura al saber que nuestro amor siempre me llevaría de nuevo a ti. Perderte sería recibir una herida para la que no tengo bálsamo.

KAREN

* * *

Karen se desabrochó el botón superior de la blusa, y con un solo movimiento cruzó los brazos y alzó la tela transparente por encima de la cabeza. Sus pechos tremolaron al ladear el cuerpo para bajarse la cremallera de la falda y deslizarla por las caderas. Sin dejar de mirarlo, metió los pulgares en la cinturilla de su combinación negra, y lentamente la fue empujando hacia los tobillos. Luego, dio un paso y se apartó del pequeño montón de ropa.

Bajó la cabeza, se echó sobre la alfombra y abrió las manos. Sus pantorrillas se tensaron al estirar hacia afuera los dedos de los pies. Él fijó la mirada en el espejo que colgaba de la pared y se vio entrar en ella. Pronto, al contacto de la piel seca y fría de ella contra la suya, no pudo ya distinguir entre la carne de ella y la suya propia. Probó de entrar más hondo. La cara de ella relucía bajo la luz y, cuando abrió completamente los muslos, lo rodeó con sus brazos, entrelazando los dedos a su espalda.

Sin dejar de mirar fijamente a su reflejo en el espejo, él se vio a sí mismo y a Karen doblados, pegados uno a otro, arremetiendo, con el espejo como testigo del último momento de su intoxicación, de su pasión inútil. Retiró la mirada, y luego se rindió. Se puso en pie.

La levantó por los brazos y la sentó en una silla. Mientras la sostenía por el hombro con una mano, dejó caer la palma abierta de la otra mano sobre su cara. Ella se encogió; él la agarró con fuerza y volvió a pegarle, esta vez con el puño. Se retorció, apartándose y emitiendo sonidos entrecortados, y él dejó que se cayera de bruces contra la silla. Ya no le podía ver los ojos.

Karen se quedó inmóvil. Él esperó a que ella gritara o tratara de pegarle, pero no lo hizo. Sin mirarla, cruzó la habitación, abrió la puerta del estudio y entró cerrando la puerta tras de sí.

* * *

Yacía en la cama de la clínica suiza, completamente vestido, mirando al techo. Dolorido pero sin saber por qué, solo esperaba que su mente dejara de funcionar. Las tareas más sencillas (vestirse o desvestirse, encender o apagar la luz, abrir o cerrar la ventana) parecían quedar más allá de su voluntad y de su fuerza.

Podía percibir la llegada del día sin abrir los ojos, incluso cuando las persianas de la habitación estaban cerradas. Despierto mucho antes que los empleados, estaba a la escucha del primer sonido del día: unas pisadas en los corredores de la clínica, el traqueteo del autobús por las calles, el zumbido de una motora en el lago de Ginebra.

Yacía como una piedra en la playa, a la que las olas que la cubren no pueden mover. Parecía que un peso agobiante le oprimiera constantemente el corazón.

De vez en cuando anhelaba un cambio, y sabía que aquel anhelo era el preludio de la recuperación. Pero aquel anhelo lo fatigaba y entonces lo único que quería era resistir. Sus pensamientos volvían al lejano hospital de Rangún, a la palabra de Abraham Joshua Heschel: «Para mi corazón soy de gran importancia. Me enfrento al desafío de hacer realidad, de concretar, la silenciosa eminencia de mi ser».

Una noche el cuerpo de Whalen se negó a dormir. Se levantó, abandonó la clínica y se dirigió a las orillas del lago. Una sábana de niebla cubría el agua, ocultándolo todo a la vista, salvo las orillas más

cercanas. El olor a musgo se extendía por el aire. Él aspiró el rocío, oyó el golpeteo del agua contra las rocas al borde del lago y sintió un hormigueo bajo la piel de la nuca. La niebla se levantaba. Miró hacia la orilla de enfrente y vio las luces centelleantes de Ginebra.